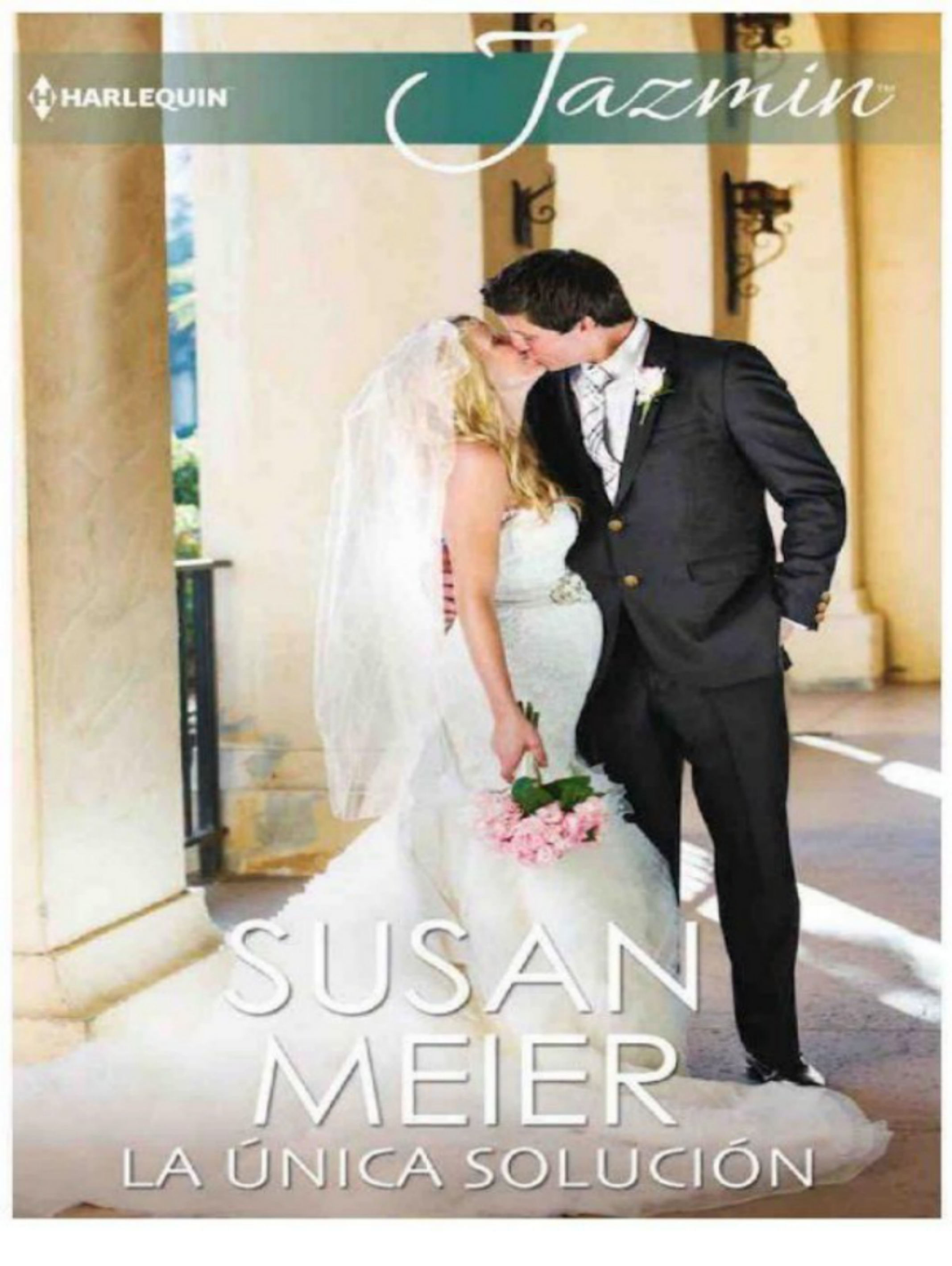

HARLEQUIN
Jazmín
SUSAN
MEIER
LA ÚNICA SOLUCIÓN



SUSAN MEIER

LA ÚNICA SOLUCIÓN



Argumento

Se casaron porque iban a tener un hijo.

El príncipe Dominic Sancho siempre cumplía con su deber, jamás defraudaba las expectativas de su familia… Hasta la noche en que sucumbió al encanto de la irresistible orientadora de educación Ginny Jones, con dramáticas repercusiones. Ginny se había quedado embarazada y su hijo iba a ser un futuro heredero al trono de Xaviera. Solo había una solución, una boda real.

Para Ginny, un matrimonio de conveniencia era una auténtica pesadilla; pero, por el bien de su hijo, lo aceptó. Fue durante la luna de miel cuando comenzó a darse cuenta de que Dominic, en el fondo, podría llegar a ser, además de un príncipe, un buen padre y un marido extraordinario…

Capítulo 1

Cuando sonó el timbre de la puerta, Virginia Jones, más conocida por Ginny, acababa de salir de la ducha después de un día de mucho trabajo en el instituto Jefferson de Terra Mas, Texas. El instituto había sido el último lugar que el príncipe Dominic Sancho de Xaviera, una pequeña isla independiente entre España y Argelia, había visitado en su tour. Como orientadora, le había enseñado el instituto, le había presentado al personal y después había llevado a los alumnos al gimnasio para que asistieran a la charla sobre economía global que había dado el príncipe.

La charla le había gustado mucho, pero más aún contemplar al alto príncipe de anchas espaldas. Los oscuros ojos de él habían brillado mientras no dejaba de sonreír delante de los alumnos.

Se habría desmayado de no haber sido por su sentido común, que la había hecho mantener su actitud profesional. Y ahora, cansada, no estaba para visitas.

El timbre volvió a sonar.

Lanzó una mirada a la copa de vino y, por fin, se levantó del sofá.

–Ya voy –dijo en voz alta mientras se acercaba a la puerta.

Se puso de puntillas y miró por la mirilla. Cuando vio al príncipe Dominic jadeó y dio un salto atrás.

El timbre sonó una vez más.

Se miró los pantalones y la chaqueta de chándal, se pasó una mano por la mojada melena rubia y tuvo la certeza de que iba a ser uno de los momentos más embarazosos de su vida.

Como no tenía alternativa, adoptó una fingida sonrisa y abrió.

–Vaya, creo que he elegido un mal momento –dijo él riendo.

–Sí, eso me temo.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. El príncipe se había despojado del uniforme con el que había ido al instituto y ahora llevaba un jersey blanco con cuello de pico y unos vaqueros. Todos y cada uno de los rizos negros de su pelo estaban en su sitio. Los ojos oscuros le brillaban. Sus perfectos labios sonrieron cálidamente.

–¿No me va a invitar a entrar?

Ginny se hizo a un lado para dejarle pasar. Tenía un príncipe en su casa. Un príncipe guapo y simpático.

Después de cerrar la puerta, él dijo:

–La verdad es que he venido para preguntarle si querría cenar conmigo –él se encogió de hombros–. Y si no le importaría enseñarme su ciudad.

Ginny hizo un esfuerzo para evitar que los ojos se le salieran de la cara. ¿Ese hombre quería salir con ella? Entonces, de repente, se dio cuenta de que la invitación tenía sentido: ella le había enseñado el instituto; por tanto, era la indicada para enseñarle la ciudad. El príncipe no quería salir con ella en particular.

–Se me ha ocurrido que, después, podríamos volar a Los Ángeles para ir a un club.

Dejó que los ojos se le salieran de la cara. Sí, quería salir con ella.

–¿Quiere ir a un club?

–¿No le gusta bailar?

El corazón le martilleó las costillas.

–Me encanta bailar.

–A mí también –dijo él sonriendo–. Desgraciadamente, no se me presentan muchas oportunidades de hacerlo. Los deberes están por encima de la diversión. Por favor, acepte mi invitación.

–Encantada.

Aunque el príncipe llevaba vaqueros estaba para comérselo, así que se puso el vestido de salir, de color rojo, más bonito que tenía, se maquilló y se calzó unas sandalias negras de tacón alto.

Cenaron en un restaurante italiano cerca de su casa, los guardaespaldas cenaron en una mesa a una discreta distancia de la suya; después, tomaron el avión del príncipe y volaron a Los Ángeles para ir a un club en el que bailaron hasta las tres de la mañana.

El príncipe debería haberla dejado en el vestíbulo del edificio de pisos en el que vivía; sin embargo, subió hasta su piso y los besos que se habían dado en la limusina acabaron siendo el preámbulo para una noche de amor apasionado.

Ginny le había dado un beso de despedida en la puerta, enfundada en su bonita bata. Entonces, justo antes de meterse en la ducha para ir a trabajar al instituto, él la llamó.

–Gracias.

Se le hizo un nudo en la garganta al oír tanta dulzura en su voz grave y ronca.

–De nada.

–Me temo que no volveremos a vernos.

–Eso me temo yo también.

Pero, en cierto modo, estaba contenta. Había pasado una noche maravillosa con un príncipe, un recuerdo que la acompañaría toda la vida. No tenía que preocuparse por si sería un rey bueno o malo,

no tenía que preocuparse por si la tensión del trabajo le haría refugiarse en el alcohol, como le había ocurrido a su padre. No había necesidad de conocer íntimamente al príncipe Dominic Sancho.

Había sido una noche gloriosa, maravillosa. No se arrepentía de lo ocurrido y el futuro no le preocupaba. Así le gustaban sus relaciones.

Se despidieron con suspiros y colgaron. Al dejar el teléfono en la mesilla de noche, se dio cuenta de que, como había sido él quien la había llamado, ahora tenía su número de teléfono, el número privado de teléfono.

Eso la complació enormemente. Si alguna vez sentía curiosidad o se encontraba sola, podría llamarlo.

Sin más tiempo que perder, se vistió y fue al instituto.

Pasó dos semanas feliz; hasta que, una mañana, se despertó y se dio cuenta de que no le había venido el periodo. Se alegró de tener el número de teléfono privado de él.

–Menos mal que en nuestro país no hay que casarse con una virgen, como ocurría en el Reino Unido hace siglos.

El príncipe Dominic Sancho contuvo la ira. Se había comportado dignamente durante casi treinta años; pero ahora, un desliz en América, lo había echado todo a perder. Su padre estaba enfadado, pero era su futuro el que había cambiado por completo. Con el fin de asegurar su dinastía y la seguridad de su hijo, no tenía más remedio que casarse con Ginny Jones, una mujer a la que no conocía.

–Sí. Menos mal que se me permite casarme con la madre de mi hijo.

–Era una broma –bajo, calvo y de vientre abultado, el rey de Xaviera era un hombre estricto. No soportaba los errores, ni siquiera toleraba el menor desliz, y mucho menos tratándose de su hijo, su sucesor a la corona.

–Lo mío ha sido un sarcasmo –Dominic no acostumbraba a contestar a su padre; de hecho, no creía haberlo hecho en más de cinco ocasiones, incluyendo la época de la adolescencia. No obstante, que fuera a tener un hijo como resultado de acostarse con una mujer una noche le había sacado de quicio.

Su hermano era el rey de los playboys, pero ¿había sufrido alguna vez las consecuencias de sus actos? No. Sin embargo él, por una noche que se había desviado de su conducta irreprochable, se veía castigado.

–Lo he arreglado para que la señorita Jones y tú os reunáis con

los expertos en protocolo cuando estés listo, pero tenéis hasta mañana por la mañana como muy tarde –el rey Ronaldo lo miró a los ojos–. Prepara a tu novia.

Dominic se levantó de la silla al otro lado del ornamentado escritorio al que estaba sentado su padre. Debería haber dicho: «Gracias por dedicarme vuestro tiempo, Majestad».

–Ya te contaré –respondió Dominic en su lugar.

–Asegúrate de que la boda se celebre como debe ser. Si vuelves a fallar, no me mostraré de nuevo tan comprensivo.

Dominic hizo una reverencia y salió de la estancia. «Si vuelves a fallar, no me mostraré de nuevo tan comprensivo».

La ira se apoderó de él. Se contuvo. Su padre era el rey y él era el heredero al trono. Conocía las reglas y los protocolos, y los había roto. Se merecía lo que le pasaba.

No obstante… ¿tener que casarse como castigo por un desliz?

El matrimonio.

Después de ver a su padre derrumbarse tras la muerte de su esposa, Dominic comprendía por qué su progenitor era tan precavido, tan rígido. El sufrimiento le había hecho refugiarse en sus habitaciones durante seis semanas, periodo de tiempo durante el cual el país se había tambaleado y el parlamento había estado a punto de destronarle. Al ver así a su padre, Dominic se había jurado no casarse nunca, no arriesgarse a querer tanto a alguien cuya pérdida pudiera destruirle.

Se le había presentado la oportunidad de un tratado con un país enemigo a lo largo de la Historia, el precio había sido su matrimonio con la princesa de ese país. Un tratado ventajoso a nivel político y, además, emocionalmente, sin riesgos para él. Se habría casado con la princesa de dicho país como parte del tratado y habría tenido un heredero a la corona de ambos países. Pero ahora… Ahora se veía obligado a casarse con una mujer a la que no conocía e iba a perder la oportunidad de tener un heredero que ocupara el trono de ambos países, y todo por un descuido.

Su futuro se había ido al traste.

Respiró hondo y se dirigió a las escaleras traseras que conducían a sus aposentos, retrasando el momento de hablar con Ginny. Si él estaba disgustado, no quería ni imaginar cómo estaría ella.

A menos que se hubiera quedado embarazada a propósito.

La idea le heló la sangre. No, ella no podría haber orquestado un embarazo; además, había sido él quien había ido a su casa aquella noche y la había sorprendido encantadoramente desarreglada: pelo mojado y chándal.

Al llegar al último piso del ala este del palacio de Xaviera, se encaminó hacia la puerta blanca de doble hoja enmarcada en

madera tallada. El enorme vestíbulo cuadrado delante de sus aposentos era parco en mobiliario, aunque de las paredes colgaban obras de arte de Picasso, Rembrandt y Monet. Ocultos tesoros, casi solo para sus ojos. Así era su vida, especial. A pesar de la no muy cordial reunión con su padre, sabía que él era diferente, que un día sería rey.

Los tacones de sus zapatos repiquetearon sobre el suelo de mármol. Al llegar a la puerta, agarró ambos picaportes, abrió y entró en su hogar, su refugio.

Virginia Jones se levantó del banco acolchado en el vestíbulo de sus aposentos. Era una mujer de estatura media, cabello largo y rubio y la clase de cuerpo que tentaba a un hombre a hacer lo que él había hecho aquella noche. Ginny era el sueño de cualquier hombre. Cuando sus ojos azules se clavaron en él, recordó lo adorable que le había parecido en ese instituto de Texas, una consejera de estudios a quien sus alumnos apreciaban. También recordó el vestido rojo. Seducirla le había resultado lo más natural del mundo. El sexo había sido extraordinario.

Era lo único en lo que pensaba cuando la tenía delante. Y ahora iba a hacerla princesa.

–¿Y bien?

–Mi padre y mi reino desean que nos casemos.

Esos ojos azules se clavaron en los suyos.

–¿Desean?

Dominic le indicó que le acompañara a su cuarto de estar formal. Más suelos de mármol, estos con alfombras orientales. Sofás blancos y chimenea de mármol blanco. Cojines rojos daban color a la estancia.

Dominic pidió a Virginia que se sentara antes de que él se acercara a un mueble bar del que sacó una botella de whisky.

–¿Te apetece una copa?

–Estoy embarazada –respondió ella mirándolo con sorpresa.

–Ah, sí, es verdad –Dominic respiró hondo–. ¿Un zumo de naranja?

–No, gracias, no quiero nada –dijo Virginia sosteniéndole la mirada–. No he venido aquí a tomar el té, lo que quiero es saber qué va a pasar.

–Está bien –Dominic se acercó al sofá frente al que ella ocupaba y dejó el whisky en la mesa de centro entre ambos sofás–. Sencillamente, quieren que nos casemos.

–¿Tengo elección?

–No. Estás embarazada y vas a dar a luz al heredero al trono de Xaviera. Si te niegas a casarte conmigo te quitarán al niño.

–¡Qué!

–Tanto si es niño como niña heredará la corona. Ningún país se atrevería a impugnar nuestras leyes de sucesión al trono.

Ginny se puso en pie de un salto.

–¡Eso no es justo!

–Intenta impedirlo y ya verás lo que pasa. No conseguirás nada con ello y perjudicarás a nuestro hijo. Y sin motivo, porque se me ha ocurrido un plan.

–¿Un plan?

Ginny observó al atractivo hombre sentado en el sofá. Con ojos tan negros como su cabello, era un verdadero príncipe. Un futuro rey que gozaba una vida privilegiada y que ahora, mientras hablaban de un porvenir que podía cambiarle la vida, él bebía whisky como si nada.

–Mi padre quiere que el heredero después de mí sea legítimo –dijo Dominic mirándola a los ojos–. Nuestros súbditos también lo quieren. Pero eso no significa que tengamos que permanecer casados.

Aliviada, Ginny se sentó de nuevo en el sofá.

–¿No?

–No. Pero será necesario que representes bien tu papel. Durante un par de días, en los que la oficina de protocolo organizará nuestra boda, se nos tiene que ver juntos en público.

El corazón le dio un vuelvo al oír la palabra boda. Iba a casarse con un hombre destinado a ser rey. ¿Significaba eso que tenía que acostarse con él? No lo sabía y decidió mantener la calma.

–La semana que viene se anunciará nuestro compromiso matrimonial, a lo que seguirá inmediatamente el anuncio de la boda y después del embarazo.

–Oh.

–No te preocupes, lo he analizado todo bien. A la gente de Xaviera le va a encantar que nos casemos. Lo único que les gusta más que una boda real es que en la casa real nazca un niño. Si jugamos bien nuestras cartas, los próximos meses serán maravillosos para la población de este reino.

–Bien –respondió ella nerviosa, conteniendo el impulso de saltar del sofá otra vez. Si Dominic podía mantener la calma, también ella.

–Entonces, nos casaremos el mes que viene y nos pasaremos el resto de tu embarazo haciendo apariciones en público, presentando aspecto de pareja feliz y encantados de dar pronto un heredero al trono. Después, cuando el niño nazca, el país entero celebrará su nacimiento.

Ginny podía imaginarlo.

–Después, seguiremos casados hasta que el niño o niña cumpla dos años. Los herederos a la corona, a esa edad, asisten a una ceremonia en la que se celebra el comienzo del periodo de instrucción relativo a los deberes y obligaciones que conlleva el linaje de los Sancho. En esa ceremonia, tú y yo aparentaremos habernos distanciado; después, podremos divorciarnos porque ya no habrá nada público en la vida de nuestro hijo hasta que cumpla los doce años –Dominic se recostó en el respaldo del sofá–. Si la gente comentara que nos casamos precipitadamente o que lo hicimos porque te habías quedado embarazada, no lo negaremos. Pero esperar a que el bebé cumpla dos años es buena idea porque eso demuestra que hemos hecho un esfuerzo. Y como nuestro comportamiento será impecable y amistoso, todo el mundo nos apoyará.

–¿Y el bebé?

–¿Qué pasa con el bebé?

–¿Quién se lo va a quedar? ¿Qué solución planteas tú?

–Hay varias posibilidades. Esperaba que no tomaras ninguna decisión durante los años que estemos casados; pero si entonces decides volver a América con nuestro hijo, haré que te acompañen unos guardaespaldas. Xaviera te comprará una casa e instalará las medidas de seguridad adecuadas.

–¿Y mi trabajo?

–Tu trabajo será ser la madre del heredero de Xaviera. Al menos, hasta que el niño o la niña cumpla los doce años.

–¿Doce?

–Hasta los doce años podrá ser instruido en casa. Después, irá a uno de los internados específicos para cierta clase de educación.

–Nada de educación pública, ¿eh?

–Tómatelo a risa si quieres, pero esta es la situación –Dominic se levantó del sofá–. Una vez que nuestro hijo vaya al internado, tú podrás hacer lo que quieras con tu vida. Lo único que se te exigirá es que asistas a las funciones públicas en las que nuestro hijo participe.

Se hacía una idea de lo que iba a pasar. Se hacía una idea de lo que sería su vida como madre del futuro rey: limpiarle los labios llenos de mermelada en privado y mantener las distancias en público.

–Te concederé una semana para que te lo pienses.

–¿Una semana?

–Una semana en la que te hospedarás en el palacio. Tendremos tiempo para salir y para que se nos vea en público.

–Me gustaría hacer algunas preguntas al respecto.

–¿Al respecto de salir juntos?

Ella asintió.

–¿Quieres saber si nos besaremos delante de la gente?

Ginny, con un cosquilleo en el bajo vientre, volvió a asentir.

–Sí. Tendremos que aparentar que nos adoramos. Que nos conocimos y nos enamoramos locamente.

Ginny recordó momentos en los que habían ido de la mano, caricias, besos increíbles…

–Pero nada de sexo –Dominic sonrió–. A menos que tú quieras, claro.

El corazón pareció querer salírsele del pecho. ¿Podía resistir esa sonrisa, ese encanto?

Aunque, en realidad, Dominic no se había mostrado en absoluto encantador durante aquella charla. Ese era el problema de tener relaciones con una persona a la que no conocía. ¿Y si era como su propio padre, solo encantador cuando le había convenido?

–Ginny, nuestra relación puede acabar como tú quieras. Dentro del castillo, podremos tener la intimidad o la distancia que desees. Pero no te equivoques, nuestro matrimonio es solo algo temporal, no permanente. Me había prometido a una princesa como parte de un acuerdo y eso era lo que quería, un matrimonio importante. El matrimonio de verdad no forma parte de mi mundo, el nuestro no será algo duradero. Es mejor que lo sepas antes de que tomes una decisión.

Capítulo 2

–Así que… ¿será solo un matrimonio de conveniencia?

Rodeada de almohadas, Ginny estaba tumbada en la cama de la suite frente a la de Dominic en los aposentos de él en palacio. Las paredes azules conferían color al espacio.

–Sí, eso es exactamente, un matrimonio de conveniencia con el fin de que el heredero al trono de Xaviera sea legítimo.

–Es todo muy extraño, cielo.

–Sí, mamá, lo sé. Pero tienes que pensar que nuestro hijo será una figura pública durante toda su vida. Sería muy egoísta por mi parte negarme a casarme con Dominic y criar al heredero de Xaviera en un ambiente que podría exponerle a las habladurías.

–Eso es verdad.

–El embarazo es real y la situación muy seria.

–Sí, tienes razón.

–Sé que tengo razón, aunque aún no sé qué hacer.

–Supongo que tendrás que casarte con él. ¿Qué vas a perder? ¿Un año o dos de tu vida?

–Unos dos años y medio, y mi trabajo. Al parecer, durante los próximos doce años mi trabajo va a consistir exclusivamente en ser la madre del heredero al trono de Xaviera.

Su madre lanzó una carcajada.

–Aunque tu hijo no fuera un príncipe o una princesa, lo más importante, mucho más que tu trabajo, sería tu hijo. Lo sabes, ¿verdad, Ginny? Tu situación no va a ser muy diferente a la de otras muchas madres.

–Excepto que voy a estar expuesta al escrutinio público.

–Sí, bueno, eso sí es diferente.

–Y mi hijo tendrá que ir a un internado.

–Sí, eso también.

–Y vamos a vivir en un palacio.

–Ya –su madre suspiró–. Pero la situación es la que es, Ginny.

–Sí, supongo que sí.

–Dime, hija, ¿qué es lo que te preocupa?

–Bueno, ya veremos si puedo soportarlo. Dominic me ha dado una semana para decidir lo que voy a hacer. Me ha dicho que apareceremos en público juntos en varias ocasiones –Ginny lanzó un gruñido–. ¡Maldita sea!

–¿Qué?

–Solo he traído vaqueros y camisetas, y un vestido de verano. ¿Cómo voy a salir con un príncipe con esa ropa?

–No te preocupes por eso, todo saldrá bien.

–Ya.

No le había dicho a su madre que tendrían que besarse en público y, posiblemente, se acostarían juntos.

La situación era desastrosa.

Al oír unos golpes en la puerta, levantó la cabeza de las almohadas.

–¿Sí?

–Soy yo, Dominic. Mi padre ha ordenado que cenemos con él esta noche.

Ginny susurró al teléfono:

–Mamá, tengo que dejarte.

Al momento, se levantó de la cama y dijo:

–Sí, muy bien. ¿A qué hora?

–A las siete –Dominic se aclaró la garganta–. Es una cena medio formal.

Ginny sintió una gran zozobra. No solo por no tener un vestido medio formal para la cena, sino también porque las puertas de su dormitorio daban a su cuarto de estar privado y Dominic debía estar allí; de lo contrario, no habría podido dar unos golpes con los nudillos en la puerta del dormitorio. Esperaba que eso no significara que se creía con derecho a invadir su intimidad.

–¿Medio formal?

–Me he tomado la libertad de encargar ropa para ti.

El orgullo casi la hizo contestar que no necesitaba esa ropa, pero se miró los vaqueros, pensó en lo que tenía dentro de la maleta y se dio cuenta de que aquel era el primer paso de renuncia a su vida normal.

–Has hecho bien, no tengo nada apropiado para presentarme delante de un rey.

Ginny se acercó a la puerta, la abrió y vio a cuatro hombres con bolsas, cajas y montones de vestidos, incluidos vestidos de noche.

–¡Cielos!

Dominic entró detrás de los hombres.

–Aunque decidas no casarte conmigo, vas a estar aquí una semana.

A Ginny le sorprendió que hablara con tanta franqueza delante de esos empleados, que ni siquiera parpadearon.

–Así que medio formal, ¿eh? –dijo ella con un suspiro.

–Sí –respondió Dominic asintiendo.

–Bien. En ese caso, márchate. Voy a tardar mucho en arreglarme para la cena.

–Si quieres puedo enviarte una peluquera, alguien que te haga la manicura, una masajista…

–¿Para qué una masajista?

–Quizá debiera hablarte de mi padre, enseguida comprenderías la necesidad de estar relajada y del masaje.

–Genial.

Ginny aceptó la oferta de servicio de peluquería y manicura; y diez minutos antes de la cena, se arrepintió de haber rechazado el masaje.

Con un vestido azul de falda a media pierna, un peinado apto para una mujer de setenta años y unos zapatos de salón clásicos, Ginny salió de su habitación.

En el cuarto de estar, Dominic sonrió al verla. Al contrario de ese horrible vestido azul, el esmoquin de Dominic era impecable, digno de un príncipe. Y como tal, estaba guapo, elegante y aristocrático.

Mientras que ella parecía una antigualla.

–Encantadora.

–Voy vestida como la reina de Inglaterra, solo me falta el sombrero y uno de esos bolsos que lleva siempre.

Dominic se echó a reír.

–Vas a cenar con el rey.

–¿Quiere que me parezca a su abuela?

–No pareces una abuela en absoluto.

–Lo que no parezco es una profesora de instituto de veinticinco años, que es lo que soy.

–Créeme, vas a necesitar ese vestido de abuela como armadura delante de mi padre –Dominic le puso una mano en el codo y la condujo hasta la puerta.

Salieron de los aposentos, cruzaron un vestidor y entraron en un ascensor. Cuando las puertas del elevador se cerraron, Ginny comentó:

–Tienes una colección de arte impresionante.

–Esto es un palacio real.

–Supongo que será mejor que me acostumbre a ello –y a esa horrible ropa.

–Para eso se te ha concedido una semana, para ver si te acostumbras.

Ginny lanzó un suspiro. Lo sabía. También sospechaba que esa ropa no era horrible, simplemente apropiada para la ocasión.

–¿Quién ha elegido la ropa para mí?

–Yo –respondió Dominic sin mirarla.

Ginny agarró el vestido y se lo separó del cuerpo a la altura de las caderas.

–¿Crees que le gustaré más a tu padre con ropa demasiado grande para mí?

–No, lo que pasa es que no he sabido calcular tu talla. Pero mejor que el vestido sea un poco grande a que hubiera sido demasiado pequeño.

–Al menos podrías haber elegido un vestido rojo.

–Este azul es del mismo color que tus ojos.

La ternura del comentario la tomó por sorpresa.

–Además, el rojo me habría hecho recordar esa noche –añadió Dominic.

Ginny sonrió.

–¿Sí?

–Estabas irresistible.

El corazón le latió con fuerza. Dominic la había hecho sentirse irresistible aquella noche.

–Si no hubieras estado mirando la puerta al hacer el comentario habría sido hasta romántico.

–No queremos romanticismo, ¿o se te ha olvidado?

–¿Significa eso que no vas a mirarme?

–No voy a mirarte a los ojos. Ese fue el problema cuando salimos juntos.

Ginny se echó a reír, estaba feliz. Gustaba a Dominic. Gustaba al príncipe. Como mínimo, al príncipe le gustaba ella físicamente.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron.

–El cuarto de estar privado es por ahí –dijo Dominic guiándola.

Recorrieron un corto pasillo hasta llegar a unas puertas que daban a un comedor con una mesa que podría acomodar a cuarenta personas. Había cuatro servicios en la mesa. Un hombre mayor enfundado en un uniforme y otro joven con esmoquin como el de Dominic se levantaron al verles entrar.

–Virginia Jones, te presento al rey Ronaldo Sancho. Este es mi hermano, el príncipe Alexandros, pero le llamamos Alex.

Ginny se quedó sin saber qué hacer. ¿Debía hacer una reverencia? ¿Inclinar la cabeza? ¿Cuál era la etiqueta?

–Debe extender la mano –declaró el rey Ronaldo sin disimular su irritación–. Y yo decido si besarla o estrecharla.

–Oh –Ginny le ofreció la mano y el rey se la estrechó.

Al parecer, el primer momento había sido un fracaso.

Dominic la hizo volverse hacia su hermano. Tan alto y guapo como él, aunque de rostro más redondeado y con un brillo travieso en los ojos, Alex le sonrió con simpatía.

–Un placer conocer a la mujer que ha logrado pescar a mi hermano.

El rey Ronaldo lanzó un gruñido.

–Así no se habla en esta casa.

–Papá, por favor –dijo Alex al tiempo que se sentaba y abría su

servilleta–. Esta casa es en el único sitio en el que podemos hablar así –Alex le sonrió mientras Dominic apartaba la silla para que se sentara–. Es un placer tenerte en la familia, Ginny, a pesar de que mi hermano te ha vestido como si fueras una abuela.

Tras lanzar un jadeo, Ginny se volvió a Dom.

–¡Te lo he dicho!

Dominic casi sonrió, pero su padre volvió a emitir un sonido de protesta y Dominic volvió a adoptar una expresión formal.

Cuando un camarero les sirvió las ensaladas, el rey Ronaldo dijo:

–Bien, señorita Jones, háblenos de usted.

Ginny tragó saliva.

–Bueno, trabajo de orientadora en un instituto.

–Ahí conoció a Dominic.

Ginny asintió.

–Mi madre era profesora. Me encantaba la buena relación que tenía con sus alumnos.

–En ese caso, ¿por qué no te hiciste profesora también? –preguntó Alex.

–Porque quería relacionarme con todos los chicos, no solo con los de la clase en la que enseñara.

El rey emitió un gruñido, pero su tono era positivo.

Ginny se tranquilizó momentáneamente, hasta que se fijó en la numerosa cubertería. Siete tenedores. ¿Qué demonios iban a cenar?

Recordando algo que había aprendido en el colegio, agarró el tenedor más lejano al plato.

–¿Qué más nos puedes contar sobre ti?

–En realidad, Majestad, debido a que ha sido usted quien ha decidido que la solución a nuestro problema es el matrimonio y teniendo en cuenta que yo todavía no he tomado una decisión, creo que debería ser yo quien hiciera unas preguntas.

Alex lanzó una carcajada.

–Me gusta Ginny.

El rey volvió a gruñir.

Dominic le lanzó una mirada de censura.

Ginny, sin saber qué pensar del hermano de Dominic, se encogió de hombros.

–Es un honor para mí haber sido invitada a formar parte de esta familia. Pero, en América, hay un dicho: «no compres un coche sin haberte asegurado de que las ruedas están bien».

Alex volvió a reír.

–Vaya, ahora somos unas ruedas.

–O un coche usado, según se mire.

Alex continuó riendo y Dominic protestó con un gruñido. Pero el rey, con voz queda, dijo:

–Lo que dices es justo. ¿Qué quieres saber?
–Si me casara con Dominic, no necesitaría ir así vestida, ¿verdad?
–Tendrías que presentar una imagen respetable –el rey Ronaldo examinó el vestido azul e hizo una mueca de disgusto. Ni a él le gustaba–. ¿Sabrías elegir tú el vestuario?
–¡Claro que sí!
–También sería necesario que actuases con decoro en público.
–Eso tampoco es ningún problema. Aunque, por supuesto, necesitaría aprender el protocolo de la corte –respondió ella con sinceridad. Pero había advertido que el rey, de nuevo, le estaba haciendo preguntas a ella, por lo que decidió volver a tomar el control de la conversación–. ¿Cómo era Dominic de pequeño?
–Cabezota –respondió el rey.
–Un mandón –añadió Alex.
–Todos los hermanos mayores son mandones –interpuso Dominic.
Por primera vez desde su llegada, Ginny tuvo la impresión de estar hablando con gente de carne y hueso. Una familia.
Alex sacudió la cabeza.
–¿Sabías que accedió a casarse con la princesa de Grennady cuando tenía solo doce años?
–¿En serio? –preguntó Ginny mirando a Dominic.
En el momento en que sus ojos se encontraron, despertó en ella el recuerdo de unos susurros al oído, caricias, besos… y entonces comprendió por qué Dominic había evitado su mirada en el ascensor. Durante esos segundos, Dominic ya no era un problema ni un recuerdo, sino una persona real. El hombre con el que había hecho el amor. El hombre que iba a ser el padre de su hijo.
–Mi madre acababa de morir. El reino entero lloraba su ausencia y no sabíamos cómo íbamos a salir de tan penosa situación. Lo apropiado era hacer algo que no solo asegurase la paz sino también levantara la moral.
Ginny continuó mirándolo mientras él hablaba y sintió un suave calor en todo el cuerpo. A los doce años, Dominic había tenido la presencia de ánimo suficiente para cumplir con su deber. Un niño lo suficientemente maduro como para saber cuál era su deber. Sorprendente.
Alex suspiró.
–Y ahora el que se tiene que casar con ella soy yo.
Ginny volvió el rostro, miró al hermano de Dominic y parpadeó.
–¿En serio? ¿Tienes que casarte con la princesa con la que se iba a casar Dom?
El rey suspiró.

–No se puede romper un tratado de veinte años así como así. Prometimos un matrimonio. Tendremos un matrimonio.

–No tiene importancia, será un matrimonio de conveniencia entre la princesa y yo –dijo Alex en tono liviano–. Ella hará su vida, yo haré la mía y nadie sabrá de quién realmente serán nuestros hijos porque no haremos pruebas de ADN. Todo bien.

–Te lo repito, Alex, no quiero que se hable así en la mesa –declaró el rey con otro gruñido.

Los cuatro guardaron silencio. Dominic no defendió a su hermano, que se había agazapado tras la amonestación de su padre. Con el deseo de reiniciar la conversación, Ginny pensó en qué preguntar, pero no se le ocurrió nada. Quería animar el ambiente, pero no sabía cómo. De repente, una sensación de vacío se apoderó de ella al pensar en la clase de familia de la que iba a formar parte.

No obstante, se dio cuenta del aspecto humano de la situación: un hombre había perdido a su esposa y había criado solo a dos hijos; uno de los hijos se había convertido en esclavo de su deber, el otro en un rebelde.

¿Habían sufrido menos por pertenecer a la realeza?

En cierto modo, creía que la situación podía haber sido peor.

Dominic empezó a hablar de las finanzas del país y los ánimos se suavizaron. Al acabar la cena, el rey le tomó la mano y se la besó.

Regresaron a los aposentos de Dominic en silencio. Ginny se sentía completamente fuera de lugar y deseó estar en su casa, sentada al borde de la piscina con un vaso de zumo de fruta en la mano.

Al entrar en las habitaciones de Dominic, él dijo:

–Mañana por la mañana tenemos cita con el ministro de protocolo.

–Bien –Ginny se dirigió a la puerta de hoja doble que daba a sus habitaciones–. Estupendo.

–No dejes que mi familia te asuste.

Ginny se detuvo, se volvió y lo miró.

–No os tengo miedo –se contuvo para no añadir: «me dais pena». Porque a pesar de lo difíciles que habían sido los primeros años de su vida, el resto lo había compensado. Tenía muchos amigos y le gustaba su profesión. Sin embargo, El rey, Dominic y Alex no tenían escapatoria.

Pero la extraña mirada de Dominic le impidió decir lo que pensaba. Dominic parecía interesado en lo que ella opinaba de su familia, quería que le gustaran su padre y su hermano. O, al menos, que les aceptara.

Ginny se acercó a él.

–Estoy acostumbrada a tratar con padres difíciles. El tuyo no me

ha dado problemas. Puede que tu padre y tu hermano se hayan mostrado malhumorados e incluso rígidos, pero me habría encantado tener una familia así.

–Ya –dijo Dominic en tono burlón.

–Lo digo en serio –Ginny sonrió–. Puede que tu hermano necesite madurar. Tu padre perdió a su esposa y se vio sometido al escrutinio público mientras lloraba su ausencia. Y, ante todo, quieres cumplir los deseos de tu padre. En realidad, sois una familia bastante normal –algo que ella había anhelado toda la vida–. Buenas noches, Dominic.

Al verla darse la vuelta y caminar hacia su habitación, Dominic susurró:

–Buenas noches.

Las palabras de Ginny le habían dejado confuso. Según sus investigadores, el padre de ella había muerto. Su madre la adoraba y tenía muchos amigos.

En ese caso, ¿por qué había percibido tristeza en su voz? ¿Y por qué le habría encantado tener una familia como la suya?

Se dijo a sí mismo que no importaba y se quitó la corbata mientras se dirigía a su habitación.

Pero al día siguiente, cuando Ginny se acercó a la mesa del desayuno, él se puso en pie de un salto, sintiendo algo que no comprendía. No vio a la alegre chica del vestido rojo bailando, sino a una chica americana con algo oscuro en su pasado, algo que sus investigadores privados no habían logrado averiguar, pero que la hacía aceptar a su rígido padre y al díscolo de su hermano.

Dominic separó de la mesa la silla contigua a la suya.

–¿Qué te apetece desayunar?

–Una de esas naranjas y una tostada –respondió ella señalando el frutero sobre la mesa del bufé.

–¿Nada más?

–Nada más –respondió ella encogiéndose de hombros.

Dominic llamó a la camarera para pedirle la tostada y un vaso de agua. Ginny agarró una naranja del frutero y se puso a pelarla.

–¿Has dormido bien?

–Sí.

–No has olvidado la cita con el ministro de protocolo, ¿verdad?

–Mmmmm.

Dominic se maldijo a sí mismo por permitir que los nervios se apoderaran de él. Iban a casarse porque iban a tener un hijo; por supuesto, Ginny tenía derecho a mostrarse distante con él. No obstante, no le pareció bien que ella guardara silencio mientras

desayunaban.

–Si decides quedarte y casarte conmigo, tu madre podría venir, no solo a la boda, sino a ayudarte con los preparativos.

–Mi madre sigue trabajando de profesora.

–Ah.

–Tengo veinticinco años, mi madre me tuvo a los veinticinco años, así que tiene cincuenta –Ginny le sonrió–. Es demasiado joven para jubilarse.

–Has dicho que le gusta la enseñanza.

–Le encanta.

Tras la respuesta de ella, la conversación llegó a su fin, para frustración de él.

Cuando llevaron la tostada, Dominic trató de pensar en algo que decir, pero no se le ocurrió nada.

Ginny agarró uno de los numerosos periódicos que le dejaban todos los días en un extremo de la mesa del desayuno y se puso a leer. A pesar de alegrarse de que Ginny fuera una mujer inteligente que parecía estar al corriente de lo que pasaba en el mundo, le molestaba que ella estuviera leyendo para evitar hablar con él.

Después del desayuno, recorrieron unos pasillos de techos muy altos de camino al despacho del ministro de protocolo. Durante el recorrido, se cruzaron con algunos empleados que, inmediatamente, se detuvieron e hicieron una reverencia. Él apenas lo había notado, hasta ver la expresión confusa de Ginny.

–A mí tampoco me gusta.

–¿Qué?

–Que a mí tampoco me gusta todo esto, pero el respeto es parte de nuestras relaciones con los demás. Un líder necesita el respeto de sus súbditos, que confíen en su habilidad para gobernar. La reverencia es un gesto con el que te demuestran que confían en ti.

–Interesante.

–No es interesante, es verdad –declaró Dominic sin ocultar su enojo.

–Está bien, puede que no haya elegido la palabra adecuada. Quizá debiera haber dicho que es interesante que sea verdad porque hace que te vea de forma diferente, me ayuda a verte en tu papel de líder.

Por fin, al fondo del palacio, tomaron un ascensor que les condujo al primer piso, a la zona en la que estaban los despachos del palacio.

–¡Madre mía, qué grande es esto!

–Es enorme –Dominic señaló a la derecha–. Las oficinas del rey están ahí. Las mías y las de mi hermano están cerca de las de nuestro padre, a la izquierda –Dominic le indicó un pasillo al

frente–. Ahí están los despachos de nuestros ministros y administradores.

Incapaz de ver el final del pasillo, Ginny parpadeó. Parecía no tener fin.

–Lo sé, es impresionante –dijo Dominic sonriendo.

–Sí que lo es –pero cuando volvió el rostro y lo miró, ya no estaba hablando del tamaño del palacio. La realeza era mayor, mejor y más grandiosa de lo que había imaginado nunca, y ella no formaba parte de ese mundo. Un mundo de ricos y poderosos. Un mundo al que no pertenecía.

–Por aquí.

Dominic le puso una mano en el codo y un cosquilleo le subió por el brazo. No sabía qué era peor, si que Dominic le gustara tanto o que su hermano y su padre le cayeran bien. Ambas cosa podían acarrearle muchos problemas. No debería haber dicho la noche anterior que le habría encantado tener una familia así. Veía que el comentario había despertado la curiosidad de Dominic. Se había mostrado distante con él aquella mañana para distraer la atención hacia ella, pero sabía que Dominic le iba a preguntar al respecto y tenía derecho a hacerlo. La cuestión era: ¿cómo iba a explicar lo que había sido su vida con un padre infiel, mentiroso, ladrón y alcohólico a un hombre como Dominic, criado en un ambiente tan refinado?

El ministro de protocolo resultó ser una mujer mayor, de baja estatura y unos ojos verdes que se iluminaron al verles entrar.

La ministra se levantó de su asiento.

–¡Príncipe Dominic! –la mujer se acercó a Dominic y le abrazó–. ¡Felicidades, vas a tener un hijo!

Era la primera persona en el palacio que se alegraba del embarazo o hablaba de un hijo, no de un heredero o futuro rey. Ginny se puso tan contenta que se olvidó de su padre, de su pasado, de su triste infancia y del temor que le producía el hecho de que, algún día, tendría que explicarle todo a Dominic.

La ministra se volvió hacia ella.

–Y tú… –la sonrisa era cálida, pero no le alcanzó los ojos–. Bueno, felicidades por tu compromiso matrimonial. Bienvenida a nuestro hogar.

Conteniendo el impulso de hacer una reverencia y con la sensación de que la ministra no la consideraba digna de casarse con Dominic, Ginny respondió:

–Gracias. Pero es prematuro felicitarme, aún no he tomado una decisión respecto a nuestro matrimonio.

Dominic se hizo cargo de las presentaciones.

–Virginia, te presento a Sally Peterson, nuestra ministra de protocolo.

–Puedes llamarme Sally –la mujer indicó las sillas delante de su escritorio.

–Debido a que Virginia aún no se ha decidido, me ha parecido que tú podrías explicarle mejor que yo las ventajas de que nos casemos.

–Está bien –Sally juntó las manos y las reposó sobre el escritorio–. Vamos a ver cómo puedo explicarlo… Ya que el niño, o la niña, será el regente de esta isla en el futuro, ninguna corte en el mundo nos negaría la oportunidad de educarle para ser nuestro futuro rey. Lo que significa que tienes cuatro alternativas: la primera, casarte con Dom; la segunda, no te casas con Dom, pero te quedas a vivir en el palacio con tu hijo; la tercera, no te casas con Dom, regresas a Estados Unidos con un montón de guardaespaldas y empleados hasta que el niño tenga doce años y se vaya al internado; la cuarta, que renuncies a tu hijo.

La voz de la mujer se suavizó al añadir:

–Estoy segura de que no querrás renunciar a tu hijo. Y si no te casas con Dom y te quedas a vivir aquí con el niño, la situación podría provocar un escándalo. Dom podría verse expuesto a que se le dejara de considerar apto para la regencia al no haber podido convencer a la madre de su hijo de que se casara con él.

A Ginny se le heló la sangre al considerar las consecuencias negativas que eso podría acarrear a Dominic. Aunque no le conocía, sabía que nunca podría hacerle eso.

–¿Qué pasaría si nos casáramos?

–En primer lugar, se os debería ver en público al menos dos veces; inmediatamente después, se anunciaría la boda. También, al mismo tiempo, se anunciaría el embarazo para evitar rumores el día de la boda. La idea es que cuanto antes se sepa antes dejará de ser noticia.

Justo lo que Dom le había dicho.

Dominic la miró a los ojos y sonrió.

–Además, si te casaras con Dom, tendrías más influencia. Podrías aprovechar tu fama para apoyar organizaciones y causas que te interesen. Por ejemplo, ya que eres una persona que trabaja en el campo de la educación, podrías organizar fiestas para recaudar fondos con los que construir escuelas en cualquier lugar del mundo.

–Oh –eso era extraordinario–. Sería estupendo.

–Y no olvides que una boda real es algo fantástico –comentó Sally con una leve carcajada–. Tu vestido de novia lo confeccionaría el diseñador que tú eligieras, no olvides que el dinero no es un

obstáculo. A la boda asistirán miembros de la realeza y dignatarios de todo el mundo. Incluso conocerías al presidente de tu país.

–¿Asistiría a la boda el presidente de Estados Unidos?

–Por supuesto –Sally sonrió–. Nuestra familia real es muy influyente. La isla no solo tiene valor estratégico, también tenemos petróleo y formamos parte de la OPEP.

Ya le costaba creer que Dominic fuera un príncipe. Ahora… ¿resultaba también que aquel insignificante país en apariencia era un país poderoso?

¡Cielos!

Dominic le puso una mano sobre la suya y ella entrelazó el dedo menique con el de él.

–Pero, como ya he dicho, tienes otras alternativas. Y, según tengo entendido, pensáis divorciaros después de que el niño cumpla dos años.

–Sí –respondió Dominic con voz queda.

El gesto de cariño, de repente, le resultó carente de sentido, sin motivo ni razón. No iban a intimar, solo tenían que mantener una relación amistosa.

Ginny apartó la mano.

–En ese caso, la situación sería tal y como he explicado. Lo único que cambiaría con la boda es que Dominic no se expondría a comentarios negativos por parte de la prensa respecto a no haberte convencido de que te casaras con él.

–Y yo podría regresar a Estados Unidos.

Sally rio.

–Si quisieras hacer eso después de haberte convertido en una persona influyente y conocida en todo el mundo, la respuesta es sí.

Ginny sonrió. La forma como Sally había enfatizado los aspectos positivos de permanecer en el país le indicó que había algo que no le había dicho, y ese algo tenía que ver con su hijo.

–Pero el bebé vendría conmigo, ¿no?

Sally se puso en pie, rodeó el escritorio y se apoyó en él.

–Sí. Como he dicho, esa es una opción. Pero implicaría el despliegue de un considerable equipo de seguridad y profesorado privado en la casa, a menos que encontraras un colegio privado que cumpliera los requisitos que exigiríamos. Además, el niño tendría que venir en avión a ceremonias, cenas formales y vacaciones. Lo ideal sería que el futuro regente se criara aquí, lo haría todo mucho más fácil.

–Entiendo.

Dominic la miró y dijo:

–Nuestro hijo tiene que aclimatarse a la vida de la realeza.

Cautivada por esa mirada oscura, Ginny recordó por qué se

había dejado seducir aquella noche, cuando apenas acababa de conocerle. Dominic siempre sabía qué decir.

Aunque modificara su opinión.

El día anterior, Dominic había sido suficientemente inteligente como para hacerla creer que podría regresar a su casa; sin embargo, en realidad, eso dificultaría la vida de su hijo.

No le había mentido exactamente, pero había contado con que el amor de ella por su hijo le hiciera darse cuenta de que, aunque ir con él a Estados Unidos era posible, no era una buena idea.

No sabía si Dominic la estaba manipulando o si, por el contrario, confiaba en ella. Pero después de dieciocho años de ser víctima de las manipulaciones de su padre, la posibilidad de que le pudiera estar ocurriendo lo mismo la ponía enferma.

Ginny se levantó del asiento.

–Estoy algo cansada. Creo que voy a volver a mi habitación.

Dominic se puso en pie al instante.

–Sí, por supuesto.

–Necesitaré ayuda con el protocolo –dijo Ginny dirigiéndose a Sally–. Aunque decidiera no casarme con Dominic, voy a pasar una semana aquí y no quiero dejarle mal.

–Lo arreglaré para que te den instrucciones.

–No tienes más que decirme cuándo y dónde, y ahí estaré –respondió Ginny.

–Los instructores vendrán a nuestros aposentos –explicó Dominic riendo–. No eres solo la invitada de un príncipe. Estás embarazada y queremos cuidarte.

Ginny ignoró la risa de él, su sonrisa. Ignoró que se preocupara por ella, por su embarazo. Su padre también había sabido mostrarse encantador cuando le había convenido. No quería pensar que Dominic fuera como su padre, pero los hechos eran los hechos: el día anterior no le había dicho toda la verdad.

Ginny enderezó los hombros.

–Está bien, no es un problema recibir instrucción en tus aposentos.

Ginny salió del despacho de Sally con la cabeza muy alta, pero el estómago le daba vueltas.

¿Por qué se le había ocurrido considerar la posibilidad de casarse con un hombre tan manipulador como su padre?

Capítulo 3

Dominic tuvo que correr para alcanzarla.

–¿Qué te pasa?

–¿Qué?

–De repente, te has ido como si Sally te hubiera ofendido.

–No ha sido Sally, sino tú –respondió Ginny volviéndose hacia él–. Me hiciste creer que podía volver a Estados Unidos si quería.

–Y así es. La elección es tuya.

–Sí, claro, si elijo hacerle la vida imposible a mi hijo con constantes viajes de Texas a Xaviera.

Sin esperar respuesta, Ginny corrió hasta el ascensor, pulsó el botón y entró antes de que él pudiera asimilar lo que Ginny había dicho. No obstante, consiguió entrar en el ascensor un par de segundos antes de que se cerraran las puertas.

–Siento mucho que la verdad te ofenda.

Volviéndose de nuevo hacia él, Ginny le puso un dedo en el pecho.

–¿La verdad? Me contaste una verdad a medias, me diste falsas esperanzas. Se supone que debo acoplarme a tus necesidades, a las de tu familia y a las de tu pueblo. No obstante, se me dice que puedo hacer lo que quiera; pero si me voy a mi país, mi hijo sufrirá las consecuencias.

Dominic le agarró el dedo.

–¿Qué querías que dijera, que no podrías volver a tu país nunca?

–¡Sí! Tengo veinticinco años, he sabido arreglármelas con dos mil niños durante tres años. ¡Saldré de esta también!

Las puertas del ascensor se abrieron. Ginny se soltó de la mano de él y, cruzando el vestíbulo de suelos de mármol, llegó hasta las puertas de sus habitaciones.

Dominic la siguió y la alcanzó cuando ya estaba en el cuarto de estar. Allí, la agarró del brazo y la obligó a darle la cara.

–¡No voy a permitir que te enfades conmigo por algo que no he hecho! Ayer no hablamos mucho, apenas esbocé una ligera idea de las alternativas porque eso parecía ser todo lo que querías oír. Hoy Sally te ha explicado la situación con más detalle. De haber querido hablar ayer en profundidad, deberías haberlo dicho; sin embargo, me dijiste que querías ir a tu habitación. Yo estaba dispuesto a hablar, pero tú preferiste marcharte.

Dominic vio, en la expresión de ella, que Ginny sabía que él estaba diciendo la verdad.

–Perdona, Dominic. Lo siento –dijo Ginny cubriéndose el rostro

con las mano.

–No te preocupes.

Ginny sacudió la cabeza y después respiró hondo.

–Escucha, Dominic, mi padre era un alcohólico que siempre mentía. Por eso, me cuesta mucho confiar en la gente.

–Todos tenemos problemas, Ginny –Dominic suspiró de alivio y le indicó que se sentara.

–No hace falta, estoy bien. Cansada, pero bien.

Dominic se dio cuenta de que Ginny no quería hablar de eso ahora. No le extrañaba, ¿cómo iba a gustarle hablar de un padre adicto a la bebida que la había hecho sufrir? Pero, al menos, ahora comprendía por qué Ginny le había dicho que le habría encantado tener una familia como la suya.

–Probablemente debería haberte dicho también que todo esto se establecerá en un contrato formal.

–¿Un contrato?

–Sí, los abogados redactarán un contrato en el que se establecerán tanto nuestros derechos como nuestras obligaciones y lo que se requerirá de ti como madre del futuro heredero.

–¿Vas a ponerlo todo en un contrato?

Dominic lanzó una queda carcajada.

–¿No lo harías tú?

Ginny se quedó pensativa unos segundos.

–Bueno, supongo que un acuerdo escrito lo haría todo más fácil.

–Será uno de los pocos documentos completamente secretos. Dado que se considerará de naturaleza privada, solo tú, el rey, tu abogado, mi abogado y yo sabremos que existe. En el acuerdo se establecerán tus deberes y responsabilidades, y también los míos. Además, te proporcionaremos un abogado para que te asesore y se asegure de que lo que se establezca en el acuerdo sea justo. Y si no te gusta el abogado que te proporcionemos nosotros, podrás elegir al que quieras.

Ginny asintió.

–No estamos tratando de engañarte, Ginny.

–Ya.

–Lo digo en serio. Y no firmaremos el acuerdo hasta el día de la ceremonia. Así pues, hasta el día de la boda, tendrás tiempo para cambiar de opinión si así lo deseas.

–Sí, pero entonces sería públicamente.

Dominic se encogió de hombros.

–Lo siento, pero eso no se puede evitar.

Ginny no dijo nada, pero se había calmado. No obstante, se la veía cansada.

–¿Por qué no te tumbas y descansar un rato?

Ella asintió, fue a su habitación y cerró la puerta.

Dominic decidió dejarla descansar el resto de la mañana. Cuando Ginny reapareció a la hora del almuerzo, él apartó una silla y ella sonrió.

–A primeras horas de la tarde vamos a salir para tomar un café en público –declaró Dominic.

–En ese caso, será mejor que envíes a alguien a ayudarme con la ropa porque, después de examinar la vestimenta que hiciste que me trajeran ayer, me he dado cuenta de que no hay nada con lo que pueda aparecer en público.

–¿No te sirven tampoco los pantalones blancos y el jersey?

–¿Hablas en serio? ¿Te refieres al jersey azul con el ancla? Eso lo llevaría mi madre, pero no yo.

–Está bien, está bien. Después del almuerzo pediré al modisto que suba.

–Estupendo –Ginny miró la comida y pareció decepcionada.

–¿No te gustan los sándwiches de jamón?

–Sí, pero no tengo hambre.

Dominic respiró hondo. Ginny había salido del dormitorio para almorzar. Pero ahora, de repente, ¿no tenía hambre?

–Solo has desayunado una naranja, tienes que comer.

–Cuando vayamos a tomar el café, tomaré un pastel.

Dominic rio, pensando que ella bromeaba. Al ver que no era así, frunció el ceño.

–¿Lo has dicho en serio? ¿Eso es lo que vas a comer en todo el día, un pastel?

–Ya te he dicho que no tengo hambre.

Dominic supuso que, dada la situación, era normal que una mujer perdiera el apetito, pero casarse con él no era precisamente un infierno. Ginny podría tener todo lo que quisiera. No había motivo para que se negara a comer.

–Está bien, de ahora en adelante elegirás tú la comida.

Ginny asintió y él se sintió algo mejor. Pero… ¿a qué hombre podía gustarle que la idea de casarse con él le hiciera a una mujer perder el apetito?

Después de la visita del modisto, una hora de espera a que llevaran la ropa y otra para que Ginny se vistiera, salieron del palacio en el Mercedes. Ginny se había sorprendido de que condujera él.

–¿No necesitamos guardaespaldas?

–Van detrás de nosotros, a una discreta distancia. Es una salida informal.

–Ah.

Dominic hizo un esfuerzo para que no le afectaran los monosílabos de ella ni el hecho de que no hubiera querido comer.

–Por si no lo sabes, vas a tener que hablar conmigo cuando estemos en el café.

–Sí, lo sé.

–También podríamos aprovechar el trayecto para charlar; de esa manera, cuando salgamos del coche, lo haremos hablando, como hace la gente normal.

–Sé perfectamente lo que hace la gente normal –declaró Ginny lanzándole una mirada–. Tú, por el contrario, vas con camisa blanca a tomar un café.

–Soy un príncipe.

–También eres una persona; a quien, supuestamente, le gusta la mujer que lo acompaña. Una mujer con la que se siente a gusto. La camisa blanca no pega con eso.

–¿Y los pantalones vaqueros viejos sí?

Ginny se echó a reír.

–¿Me lo preguntas en serio? Naturalmente que sí, como más a gusto se va es con unos vaqueros viejos.

–Parece que vas a pedir limosna.

–Parezco una chica americana que va a tomar un café con un príncipe al que acaba de conocer. Yo estoy representando bien mi papel. Cuando nuestras salidas sean más formales, mi atuendo también lo será.

Inesperadamente, Dominic comprendió la lógica de ella y suspiró.

–Está bien, lo entiendo. Lo único que te pido es que no te rías de mi camisa blanca.

–De acuerdo, no lo haré.

Por el espejo retrovisor, Dominic vio el Mercedes con los guardaespaldas y también los acostumbrados paparazzi. Satisfecho, continuó el trayecto hasta llegar al café que daba al mar.

El cálido sol de Xaviera le calentó la espalda mientras rodeaba el coche para abrir la puerta de Ginny. Le tomó la mano y la ayudó a salir bajo los estallidos de las cámaras fotográficas. Ginny apareció delante de los fotógrafos con pantalones vaqueros, sandalias, una camiseta azul y gafas de sol. Todo perfectamente normal.

Ginny había estado en lo cierto al elegir un atuendo informal.

A su lado, Ginny lo miró y sonrió. Era muy hermosa, más aún con el pelo rubio y la piel morena brillando bajo los rayos del sol.

Las cámaras continuaron disparando.

–¿Qué tenemos que hacer? –le preguntó ella en un susurro–. ¿Debemos saludar?

–Ignorarles.
–¿En serio?
Dominic rio, le tomó la mano y la condujo hasta las puertas del café.
–Sí, en serio. Al contrario que les ocurre a los actores y otros famosos, nosotros no les necesitamos para darnos publicidad, les toleramos. Por lo tanto, les ignoramos.
–Entendido.
Dominic abrió la puerta y cedió el paso a Ginny. Los de la prensa se acercaron, pero los guardaespaldas cerraron la puerta. Sin embargo, dos cosas ocurrieron simultáneamente: los periodistas abrieron la puerta, se agolparon detrás de los guardaespaldas y siguieron sacando fotos; y Marco, el propietario del café, los saludó.
–¡Príncipe Dominic! –Marco hizo una reverencia–. Es un honor.
–¿Podrías servirme lo de siempre, Marco? Y… –de repente, se dio cuenta de que Ginny, embarazada, no podía beber café. Se volvió a ella–. ¿Qué te apetece tomar, Ginny?
Tan pronto como oyeron su nombre, los periodistas gritaron:
–¡Ginny! ¡Ginny! ¡Aquí, Ginny, mire aquí!
Ginny se quitó las gafas de sol y, siguiendo las instrucciones de él, ignoró a los periodistas.
–Agua, por favor. Hace calor.
Los periodistas rieron.
–¿No sabía que hace calor en nuestro país?
–¿De dónde es?
–¿Cuántos años tiene?
–¿Cómo se conocieron?
–¿Cuánto tiempo hace que salen juntos?
Dominic también les ignoró.
–¿Solo agua? ¿Y el pastel?
–Tengo unos pasteles maravillosos –declaró Marco.
–Estupendo –respondió Ginny sonriendo.
–Por su acento diría que es americana.
Dominic la vio vacilar, como si encontrara difícil ignorar preguntas dirigidas directamente a ella. Los periodistas continuaron cercándoles, a pesar de los guardaespaldas. Marco preparó el café de él, sacó una botella de agua y puso un pastelillo en una servilleta.
Dom agarró las bebidas y el pastelillo y dijo a Ginny:
–Vamos a la terraza.
Pero tan pronto como se volvió hacia ella, la vio tambalearse y perder el equilibrio. Rápidamente, dejó el café, el agua y el pastelillo en la barra y agarró a Ginny antes de caer al suelo.
Las cámaras dispararon entre murmullos. Los guardaespaldas se

volvieron para ayudarlo mientras Marco salía de detrás de la barra con una escoba en la mano.

–¡Fuera de aquí! –Marco amenazó a los periodistas con la escoba–. ¡Fuera de aquí inmediatamente! –Marco volvió la cabeza hacia atrás–. Antonella, les estoy echando de aquí. ¡Echa el cerrojo a la puerta!

De rodillas, sujetando a Ginny, Dominic lanzó a Marco una mirada de agradecimiento mientras este y los guardaespaldas acababan de sacar a los periodistas del café y Antonella cerraba la puerta con cerrojo.

Por fin, Ginny abrió los ojos.

–Hace mucho calor.

Dominic sonrió. Con ella en los brazos, recordó la noche que pasó con ella en América. El recuerdo le hizo temblar. Además de excitación, con Ginny había sentido paz.

–No deberías haberte puesto vaqueros, dan mucho calor.

–Intentaba mostrar una apariencia normal en público.

Los ojos de Ginny habían perdido el brillo y estaba muy pálida. De repente, Dominic se asustó.

–Tenemos que llevarte al hospital.

–¿Vas a llevar a una embarazada al hospital solo por haberse desmayado? No sabes mucho de embarazos, ¿verdad?

–¿Es eso lo que te ha pasado?

Ginny respiró hondo y, súbitamente, pareció recuperar las fuerzas.

–El calor, el embarazo, los nervios…

–Ya –respondió él antes de volverse a Marco–. Marco, abra la botella de agua de Ginny.

El propietario del café abrió la botella, se la pasó y él dio de beber a Ginny.

–¿Quieres un poco de pastel? Deberías haber almorzado.

–No tenía hambre –respondió ella sonriendo.

Antonella se acercó con el pastel.

–Coma.

Ginny se incorporó y agarró el pastel.

–¿No estaría mejor en una silla?

–Mejor aquí –contestó Ginny riendo–. Sentada en el suelo, los periodistas no pueden verme a través de los cristales del escaparate.

A Dominic le ocurría lo mismo, las mesas y las sillas le protegían de los periodistas.

Ginny comió un poco del pastel, vació la botella de agua y le tendió la mano.

–Creo que ya podemos levantarnos.

–Para llegar al coche, vamos a tener que aguantar a los

periodistas y fotógrafos. Y después de desmayarte delante de ellos, nos van a bombardear a preguntas.

–No te preocupes, estoy bien.

–En ese caso, no se hable más. Pero tan pronto como lleguemos a casa, voy a hacer que te examine el médico.

–No esperaría menos de un hombre acostumbrado a dar órdenes.

Dominic seguía preocupado por la salud de Ginny, pero ella no parecía tomarse en serio el desmayo.

–Deja de bromear. Te has desmayado.

–Porque hace mucho calor y no he comido –inesperadamente, Ginny le sonrió, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla–. En serio, me encuentro bien.

El beso le envolvió como una suave brisa primaveral. Sabía que no debía darle demasiada importancia; pero cuando las mejillas de Ginny recuperaron el color y ahora que le sonreía, le resultaba imposible no hacerlo.

–Bueno, vamos –dijo Dominic, que quería llevarla a casa inmediatamente.

Pero antes de alcanzar la puerta, Marco y Antonella abrazaron a Ginny. Fue entonces cuando Dominic advirtió la presencia de otros clientes sentados a las mesas y hablando entre sí mientras los miraban, pero sin importunarles.

–Gracias por su consideración –dijo Dominic dirigiéndose a ellos.

Los clientes asintieron y les sonrieron. Y cuando llegaron a la puerta, Antonella les abrió.

–¿Lista? –preguntó Dominic a Ginny.

Ella asintió.

Nada más abrir, las cámaras comenzaron a disparar y los periodistas gritaron:

–¿Cómo se encuentra?

–¿Por qué se ha desmayado?

–¿Cómo se apellida?

–¿Está embarazada?

Dominic se detuvo momentáneamente. Pero Ginny, poniéndose las gafas de sol, les sonrió y dijo:

–No había almorzado –entonces, se volvió hacia Dominic y se agarró de su brazo–. Dom me dijo que debía comer, pero… –Ginny estiró una pierna–. Fíjense en estos vaqueros, son preciosos y no quería que no me abrocharan –Ginny volvió a sonreír–. Las americanas somos así, nos encantan los vaqueros y queremos que nos sienten a la perfección.

Entonces, Ginny, tomando la iniciativa y agarrada a él, reinició la marcha hacia el Mercedes mientras los guardaespaldas les abrían

el paso.

Dominic le abrió la puerta y ella se introdujo en el vehículo. Antes de que él cerrara la portezuela, Ginny saludó a los periodistas con la mano y añadió:

–Me encuentro bien. Y lo prometo, no volveré a salir sin comer antes.

Dominic rodeó el coche entre las risas de los periodistas y las sonrisas de aprobación de otra gente que se había acercado. ¿Y por qué no? Ginny era guapa, simpática y de trato fácil.

Pero también vio que algunos periodistas, con el ceño fruncido, hablaban frenéticamente por los móviles.

Dominic se metió en el coche inmediatamente.

–Creo que lo de tu embarazo ya es de dominio público –dijo él.

–Sí, eso me temo –respondió Ginny mirándolo–. Creo que ya no vamos a necesitar volver a salir otra vez para que se nos vea en público.

–¿Quieres decir que tu respuesta es sí?

Ginny asintió.

Dominic le tomó la mano y se la besó.

–Gracias.

–No me des las gracias. Tengo el presentimiento de que no sabes en el lío que te has metido.

Capítulo 4

Organizaron una rueda de prensa a las nueve de la mañana del día siguiente en la sala de prensa del palacio. El rey anunció el compromiso de su hijo con Virginia Jones, de Texas, Estados Unidos, orientadora de educación. Después, cedió el podio a Dominic.

Como Ginny suponía que ocurriría, los periodistas preguntaron:

–¿Está embarazada Ginny?

Ginny sabía que Dom había previsto ese tipo de pregunta; por tanto, no le sorprendió oírle responder:

–Sí.

Las cámaras estallaron. Algunos gritaron:

–¡Ginny, mire aquí!

Pero ella mantuvo los ojos fijos en Dominic porque eso le habían dicho que hiciera durante las dos horas de instrucción que había recibido la noche anterior, que también había incluido la ropa que debía llevar durante la rueda de prensa.

Después de que el médico la examinara y le dijera que estaba bien, un modisto había aparecido con muestras de telas y catálogos. Sally, la ministra de protocolo, le había aconsejado un traje de color frambuesa, pero el rey había comentado que presentaría un aspecto más digno vestida de blanco. No obstante, ella les había dicho que se había desmayado debido al excesivo calor; por eso, para la rueda de prensa, había elegido un sencillo vestido verde con tirantes y una rebeca verde pálido que podría quitarse si tenía calor, y así se lo había dicho al rey.

El rey había protestado, pero Dominic le había contestado:

–Ginny tiene razón. Cuando ayer se desmayó, no fuisteis vosotros quienes tuvisteis que sujetarla antes de que cayera al suelo. No quiero correr el riesgo de que vuelva a ocurrir.

Ginny tampoco quería volver a desmayarse después de haber visto aquella mañana en los periódicos diez fotos en las que aparecía desmayada en el suelo del café.

Pero Dominic, a su lado, defendiéndola, la había hecho contener la respiración. Aunque su embarazo fuera importante para un reino, la realidad era que iba a tener un hijo. Con Dom.

Dom y ella iban a tener un hijo y se iban a casar, aunque el matrimonio fuera solo algo temporal. Dominic le había dejado claro que no debía albergar falsas esperanzas de una relación íntima y permanente con él, y ella no lo iba a hacer. Pero su hijo de camino y tanta gente diciéndoles lo que debían hacer, para sobrevivir los

próximos meses tendrían que estar unidos, no había otra forma de conseguirlo.

Por eso, había cometido un serio error al comparar a Dominic con su padre. Y lo peor era que no podía dejar de hacerlo. No porque creyera que Dom era como su padre, sino porque tenía miedo. La vida con su padre había sido una pesadilla.

No, Dominic no podía ser como su padre, no era posible. Sin embargo, la situación y algo en su relación con Dom le alarmaban e impedían que se relajara.

Observando a Dominic mientras hablaba, esperó a que él le indicara que subiera al podio. Después de contestar un par de preguntas sobre cómo se conocieron, Dominic se volvió hacia ella, sonrió y dijo:

–Lo mejor es que Ginny me ayude a responder a algunas preguntas, ¿no les parece?

Con sus sandalias blancas de tacón alto, el complemento perfecto para el vestido, Ginny se acercó al podio. Al instante, Dominic le rodeó la cintura con un brazo y la hizo acercarse a los micrófonos.

–¿Ha elegido ya el vestido?

–¿Siente náuseas por las mañanas?

Ginny oyó las preguntas y clavó la mirada en los negros ojos de Dominic, expectantes. Y se preguntó si sabría estar a la altura de las circunstancias, si podría proteger la reputación de Dominic como él había hecho con ella la noche anterior… si podría entregarse por completo a aquella farsa.

E igual que ella no lograba confiar plenamente en él, en los ojos de Dominic vio que él tampoco confiaba del todo en ella.

Lo que les situaba al mismo nivel y eso les hacía iguales. Por extraño que resultara, su acuerdo tendría éxito no porque confiaran el uno en el otro, sino por todo lo contrario.

–¿Es usted una Cenicienta?

La pregunta la sacó de su ensimismamiento y la hizo reír.

–Sí, me siento como Cenicienta –respondió ella mirando directamente a los periodistas–. Y no, aún no he elegido un modisto para el vestido, pero todavía dispongo de cuatro semanas para encontrar algo que me guste.

Cuando los periodistas rieron, ella sonrió y añadió:

–Y no tengo náuseas por las mañanas.

Ginny se interrumpió y dedicó a Dominic la más encantadora de sus falsas sonrisas, dando la impresión de estar completamente unida a él, tal y como la noche anterior le habían dicho que hiciera. Cuando sus ojos se encontraron, vio que Dominic estaba satisfecho con su comportamiento. Sabía que la alegre expresión de él era

parte de aquel teatro, pero le hizo recordar la noche que habían pasado juntos, la noche que ella concibió.

El corazón le latió con fuerza al recordar los besos en la limusina, las risas por nada… Y, por un momento, deseó poder volver a tener esa relación con él.

Rápidamente, apartó los ojos de Dominic y volvió a dirigirse a los periodistas.

–Y no voy a volver a desmayarme; es decir, si sigo el consejo de Dom y desayuno y almuerzo todos los días.

Tras unas quedas carcajadas, otra ronda de preguntas.

–¿Y su trabajo?

–¿No lo echará de menos?

–¿Le afectó mucho criarse con un padre alcohólico?

–¿Soñaba de pequeña con casarse con un príncipe?

De repente, Ginny sintió mucho calor. Había supuesto que lo de su padre saldría a la luz, pero no tan pronto.

Se apartó el pelo del rostro, dándose tiempo para recuperarse.

–Me encanta mi trabajo –dijo respondiendo a la primera y segunda preguntas–. Si fuera posible ser princesa y seguir con mi trabajo, eso es lo que haría. Sin embargo, lo primero es Xaviera y nuestro bebé. Y como me ha dicho mi madre, aunque mi hijo no fuera un futuro rey, requeriría todo mi tiempo –comentó ella con una suave carcajada.

Antes de poder responder a la tercera pregunta, otro periodista dijo:

–Ha hablado de su madre, ¿dónde está en estos momentos?

–Mi madre es profesora de instituto y está trabajando, aunque el semestre está a punto de terminar –contestó Ginny–. Todavía le quedan unas semanas para las vacaciones, pero estará en la boda.

–Todavía no ha contestado la pregunta que le he hecho respecto a su infancia con un padre alcohólico.

Unas gotas de sudor afloraron a su frente. Le flaquearon las piernas igual que el día anterior antes de desmayarse.

–Mi padre estaba enfermo –respondió ella con voz queda–. Murió cuando yo tenía dieciocho años. Apenas recuerdo esa parte de mi vida.

Lo que no era mentira, sino una exageración. No quería recordar, se negaba a ello.

–En cuanto a si soñaba con casarme con un príncipe, la respuesta es no –Ginny sonrió–. Era una niña muy pragmática, me encantaba que a mi madre le gustara tanto su trabajo y quisiera tanto a sus alumnos. Pero me alegro de haber conocido a Dominic.

Tampoco eso era mentira, se alegraba de haberle conocido. Le encantaba la noche que habían pasado juntos. Lo que le asustaba

era depender tanto de él, exponerse a que una persona pudiera hacerle el mismo daño que le había causado su padre.

Volvió a mirar y a sonreír a Dominic, pero sabía que sus ojos habían perdido el brillo.

No le sorprendió oír a Dominic decir:

–Eso es todo por hoy. Nuestra oficina de prensa va a publicar toda la información pertinente.

Dominic la alejó del podio y salieron de la estancia. El rey les siguió y, cuando se dirigió a ella, su expresión era de satisfacción.

–Has durado más de lo que imaginaba.

–Gracias –respondió ella.

–Aunque aún no sé qué pensar de tu sentido de la moda. Y no me gusta que no nos hayas contado lo de tu padre.

El estómago le dio un vuelco.

–Yo…

–Yo sí sabía lo de su padre –intercedió Dominic–. Los miembros de seguridad, por encargo mío, lo investigaron todo. Admito que decidimos ignorar el problema de su alcoholismo porque lleva muerto siete años, pero no por mantenerlo en secreto intencionadamente.

Ginny tragó saliva. Cada vez que Dominic hablaba, le recordaba que ella no pertenecía a ese mundo y lo difícil que iba a ser su vida allí.

–Supongo que me investigaste mientras esperabas los resultados de las pruebas de paternidad –dijo ella.

–No, te investigamos cuando nos dijeron que ibas a ser la persona con la que trataríamos en el instituto en el que trabajabas –respondió Dominic antes de dirigirse de nuevo a su padre–. Tienes el informe completo de la vida de Ginny en tu despacho, lo de su padre incluido.

–No sé cómo se me ha escapado –comentó el rey Ronaldo.

–Porque apenas ocupa un párrafo. Jamás le arrestaron, nunca apareció en la prensa y lleva muerto siete años. Ginny y yo hablamos de ello ayer y, al final, decidí que no había motivo para hacerla revivir recuerdos tan amargos exigiéndole más detalles.

Dominic le dedicó una leve sonrisa.

Ella trató de sonreír también, agradecida a Dominic por haberle evitado dar explicaciones sobre un pasado que ya no le afectaba.

–Sí, bien, pero debería haberle hablado de ello a su padre en vez de esperar que lo leyera en un informe, príncipe Dominic –dijo Sally.

Dom miró a Sally, que, de brazos cruzados, se la veía enojada con él.

–La próxima vez lo tendré en cuenta –respondió Dominic;

después, miró a Ginny y le guiñó un ojo.

Sally alzó la tabla sujetapapeles.

–Señorita Jones, hoy le darán unas clases en el apartamento sobre protocolo y etiqueta. A las cuatro, el modisto y yo iremos a verla con catálogos de varios diseñadores para iniciar el proceso de elección del diseñador del vestido de novia –Sally pasó una hoja–. Dom, creo que tienes que asistir al parlamento al mediodía.

Dominic agarró la mano de Ginny.

–En ese caso, será mejor que subamos al apartamento a almorzar.

Sin esperar a que Sally pudiera hacer un comentario, Dominic se volvió y alejó de allí a Ginny. Caminaba tan de prisa que la hizo hasta correr, pero se sentía contenta, incluso tenía ganas de reír. Además de haber salido airosa de la rueda de prensa, Dominic se había puesto de su parte, una vez más.

–Ha sido maravilloso –declaró Ginny cuando las puertas del ascensor se cerraron.

–¿Qué? ¿Te ha gustado someterte a las preguntas de los periodistas?

–No, no me refería a eso. Lo que me ha encantado es que hayas dejado plantada a Sally.

Dom sonrió traviesamente.

–Es la encargada de protocolo, lo que significa que lo dirige casi todo. De vez en cuando me gusta recordarle que trabaja para mí.

–Vaya, haciéndote el duro, ¿eh?

Dominic se echó a reír.

–Ya te he dicho que un rey tiene que hacerse respetar.

–En ese caso, deja que te diga que tienes mi voto de confianza.

–¿En serio?

–Sí, completamente en serio. Me ha encantado que ayer me apoyaras respecto a la ropa que quería llevar a la rueda de prensa y que hoy me permitieras responder a las preguntas de los periodistas sin interferir. Pero lo mejor de todo ha sido cuando le has parado los pies a Sally y a tu padre. Yo… me he sentido como una persona de verdad.

–Eres una persona de verdad.

Ginny se echó a reír. La repentina confianza que tenía en él la hizo continuar hablando.

–Lo sé, pero mi infancia fue horrible. Existen muchas posibilidades de que te deje en vergüenza y pocas de que te enorgullezcas de mí.

–¿Qué dices? En tu primera aparición en público, te desmayaste; después, volviste al coche como si nada y dijiste a los periodistas que te encontrabas bien, pero lo hiciste como si charlaras con unos

amigos –Dominic se echó a reír–. Creo que no saben qué hacer contigo.

–O sea, que si no puedo conquistarles con mi encanto, ¿debo hacer que se sientan confusos?

Dominic le lanzó una mirada mientras las puertas del ascensor se abrían.

–Yo no descartaría todavía tu encanto.

Se miraron a los ojos y Ginny recordó los apasionados besos en su piso.

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse de nuevo y, sin apartar los ojos de ella, Dominic las sujetó, forzando su apertura.

–Será mejor que salgamos.

–Sí.

Ninguno de los dos se movió. Por fin, Dominic se le acercó un paso y ella tembló. Quería que Dominic la besara, pero él permanecía quieto; cerca, pero sin hacer ademán de ir a besarla. No obstante, en sus ojos veía deseo.

Hacía calor. Sabía que podía achacarlo al deseo sexual, pero sabía que había algo más. Formaban un equipo. Y la idea de no sentirse sola luchando por sus derechos la hizo sentir algo aún más poderoso que el deseo que sentía por él.

Y eso la asustó.

Dominic continuó mirándola a los ojos y Ginny volvió a temblar. Recordó con nostalgia el día que se conocieron, un día en el que no temía por su futuro porque no había creído posible un futuro con él. Y se preguntó si no podría bajar la guardia y…

Pero Dom le había advertido que no debía hacerse ilusiones y la vida le había enseñado a ser cauta. Apenas hacía veinte minutos que le había preocupado compararle con su padre. Y ahora… ¿quería besarlo? ¿Confiar en él?

Todo estaba ocurriendo a una velocidad vertiginosa.

Iba a sufrir si se hacía ilusiones.

Ginny se volvió, salió del ascensor y se dirigió a su habitación.

Capítulo 5

Dominic tuvo un decepcionante almuerzo. A pesar de intentar establecer una conversación con Ginny, ella se limitó a sonreírle fríamente y a comer para no tener que hablar con él. Al menos, se alegró de que comiera, no podía permitirse el lujo de enfadarse con ella porque no quisiera hablar.

Pero le estaba volviendo loco.

Todo había ido con normalidad hasta el momento en que él, en el ascensor, había hecho un comentario sobre ella conquistando a la prensa con su encanto. No sabía por qué ese simple comentario había hecho que Ginny se tornara distante y dejara de hablar.

Se marchó después del almuerzo y pasó cuatro horas en el parlamento. Cansado y hasta cierto punto asqueado, regresó a sus habitaciones en el palacio y encontró a Sally y Joshua, el modisto, sentados en uno de los sofás, Ginny ocupaba el otro, frente a ellos. Aunque Sally parecía frustrada, Joshua era la viva imagen de la paciencia mientras repasaba una lista de diseñadores.

–Sé lo que me gusta –declaró Ginny con el ceño fruncido–. Sé lo que me sienta bien. Me parece ridícula esta manera de elegir un vestido, prefiero probarme la ropa y ver cómo me sienta.

Joshua sonrió pacientemente.

–A cualquier mujer le encantaría que un diseñador creara un vestido único para ella.

Ginny suspiró y lanzó una mirada a las fotos de los diseñadores y sus creaciones.

–¿Por qué darle tanta importancia? –dijo Sally sacudiendo la cabeza–. Esta boda es solo un teatro, no es una boda de verdad. El vestido no tiene por qué ir con tu personalidad, solo tiene que ser bonito. Un vestido propio de una princesa.

Ginny advirtió la presencia de él en el umbral de la puerta; rápidamente, miró hacia otro lado. Lo que no impidió que Dominic viera en los ojos de ella desesperación.

Ginny enderezó los hombros, como si verle le hubiera recordado sus obligaciones, y señaló una de las fotos.

–Este. Este es el diseñador que me gusta.

Sally suspiró aliviada y se levantó.

–Lo llamaremos inmediatamente.

Joshua también se puso en pie e hizo una reverencia.

–Estoy a su servicio.

–Estupendo, porque aún tiene que elegir el guardarropa –dijo Sally–. Dos pantalones vaqueros, un vestido verde y una rebeca no

son suficientes para dos días y menos para dos años.
Sally se dirigió hacia la puerta de hoja doble y Joshua la siguió.
–Ginny, mañana al mediodía te reunirás con Joshua otra vez.
–Señorita Jones –dijo Dominic enfadado–. Puede que todavía no sea una princesa, pero pronto lo será. Y cuando lo sea será tu jefa.
Sally se detuvo un momento, pero se recuperó rápidamente. Después, hizo una reverencia y dijo:
–Sí, Majestad.
Joshua, incómodo y con los ojos muy abiertos, miró a Dominic y después a Sally. Esta, por fin, abrió la puerta y ambos salieron de los aposentos.
Ginny lanzó un prolongado suspiro.
–No deberías haberle gritado, Sally no tiene la culpa de que me cueste tanto elegir y se me esté acabando el tiempo. Es comprensible que esté enfadada conmigo.
Dominic se acercó al mueble bar y se sirvió un whisky.
–Cielo, todavía no sabes lo que significa ser princesa. Tienes mucho que aprender.
–No voy a convertirme en una niña caprichosa.
–No, claro que no. Pero tampoco puedes permitir que los empleados te miren por encima del hombro.
–Como he dicho, tiene motivos para estar disgustada conmigo.
–No y no. Aquí eres un miembro de la familia real. Y eso te da derecho a tomarte el tiempo que quieras para elegir un vestido, aunque sea un día antes de la boda. Y ellos que se las arreglen como puedan.
Ginny rio y Dominic se sentó a su lado en el sofá.
–¿En serio te gusta el diseñador que has elegido?
–Ni mejor ni peor que los demás –contestó Ginny encogiéndose de hombros.
Dominic le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo.
–Eso no es suficiente. Quiero que estés contenta el día que nos casemos. Puede que no sea para siempre, pero será tu primera boda.
–Lo sé.
–Dime, ¿cómo querrías que fuera la boda si se tratara de un matrimonio para toda la vida?
–Tendría muchas rosas de color rosa.
–¿Qué más?
–Mis dos mejores amigas de damas de honor.
–Eso se puede arreglar –Dominic bebió un sorbo de whisky–. ¿Qué más?
–No sé. Siempre he imaginado que mi madre y yo lo elegiríamos todo. Mi madre tiene muy buen gusto.
–¿Sí?

–Bueno, en realidad tenemos gustos muy parecidos. Elegir un vestido de novia es algo que una chica hace con su madre –Ginny respiró hondo y después lo miró a los ojos–. Como las fotos de mi boda van a salir en todos los periódicos, me gustaría presentar buen aspecto.

Dominic asintió.

–Sí, es algo a lo que estoy tan acostumbrado que se me olvida que a la mayoría de la gente no le ocurre lo mismo –Dominic se levantó del sofá–. Esta noche tengo una cena de trabajo con varios miembros del parlamento. ¿Por qué no hablas con tus amigas por Skype y les preguntas si quieren venir y ser tus damas de honor?

Los ojos redondos, grandes y azules de Ginny lo miraron con honestidad. Esa mujer tenía una belleza natural extraordinaria. Ginny también había aceptado la situación con deportividad, sin pedir nada a cambio. Hacía lo que le decían que hiciera. Y si no quería hablar con él, ¿no sería él el responsable? Al fin y al cabo, le había dicho que no esperara un matrimonio feliz y para toda la vida.

–¿En serio puedo tener damas de honor?

–Todas las que quieras –impulsivamente, Dominic bajó la cabeza y le besó la mejilla–. ¿Puede una boda parecer auténtica sin damas de honor?

Ginny negó con la cabeza.

–En ese caso, llama a tus amigas.

Dom salió del cuarto de estar para ir a su dormitorio, y ella le siguió con la mirada. De repente, reconoció que, aparte de gustarle físicamente, Dominic le parecía un buen hombre. Una buena persona.

Podía resistir el atractivo del hombre solemne, el futuro rey, la persona que buscaba la perfección en todo. Pero el otro Dominic, el Dominic tierno que quería hacerla feliz, ese le resultaba irresistible. Ese era el Dominic al que quería besar cada vez que lo miraba y del que debía protegerse.

Ginny fue a su dormitorio, encendió el portátil y se conectó con sus dos amigas por Skype. Las dos sabían que estaba embarazada. No se sorprendieron de que las invitara a ser sus damas de honor.

Haber hecho algo normal la animó. No iba a ser un matrimonio de verdad, pero sí una boda de verdad e iba a estar guapa y tendría a sus amigas a su lado. La entretendrían la semana antes de la boda. Y el buen humor la haría parecer feliz el día de la ceremonia.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, le preguntó a Dominic sobre su reunión de trabajo la noche anterior, mostrando

así su agradecimiento.

–Una o dos personas temen que nuestro matrimonio sea el preámbulo para una alianza con Estados Unidos.

Ginny se echó a reír. Al ver que Dominic permanecía serio, dijo:

–¿Lo dices en serio? ¿Creen que el matrimonio con una plebeya de Estados Unidos va a dar lugar a un tratado?

–Mi hermano se va a casar con una mujer precisamente como parte de un tratado. ¿Por qué te sorprende que el gobierno de este país se cuestione nuestro matrimonio?

Ginny sacudió la cabeza y metió la cuchara en el cuenco de cereales.

–Se me olvida que tu país tiene una idea muy peculiar del matrimonio.

–No se trata de que nuestro país tenga una idea peculiar del matrimonio en general, sino del matrimonio en el seno de la familia real y de lo que se espera de nosotros. Me va a llevar semanas convencer a los miembros del parlamento de que nuestro matrimonio no forma parte de un plan secreto.

Ginny se llevó la cuchara a la boca y asintió.

–Te entiendo. Vas a tener que hacer algo que consideras que no deberías tener que hacer, pero que vas a hacer. Igual que yo, que voy a pasar dos horas con el personal de Sally para aprender a hacer reverencias.

–Yo creía que eso estaba pasado de moda. Vieja escuela. Algo que ya no hace nadie.

–Según Sally, algunos países del Este de Europa todavía lo practican. Solo espero no tener que hacer reverencias cuando esté embarazada de ocho meses.

Dominic se echó a reír.

–Vas a ser una princesa muy especial.

–Por suerte para ti solo durante dos años.

–Mmmm –respondió Dominic, y se puso a leer el periódico inmediatamente.

A Ginny no le importó. La conversación había demostrado que podía charlar con el Dominic encantador sin rendirse a sus pies. No tenían que hacerse amigos íntimos, con llevarse bien bastaba. Se les tenía que ver contentos en público y debían conocerse lo suficiente para representar bien su papel. Y aquella mañana lo estaban consiguiendo.

A las cuatro de la tarde, Dominic volvió a sus aposentos inesperadamente. Igual que el día anterior, Joshua y Sally estaban sentados enfrente de ella, en el otro sofá, con las listas de los diseñadores y fotos de sus creaciones.

Ginny miró a Dominic al verle entrar y sonrió.

–Creía que tenías otras cosas que hacer.

Dominic se adentró en la estancia.

–Y así es. Pero he sido yo quien ha dicho a Sally y a Joshua que volvieran con la lista de los diseñadores otra vez. Solo para asegurarnos de que todos estemos de acuerdo.

–A mí me han dicho que tú les habías dicho que yo no estaba segura del diseñador –Ginny se mordió los labios. No le hacía gracia que algo que le había dicho a Dominic se convirtiera en un problema.

–Quiero que estés segura –respondió él.

De nuevo, pensó que Dominic era una buena persona. Aunque no la amara, se esforzaba por hacerla feliz.

–De acuerdo.

De repente, las puertas de hoja doble se abrieron.

–¡Ginny!

–¡Mamá!

Ginny parpadeó al ver a su madre, alta y delgada, corriendo hacia ella. El traje de pantalón color tostado le habría encantado al rey.

Ginny se puso en pie y el calor del abrazo de su madre la hizo suspirar.

–¡Deja que te mire! –exclamó su madre cuando se separaron.

–¿Cómo es que no estás trabajando?

–Dom me llamó para decirme que necesitabas que te ayudara a elegir el vestido de novia.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Dominic se había superado a sí mismo. Se le hizo un nudo en la garganta al ser consciente de la consideración de Dominic hacia ella.

–No necesito exactamente que me ayudes, solo que me des tu opinión.

–Mucho mejor –respondió su madre antes de volverse a Joshua y Sally, que se habían puesto en pie–. Ustedes deben ser Sally y Joshua, ¿no?

Sally hizo una ligera reverencia. Joshua dijo:

–Su hija sabe lo que quiere. Me parece que solo necesita algo de apoyo.

–Joshua, Sally, os presento a mi madre, Rose Jones.

Su madre sonrió abiertamente. Su bonito cabello rubio tenía un toque rosado; normal, teniendo en cuenta que era de Texas y que había pasado la adolescencia bailando al ritmo de los Beach Boys y montando a caballo.

–Si le parece, podría enseñarme los vestidos de los diseñadores.

Inmediatamente, Joshua le pasó las fotos; entretanto, Ginny se apartó y se colocó a espaldas del sofá, donde estaba Dominic.

–¿Qué? –preguntó él enarcando las cejas.

–¿Le dijiste a mi madre que necesitaba ayuda?

Dominic negó con la cabeza.

–No, la llamé y le dije que quería que estuvieras contenta mientras haces los preparativos para la boda.

El tierno gesto de Dominic la enterneció.

–Podría habérmelas arreglado sola.

–Y la boda habría parecido una mala representación teatral.

La respuesta de Dom no le dolió; al fin y al cabo, ese era el trato, Dominic no le había engañado en ningún momento. Y ella no perdió la alegría que sentía.

–Nuestra boda va a ser preciosa.

–Sí, lo va a ser –dijo él sonriente.

Capítulo 6

Dos días más tarde, Dom cruzó el vestíbulo en dirección a las puertas de sus aposentos. Desde la llegada de Rose, su casa parecía una colmena. Al contrario que Ginny, a la que le costaba elegir un vestuario, Rose parecía haber nacido justo para eso. Habían contactado con varios diseñadores, les habían llevado todo tipo de ropa para que Ginny se la probara. En cuanto al vestido de novia, habían contratado a Alfredo Lorenzo, un diseñador italiano, para que creara dos vestidos de estilos diferentes.

Con cierta aprensión, abrió una de las puertas y asomó la cabeza. Por fortuna, no había nadie en el cuarto de estar. Durante un segundo, esperó que Ginny y su madre hubieran salido a almorzar. El corazón le dio un vuelco repentinamente. Desde la llegada de Rose, apenas había visto a Ginny.

No era que la echase de menos, por supuesto.

Con paso decidido, se dirigió directamente al mueble bar y se sirvió un whisky. Al volverse, vio que la puerta de la habitación de Ginny estaba abierta y… la vio, de pie, con solo unas bragas y un sujetador de encaje rosa. Un hombre de poca estatura, con gafas y camisa blanca remangada hasta los codos le estaba midiendo las caderas. Su madre estaba allí, de espaldas a la puerta.

Dom se quedó contemplando la escena. Se le había olvidado lo perfecta que Ginny era: senos grandes, cintura estrecha y bonitas caderas.

El hombre que le estaba tomando las medidas le hizo recordar la suavidad de la piel de Ginny, los contornos de su cuerpo. De repente, al verle colocar la cinta métrica alrededor de la cintura de ella, pensó en el hijo que iban a tener.

Su hijo.

Perdió la fuerza de la mano y el vaso que había estado sosteniendo cayó a la barra del mueble bar.

Al oír el ruido, Ginny volvió la cabeza y le sorprendió mirándola. Sus miradas se encontraron.

Rose se dio media vuelta, le vio y se acercó a la puerta.

–Perdona, Dom. No me había dado cuenta de que habías vuelto –dijo Rose antes de cerrar.

De repente, pensó que, al cabo de unas semanas, el liso vientre de Ginny estaría abultado. Engordaría. Se sentiría mal y, probablemente, de mal humor. Se le hincharían los pies. Y después a saber cuánto tiempo pasaría dando a luz.

Porque iba a tener un hijo con él.

La puerta de la habitación de Ginny se abrió y apareció ella atándose el cinturón de una bata de satén color rosa.

–¿Querías algo?

Dominic se la quedó mirando. Sentía opresión en el pecho y no lograba pensar. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de todo lo que Ginny estaba haciendo por él. Por supuesto, era consciente de que ella había dejado su trabajo; pero, súbitamente, se daba cuenta de que también había perdido a sus amigos, viviría lejos de su madre, el vientre se le abultaría hasta límites insospechados. Su vida cambiaría por completo.

Y todo por su hijo.

–Dom…

–Perdona –dijo él sacudiendo la cabeza–. Estaba tomándome un descanso y se me había ocurrido venir para preguntarte si estarás lista para la cena con el embajador esta noche.

–Eso era lo que ese hombre con bigote estaba haciendo, ultimando los últimos arreglos para el vestido que va a causar que a tu padre le dé un síncope, según Sally.

Dominic lanzó una carcajada.

–No deberías poner a prueba la paciencia de mi padre constantemente.

–Me aburro –respondió ella encogiéndose de hombros.

–¿Lo dices en serio? –preguntó él con seriedad.

–¡No, no lo digo en serio! Me están haciendo un millón de vestidos y medio millón de pantalones vaqueros. Jamás había imaginado que una princesa debiera tener tanta ropa.

–Entonces… ¿no estás aburrida?

–No, en serio. Y no te preocupes, la ropa no va a ser exagerada ni indiscreta, solo me niego a ir vestida como mi abuela.

Dominic se aclaró la garganta.

–Comprendo que no quieres vestir como tu abuela, pero ten cuidado.

–¿No te parece que es hora de que tu padre se dé cuenta de que estamos en el siglo XXI?

–Si quieres intentarlo, adelante.

Ginny sonrió, se dio media vuelta y regresó a su dormitorio mientras él observaba el movimiento de sus caderas.

–La cena es a las ocho, ¿verdad? –Ginny hizo la pregunta sin volver la cabeza, con la preciosa melena rubia cayéndole hasta mitad de la espalda y acentuando la curva de esa cintura por encima de las perfectas nalgas.

Dominic se pasó la lengua por los labios.

–Sí, a las ocho. Pero a las siete tenemos que ir a los aposentos de mi padre; después, iremos todos juntos al comedor y allí

esperaremos al embajador.

–Sin problemas –respondió Ginny antes de entrar en su dormitorio, dejándole solo.

Dominic apuró el whisky de un trago y volvió a su despacho a trabajar durante unas horas. Cuando regresó a sus aposentos, la puerta del dormitorio de Ginny estaba cerrada. Suponiendo que se estaría arreglando para la cena, fue a su dormitorio, se duchó y se puso un esmoquin. Se hizo el lazo, cosa que sabía hacer desde los ocho años; sin embargo, los gemelos de brillantes le estaban dando trabajo, no cerraban.

Miró la puerta y sonrió. Por primera vez en su vida tenía una mujer. En sus aposentos. Y estaba a punto de casarse con ella. ¿Por qué no aprovechar tal circunstancia?

Cruzó el cuarto de estar pensando que cualquier otro hombre en su situación ya se habría beneficiado de tener a una hermosa mujer en su casa; no obstante, él solo buscaba ayuda con los gemelos. Una locura.

Dominic llamó a la puerta del cuarto de Ginny.

–Sí.

–Soy yo, Dom –Dominic respiró hondo, sintiéndose repentinamente como un adolescente a punto de sacar a una chica a bailar. Se aclaró la garganta–. No consigo abrochar los gemelos que me regaló el embajador con el que vamos a cenar esta noche.

Al instante, Ginny abrió. Llevaba un vestido de satén azul pálido, sin mangas, sin tirantes; encima, una especie de torera de encaje. Se había recogido el pelo en una trenza con flores.

Ginny alzó su hermoso rostro y le sonrió.

–Gemelos, ¿eh?

–Sí –respondió él con voz ronca, hipnotizado por su belleza natural. A pesar de que Ginny apenas llevaba maquillaje, era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

–A ver si puedo yo.

Dominic estiró el brazo y ella examinó el cierre de los gemelos. Al ver su expresión de concentración, sintió en lo más profundo de su ser algo cálido y maravilloso.

Se dijo a sí mismo que solo era atracción física. Pero cuando Ginny acabó de abrocharle los gemelos, lo miró y le sonrió, y él se dio cuenta de lo encantadora que era. No le extrañaba que se llevara bien con los niños, era una mujer muy dulce.

Por el contrario, él era un dirigente mimado, una persona acostumbrada a conseguir todo lo que se le antojara que había convencido a Ginny de que se casara con él. Y aunque eso no hubiera sido lo mejor para Ginny, él habría hecho cualquier cosa por Xaviera.

La ternura que Ginny le había inspirado se tornó en algo frío y duro como el acero. Él era quien era, a pesar de no querer hacer daño a esa mujer. Especialmente, teniendo en cuenta todo lo que Ginny estaba haciendo por él.

Dom y ella salieron de sus aposentos a las siete menos diez, Dominic guapísimo con el esmoquin.

Al comentárselo, Dominic le lanzó una mirada de soslayo y contestó:

–Gracias. Y tú estás encantadora.

Apenas veinte minutos después de la intimidad compartida con el cierre de los gemelos, ahora Dominic se mostraba frío y distante con ella. No tenía sentido.

Entraron en el ascensor y, en silencio, Dominic pulsó el botón del segundo piso.

Su madre, que también había sido invitada, les esperaba en el vestíbulo del segundo piso, al lado del ascensor. Al verles, abrazó a Ginny.

–Estás muy guapa.

–Gracias. Tú también lo estás.

Rose se pasó una mano por el suave satén de color crema. Llevaba el cabello rubio rosado recogido en un moño. Iba sencilla, pero muy elegante.

Mientras Dom las conducía hacia los aposentos del rey, Rose le susurró:

–No me costaría nada acostumbrarme a esto.

Ginny, horrorizada, agrandó los ojos.

–¡No digas eso!

–¡Lo decía en broma! Es todo muy formal aquí –Rose paseó la mirada por los cuadros que colgaban de las elegantes paredes–. Me parece casi como una cárcel de lujo.

Aunque Dominic no había dado la impresión de escucharlas, se volvió y dijo:

–El protocolo y la seguridad son necesarios.

–Por protección y respeto –explicó Ginny a su madre inmediatamente. No quería que Dom se tomase a mal el comentario de su madre–. Para dirigir un país en una parte del mundo que no siempre es estable socialmente, se necesita inspirar respeto.

Dominic le lanzó una mirada de aprobación. Pero su madre no se dio por vencida.

–Yo prefiero una vida normal.

Ginny, nerviosa, sonrió. Dominic sacudió la cabeza.

Unos guardas de seguridad abrieron las puertas de oro de las

habitaciones del rey y Dominic cedió el paso a ella y a su madre.

El vestíbulo tenía una altura de tres pisos. Y absolutamente todo, desde las lámparas a los marcos de los cuadros, eran de oro.

Su madre, inmediatamente, reconoció un cuadro de Monet y jadeó.

–¡Oh, es precioso! Es una de mis pinturas preferidas.

–Se lo daré como regalo de boda –declaró el rey, que acababa de salir al vestíbulo.

El rey besó la mano de Ginny y después la de Rose.

Rose frunció el ceño.

–En primer lugar, en mi casa no tengo la seguridad necesaria para un cuadro así. En segundo lugar, yo no soy la novia; por lo tanto, no recibo regalos.

–Aquí tenemos por costumbre hacer un regalo a los padres de la persona a la que, por medio del matrimonio, damos la bienvenida a la familia.

Rose arqueó las cejas mirando a su hija, que se encogió de hombros. Después, se acercó al rey y le susurró:

–En realidad, no vamos a formar parte de su familia por mucho tiempo.

–La tradición es la tradición –respondió el rey.

–Entendido –respondió Rose–. ¿Estoy obligada a aceptar el regalo?

El rey Ronaldo, inesperadamente, sonrió.

–¿Desea usted darme la bienvenida a su familia?

Rose se echó a reír.

–Bueno, encanto, supongo que sí. A condición de que venga a mi casa a por su regalo.

El rey guio a todos de nuevo hacia la puerta.

–Puede que lo haga. Pero, de momento, será mejor que vayamos a recibir al embajador.

El rey agarró a Rose del brazo mientras Dominic tomaba la mano de Ginny y se la colocaba en el brazo.

Era la primera vez que Ginny veía a su madre coqueteando y no sabía qué pensar.

El rey Ronaldo volvió la cabeza y la miró.

–Por cierto, Ginny, me gusta el vestido que llevas.

–¿Este viejo trapo?

El rey sonrió pacientemente.

–Sé que te estás acostumbrando a nuestras tradiciones y etiqueta, así que no te hagas la tonta. Habrías quedado mejor dándome las gracias por el cumplido.

Dominic le lanzó una significativa mirada y ella, desesperada súbitamente por complacerle, respiró hondo y dijo:

–Gracias, Majestad.

–Espero que el vestido de novia y el resto de tu vestuario estén en la misma línea.

–Sí, Majestad. Y también le agradezco que haya permitido que se tenga en cuenta mi opinión en lo relativo a la organización de la boda.

–Dale las gracias a tu futuro esposo –respondió el rey al alcanzar la puerta de la sala de recepción–. Fue él quien intercedió por ti y me habló de la necesidad de unas rosas de color rosa y de que tus amigas fueran las damas de honor con el fin de conferir autenticidad a la ceremonia.

Dos guardas abrieron las puertas. El rey entró en la estancia y guio a Rose hasta un discreto mueble bar.

Ginny se volvió a Dom.

–¿Intercediste por mí?

–Evité una discusión –respondió Dominic mirando a su padre.

Ginny alzó las manos y le apretó el nudo del lazo.

–En cualquier caso, te lo agradezco.

Dominic le agarró la mano.

–De nada. Y deja mi lazo, está perfecto.

Ginny asintió, disgustada consigo misma por el íntimo gesto y por haber disgustado a Dominic, de nuevo, una vez más.

–Supongo que me estoy acostumbrando a estar contigo.

–No te aconsejo que lo hagas –respondió Dominic mirándola a los ojos.

Ginny, sosteniéndole la mirada, se dio cuenta de que Dominic no estaba enfadado con ella; pero si no estaba enfadado con ella… era porque lo estaba consigo mismo. ¿Por qué? ¿Por haberle pedido que lo ayudara a abrocharse los gemelos? ¿O porque al pedirle ayuda había demostrado que estaban intimando?

No veía nada de malo en ello. Por primera vez en la vida, empezaba a confiar en un hombre. No tenía que preocuparse de las consecuencias porque, al final, iban a divorciarse. Dominic no podía hacerle daño. Y el sencillo gesto de intimidad con los gemelos había sido algo maravilloso.

Pero, evidentemente, la opinión de Dominic era muy distinta.

Por fin llegó el embajador y ella representó su papel exactamente como Dominic quería que lo hiciera. Tomaron una copa con el embajador y Amelia, su esposa, y el matrimonio les dio la enhorabuena por su compromiso. Después, el embajador les dio una pequeña caja. Dominic la abrió, sonrió y se la pasó a ella.

–Pendientes de esmeraldas –dijo ella mirando el interior de la caja antes de clavar los ojos en el embajador.

–El regalo de bodas de nuestro país –interpuso Amelia.

–Gracias –respondió Ginny.

Al final de la velada, después de que el embajador y su esposa se retiraran a su suite, Dom y ella también decidieron irse a descansar. Pero Rose decidió quedarse a tomar una última copa con el rey.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Ginny se volvió a Dominic.

–No sé si debería pedir disculpas en nombre de mi madre por coquetear con tu padre o si protestar por recibir un caro regalo de boda al que, en realidad, no tenemos derecho.

–Vamos a casarnos. Tenemos derecho a recibir regalos –Dominic frunció el ceño–. ¿No has visto los regalos que ya han llegado?

Ginny se quedó boquiabierta.

–¿Que ya nos han enviado regalos?

–Muchos. El protocolo establece que Sally guarde los regalos hasta enviar una tarjeta de agradecimiento de la casa real.

–¿No nos corresponde eso a nosotros?

Dominic sonrió a modo de respuesta.

–¿Qué vamos a hacer con los regalos? –preguntó ella.

–¿Que qué vamos a hacer? Lo que hace todo el mundo que recibe regalos de boda.

Las puertas del ascensor se abrieron y Dominic salió, pero ella se quedó donde estaba, se sentía muy mal por recibir regalos que no se merecían. Le parecía que era una estafa estarse beneficiando de una mentira.

Por fin, salió del ascensor y le siguió.

–Entonces, ¿vamos a quedarnos con los regalos?

Dominic se volvió y la miró.

–¿Qué crees que deberíamos hacer? ¿Crees que deberíamos pedir a los invitados que no nos manden regalos? ¿Quieres que les digamos que nuestro plan es divorciarnos? ¡Acepta de una vez por todas la situación, Ginny!

Las palabras de Dominic fueron como una bofetada.

–Perdona –dijo ella retrocediendo un paso.

–¡No te disculpes, soy yo quien te ha gritado! ¿Por qué tienes siempre que ser tan honesta?

–¿Preferirías que fuera deshonesta?

–Preferiría que, con tu actitud, no hagas que me sienta como si estuviera, permanentemente, haciendo algo malo.

Dominic entró en sus aposentos y se dirigió directamente al mueble bar.

–¡Espera! ¿Qué? –dijo ella, siguiéndole.

–Eres demasiado buena. A pesar de discutir con mi padre, eres respetuosa con él y obediente. No querías ropa, pero cediste tras nuestra insistencia. Eres amable con Sally. Estás contenta de que tu

madre haya venido y es evidente lo mucho que te quiere –Dominic se interrumpió y respiró hondo.

–¿Estás enfadado conmigo porque las cosas están saliendo bien?

–Estoy enfadado contigo porque cada vez tengo más claro que voy a acabar haciéndote daño.

Ginny no comprendía lo que Dominic quería decir.

–Dijiste que no te gustaba este estilo de vida y te creí. Pero tú y yo... –Dominic apuró el whisky y se sirvió otro–. Tú y yo nos llevamos bien y lo sabes. Es algo que se nota en los pequeños detalles –Dominic salió de detrás del mueble bar y se colocó delante de ella–. Y muy pronto vamos a empezar a pensar en lo bien que lo pasamos juntos y, al final, vamos a acabar en la cama.

La cabeza le dio vueltas. Dominic sentía lo mismo que ella. Inesperadamente, confiaban el uno en el otro.

–¿Te pareció que lo pasamos bien juntos?

–Sabes que lo pasamos bien juntos.

–Y... ¿crees que nos entendemos?

–Sí.

Ginny lo miró a los ojos, ridículamente esperanzada. Empezaban a conocerse y a gustarse de verdad.

Por primera vez en la vida, no le asustaba tener una relación superficial, quizá porque sabía que solo sería por un tiempo limitado. Podía intimar, hacer el amor casarse y tener un hijo con Dom porque sabía que iba a terminar. Segura de que se separarían amigablemente, no sufriría el dolor del rechazo. Reharía su vida. Y tendría la oportunidad de saber lo que era estar enamorada, compartir su vida con otra persona, formar parte de algo maravilloso. Y podría hacerlo ya que se sentiría protegida por el hecho de saber que sería algo temporal. Dos años.

–¿No crees que sea bueno que nos llevemos bien?

–Tengo un deber que cumplir. Ya te he dicho que si tuviera que elegir entre mi deber y tú elegiría mi reino, siempre.

Ginny asintió, le comprendía. Pero también se daba cuenta de que Dominic estaba cambiando, lo demostraba el hecho de que estuvieran teniendo esa conversación.

–¿Debo pedirte disculpas otra vez?

–¿Disculpas otra vez? –preguntó Dominic–. ¿Por qué?

–Porque creo que te gusto. Creo que eso es lo que te tiene tan disgustado. Creo que estar conmigo te ha hecho desear ser un chico de verdad, Pinocho.

–¿Así que ahora soy un muñeco?

–No. Creo que te gustaría ser libre para poder elegir, pero tienes miedo de lo que pueda ocurrirle a tu reino.

Dominic la miró a los ojos.

–Hablas como si se tratara de un simple dilema, pero no lo es. Puede que este sea un reino pequeño, pero es un reino importante –Dominic le acarició los hombros y después la trenza–. Una mujer no puede cambiar eso.

Mientras hablaba, Dominic se había acercado. Si la besaba, su relación cambiaría e influiría en los dos años siguientes.

Ginny quería que así fuera. No solo por el sexo, sino por la intimidad y la oportunidad de sentirse unida a otra persona.

Dominic bajó la cabeza muy despacio, dándole tiempo para echarse atrás si así lo deseaba. Pero hipnotizada por la desesperación que vio en esos ojos negros, se quedó muy quieta. Dominic quería besarla, pero luchaba contra sus demonios. Quería ser rey, pero también quería ser un hombre.

Cuando los labios de él rozaron los suyos, Ginny no pensó en aquella noche dos meses atrás, sino en ese momento, en lo mucho que Dominic la necesitaba, aunque no fuera consciente de ello.

Ginny le rodeó el cuello con los brazos y él la estrechó contra sí, acariciándola con los labios duramente.

Se le notaba enfadado y sabía que era porque ella estaba estropeando sus planes. Irónicamente, él también había destruido sus planes de vida.

De puntillas, ella también lo besó. Si Dominic quería jugar sucio, le demostraría que ella también podía hacerlo. Solo podía intimar con alguien si tenía una salida a la relación. Por culpa de su padre, no lograba confiar en nadie y, por ese motivo, solo podía tener relaciones pasajeras.

Continuaron su duelo, cada uno luchando por dominar al otro, hasta que los labios de Dominic se relajaron. Después le acarició las nalgas y comenzó a besarla con ternura.

Tanto si les gustaba como si no, se estaban enamorando.

Y su amor no iba a durar.

Capítulo 7

Con un esfuerzo sobrehumano, Dom se separó de ella. Ninguna mujer le había hecho sentir lo que Ginny le hacía sentir, ese era el problema. Toda la vida había evitado involucrarse emocionalmente con una mujer, siempre había sido fuerte.

Por eso, cuando se apartó de Ginny, sintió alivio. No quería lo que ella parecía estar ofreciéndole. Y si seguían con esas tonterías, iba a hacer daño a Ginny, tal y como le había dicho.

–Bueno, me voy a la cama. Hasta mañana –Dominic se dio media vuelta y se dirigió a su habitación, prometiéndose a sí mismo no volver a besarla.

Al día siguiente, Dominic se marchó antes del desayuno y no regresó a sus aposentos hasta bastante después de la hora de la cena. El resultado había sido tan bueno que decidió seguir con ese horario.

Al principio, Ginny le había esperado en el sofá del cuarto de estar, pero él, tras saludar, continuaba andando hasta su habitación con el pretexto de estar muy cansado después de un largo día de trabajo.

Al final, Ginny se cansó de esperarle.

Durante dos semanas logró evitar el contacto con ella en privado y, en público, había mantenido la distancia. Pero empezaba a notar un cambio en ella: cada vez que se encontraban cerca el uno del otro, ella le sonreía coquetamente, perturbándole. Sabía que tenía que ser fuerte, pero estaba hecho de carne y hueso.

Dominic sintió un gran alivio cuando llegaron a Xaviera las damas de honor una semana antes de la boda. Jessica y Molly eran profesoras del instituto en el que había trabajado Ginny, las dos estaban de vacaciones. Cuando Ginny se las presentó, él les sonrió educadamente y les recordó haberlas visto en su visita a Texas.

–Claro que me acuerdo de usted –comentó Molly riendo–. Pero no creíamos que usted se acordara de nosotras.

–Cuidar de la gente de mi país es mi trabajo y parte de ese trabajo consiste en recordar los nombres de las personas que me presentan.

Jessica, con expresión de haberle comprendido, asintió; pero su futura esposa ladeó la cabeza y lo miró como si estuviera reflexionando sobre las palabras que acababa de pronunciar, poniéndolas en contexto.

Bien, esperaba que así fuera. Porque ese era su principal objetivo a partir de ese momento. Si Ginny quería formar parte de

su vida, y así iba a ser durante los dos próximos años, Ginny debía comprender que lo primero, para él, era su país, que ella ocuparía un segundo lugar. Y solo durante dos años.

No tenía intención de involucrarse emocionalmente con ella. Habían empezado a conocerse mejor, se gustaban. Si continuaban por ese camino, su ruptura sería un desastre.

Dom se dio media vuelta para salir de allí e ir a su despacho, pero Molly le detuvo.

–¿Es que no va a darle un beso de despedida a su novia?

Dom lanzó a Ginny una mirada interrogante, a la que ella respondió arqueando las cejas.

Evidentemente, Ginny no había contado a sus amigas que su matrimonio era un apaño.

Dominic se acercó a Ginny y le puso las manos en los hombros. Durante un par de segundos, consideró la posibilidad de darle un beso en la mejilla, pero decidió que así no convencería a nadie. Por lo tanto, cubrió los labios de ella con los suyos brevemente; después, se apartó con rapidez y se acercó a la puerta a toda prisa.

–Voy a estar ocupado todo el día. Pasadlo bien.

La mirada de Ginny le siguió hasta salir de la estancia. A ella no le había molestado el beso; de nuevo, representando su papel en aquella farsa a la perfección; de nuevo, besos falsos sin conversaciones íntimas. Apenas se habían visto en las últimas dos semanas, porque él no había querido, y ella no había protestado. No le habían dado rabietas, como le habían dado a su madre con el fin de manipular a su padre.

Dominic sacudió la cabeza mientras se preguntaba por qué había pensado eso de repente. Su madre no había sido una manipuladora. Su padre había estado locamente enamorado de ella; tan enamorado, que se había desmoronado tras la enfermedad y la muerte de su esposa.

Pero a él no le pasaría eso con Ginny. Él era mucho más fuerte que su padre, siempre haría lo que debía hacer.

Con las invitadas de Ginny en el palacio siendo testigos de la farsa que estaban representando, llamó a las empleadas de la cocina para ordenarles que les preparan una cena formal en sus aposentos aquella noche; después, le pidió a su secretaria que telefoneara a Ginny para decirle que iba a dar una cena en su honor en sus aposentos.

Cuando colgó el teléfono, Ginny se llevó una mano al vientre. Después de dos semanas ignorando su existencia, Dominic volvía a mostrarse amable. Habría lanzado un suspiro de alivio, pero Molly

y Jessica estaban a pocos metros de donde se encontraba ella, una modista les estaba tomando las medidas para los vestidos que iban a llevar en la boda.

–¿Así que has elegido nuestros vestidos sin consultarnos? –preguntó Molly medio en broma.

–Sí –respondió Ginny–. Lo siento, pero tenía que pedir las telas con antelación.

–¡Ah, una tela especial! –exclamó Jessica.

–Es solo una seda bonita.

–Mira, ya habla como una princesa –dijo Molly a Jessica dándole en el brazo con el codo.

–¡No es verdad! –protestó Ginny.

Jessica se apartó de la modista, que acababa de terminar de tomarle las medidas.

–No tiene nada de malo. Supongo que acostumbrarse a ser la mujer más importante de un país no es fácil.

–¿La mujer más importante de un país? No lo creo.

Molly se dejó caer en un sillón.

–Teniendo en cuenta que la madre de Dom está muerta, que no tiene hermanas, que su padre no sale con ninguna mujer y que su hermano es un conquistador, solo quedas tú.

A Ginny le dio un vuelco en el estómago y se le notó en la expresión.

–Si eso te preocupa, será mejor que te acostumbres a ello y pronto –comentó Jessica.

–No me preocupa.

–Es evidente que pasa algo raro –declaró Molly–. De lo contrario, le habrías dicho a Dom que nosotras conocemos bien la situación en la que os encontráis y sabemos lo del acuerdo al que habéis llegado. Es como si no te fiaras de su reacción si supiera que lo sabemos todo.

–Molly tiene razón, Gin –dijo Jessica mientras se volvía a poner los vaqueros y una camiseta color melocotón–. Si no le paras los pies a ese tipo cuanto antes, va a acabar haciendo contigo lo que le dé la gana.

–¿Y si os dijera que sé el modo de cómo manejar la situación durante los dos próximos años?

–¿Sí? –preguntó Jessica con curiosidad.

–Sí –Ginny se volvió y comenzó a recoger cintas métricas y alfileres, que metió en la bolsa de la modista.

Advirtiendo que Ginny quería que se marchara, la modista agarró su bolsa y dijo:

–Gracias. Mañana traeré los vestidos para las pruebas.

–¿Mañana? –preguntó Molly después de que la modista se

marchara.

–Así es como funcionan las cosas en el palacio –Ginny se acercó a una mesa al lado de la ventana y se puso a ordenar unos papeles y unos bolígrafos a modo de distracción–. Cuando quiero algo, no tengo más que pedirlo y lo tengo al día siguiente.

Jessica, muy aguda, la miró empequeñeciendo los ojos.

–Todavía no nos has contado ese plan tuyo para manejar la situación durante los dos próximos años.

Ginny miró a sus amigas, en quienes confiaba plenamente, y le pareció buena idea contar con sus opiniones.

–Bien. Sabéis que mi padre logró hacer que no me fíe de nadie, ¿verdad?

Molly asintió. Jessica se cruzó de brazos.

–Bueno, he pensado que si Dom no me hubiera dejado embarazada, nunca me habría fiado lo suficientemente de un hombre como para tener un hijo con él.

–Eso es verdad –dijo Jessica–. Por eso espero que no nos vayas a contar que has decidido que tu matrimonio con este príncipe tan guapo sea un matrimonio en toda regla. Sería una estupidez, ya que eres incapaz de fiarte de un hombre.

–Aunque no quiero un marido permanente, sí quiero este matrimonio.

Molly ladeó la cabeza.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que vamos a pasar dos años juntos y sí, es muy guapo. No solo me gustaría compartir la felicidad que da un hijo con su padre, tampoco veo por qué no podríamos acostarnos juntos y comportarnos como marido y mujer aunque solo sea por un tiempo.

–¿Y si no es eso lo que él quiere?

–En cualquier caso, me divorciaría de él dentro de dos años y asistiría a la ceremonia de iniciación de nuestro hijo. Pero el hecho de saber que vamos a divorciarnos es lo que me permitiría tener relaciones con él sin problemas.

–Es decir, que lo que quieres es sexo.

–Es algo más que eso. Cuando estamos a gusto el uno con el otro, lo pasamos muy bien. Creo que podríamos ser unos buenos padres. Creo que si fuéramos un matrimonio de verdad durante dos años, después nos resultaría más fácil tener una buena relación, una relación de amistad, y eso sería bueno para nuestro hijo.

Molly se quedó pensativa antes de responder:

–¿Sabes una cosa? Creo que lo que dices tiene sentido.

Jessica miró a su amiga.

–¿Cómo puedes decir eso? Al final, Ginny lo pasaría muy mal.

Molly se encogió de hombros.

–A lo mejor no. La situación es muy rara, Jessica. Y no todo el mundo tiene la suerte de atraer a los hombres.

Jessica asintió mirando a Ginny.

–Podría hacerlo si quisiera.

–Esa es la cuestión, que no quiere. Pero si va a casarse con este tipo y a tener un hijo con él, ¿por qué no disfrutar el hecho de ser una princesa durante dos años?

–Eso es como comerse una tarta entera antes de ponerse a régimen.

Ginny se echó a reír.

–¿Es que tú no haces eso?

Jessica lanzó un gruñido.

–Escuchad, nunca, nunca, voy a casarme. El comportamiento de mi padre me afectó de tal manera que jamás seré capaz de confiar plenamente en un hombre. Pero el hecho es que voy a casarme con Dominic y voy a ser su esposa durante un poco más de dos años. Me gustaría jugar a los papás y las mamás.

Jessica suspiró.

–¿Te gustaría jugar?

–Sí. Y como sé que todo es un teatro, nadie me va a hacer daño, no voy a sufrir. Pero también quiero vivir una experiencia que, de otra manera, me resultaría imposible vivir.

–Espero que sepas lo que estás haciendo.

Ginny tomó aire y lo expulsó lentamente.

–Eso creo; pero aunque no lo supiera, solo van a ser dos años. Después, todo se acabará y volveré a mi vida normal. Y a criar a mi hijo, por supuesto.

Satisfecha con la conclusión a la que había llegado, Ginny decidió cambiar de conversación.

–¿Tenéis ropa para la cena de esta noche o queréis que llame al modisto del palacio?

–¿Al modisto?

–Sí. Se llama Joshua. Si necesitáis ropa, se le llama, él llama a una tienda o a un diseñador y, en unas horas, tendréis lo que habéis pedido.

Molly jadeó.

–¿Significa eso que puedes conseguirnos vestidos para la cena de esta noche?

–Sí, si los necesitáis. Lo principal es no dejar en vergüenza a Dominic delante de su padre.

Jessica sacudió la cabeza.

–Creo que esto me está empezando a gustar.

–Pues a mí es justo lo que no me gusta, lo que no echaré de

menos en absoluto cuando me vaya. Lo de la prensa y tener un suegro que te puede deportar en cualquier momento me resulta difícil de soportar. No me gustaría pasarme así toda la vida.

Jessica respiró hondo.

–Creo que ahora te entiendo. Este estilo de vida no te gustaría para siempre; sin embargo, mientras estés aquí, quieres que Dominic y tú lo paséis lo mejor posible. Después, os separaréis sin reproches ni remordimientos.

Ginny lanzó un suspiro de alivio.

–Justamente.

–En ese caso, estoy contigo. ¿Cómo podemos ayudarte?

–No tenéis que hacer nada, en esto tengo que arreglármelas sola, aunque todavía no sé cómo –no podía presentarse delante de Dominic y decirle sin más que quería acostarse con él. Tampoco era ducha en las artes de la seducción. Iba a tener que esperar a que llegara el momento oportuno.

Llamaron a Joshua, que, a su vez, telefoneó a una boutique local desde la suite de Ginny. A las dos horas les llevaron cuatro vestidos de noche. Tras elegir sus vestidos, Molly y Jessica se retiraron a sus habitaciones a arreglarse para la cena.

Ginny tardó en elegir su vestido; al final, se decidió por uno de noche color coral. Volvió a recogerse el cabello en una trenza igual a la de la noche en que Dominic la había besado.

Cuando salió de su suite, todos estaban allí, incluidos su madre y el rey, que no dejaba de mirar a Rose.

Después de los cócteles, atravesaron el pequeño comedor en el que Dominic y ella desayunaban y comían y pasaron a un comedor más grande, casi tan lujoso como el del rey. El rey Ronaldo presidió la mesa, Dominic se sentó a su izquierda y ella al lado de Dominic.

La conversación fue fluida mientras Ginny observaba a su madre, enfrente de ellos, a la derecha del rey. Charlaron de todo, desde deportes a política, y el rey se divirtió discutiendo con Rose.

–La va a echar mucho de menos cuando se vaya la semana que viene.

Ginny volvió la cabeza para mirar a Dominic. A juzgar por la expresión de sorpresa de él, se dio cuenta de que Dominic no había tenido intención de expresar con palabras lo que había cruzado por su mente.

–No te preocupes, puedes hablar conmigo de esas cosas. No olvides que formamos un equipo –susurró ella a Dominic.

–Sí, pero mejor no llevar las cosas demasiado lejos.

De repente, Ginny se preguntó si esa sería la oportunidad que había estado esperando. Todos estaban inmersos en sus conversaciones: las damas de honor charlaban con el hermano de

Dominic y el rey estaba tan enfrascado con su madre que apenas notaba la presencia de los demás comensales.

El mejor lugar para una conversación privada con Dominic podía ser en un comedor lleno de gente.

Ginny tomó aire y miró a Dominic a los ojos.

–¿Por qué no? Creo que nos va a resultar imposible establecer límites a nuestra relación.

–Te he dicho que no quiero intimar contigo porque no deseo hacerte daño.

–¿Crees que hablar conmigo, comentar algo conmigo, me puede hacer daño? No te estoy pidiendo que me cuentes secretos de Estado. Lo único que digo es que todo sería más fácil si habláramos entre nosotros –Ginny esbozó una ligera sonrisa–. Hace semanas que no hablamos.

–¿Y es culpa mía?

Ginny sacudió la cabeza.

–Dom, estás demasiado tenso. No, no te echo la culpa de nada. Eso es lo bueno de formar un equipo, un equipo que sabemos que no va a durar mucho. Solo vamos a pasar juntos un par de años. Ya que vamos a ser los padres del próximo heredero de este país, deberíamos llevarnos bien.

–¿Y?

–Creo que deberíamos ser amigos por lo menos, quizá incluso… intimar durante los próximos dos años. Así, nos iría mejor el resto de nuestras vidas.

–¿En serio crees eso?

–Piénsalo. ¿De qué nos sirve no hablar el uno con el otro? De nada. Lo hace todo mucho más difícil y nos llevará a cometer errores en público, quizá a que se nos descubra.

–Cierto.

–Pero si habláramos durante las comidas, si nos contáramos cómo nos ha ido el día…

Dominic la miró fijamente y sonrió.

–Creo recordar que fuiste tú quien empezó a ignorarme hace unas semanas.

–Me sentía confusa.

–¿Y ya no? ¿Te has hecho con la situación?

–Sí, creo que sí.

–¿Y lo que quieres es que nos contemos cómo nos ha ido el día?

–Algo más que eso.

La mirada de él oscureció.

–¿Hasta dónde quieres llegar?

–Creo que deberíamos hablar de los libros que nos gustan, de dónde hemos estado de vacaciones, de nuestro trabajo… Creo que

debería abrocharte los gemelos y que tú deberías dejarme que te arreglara el lazo del esmoquin. Creo que deberíamos hablar de qué nombre le vamos a poner a nuestro hijo y de los colores con que vamos a pintar las paredes de su habitación.

–Eso nos va a conducir a un territorio muy peligroso –contestó él sin dejar de mirarla.

Ginny respiró hondo y, haciendo acopio de todo su valor, no apartó los ojos de los de él.

–Soy una mujer adulta. Soy una mujer lista. Me gusta el hecho de que nuestra relación no va a durar más de dos años.

–Sí, eso dices ahora.

–Mi padre era un alcohólico que jamás cumplía sus promesas. Se mostraba encantador cuando quería manipularme. No confío en la gente que se muestra amable conmigo. ¿Cómo voy a tener una relación que conduzca a un matrimonio si no soporto que un hombre sea amable conmigo?

Dominic, inesperadamente, se echó a reír.

–¿Estás diciendo que puedes tener una buena relación conmigo porque no soy amable contigo?

–Estoy diciendo que sé lo que me hago. Por si no lo sabes, jamás he soñado con casarme y tener hijos. Siempre he tenido tanto miedo de acabar como mi madre que nunca he querido casarme. Por eso solo he tenido relaciones superficiales –Ginny volvió a respirar hondo–. Lo más seguro es que solo vaya a tener un hijo, este. Y, aunque no sea duradero, también este va a ser mi único matrimonio. Me gustaría disfrutar dos años de felicidad, consciente de que no tengo que confiar en ti plenamente. No puedes hacerme daño porque nuestro matrimonio tiene fecha de caducidad.

–¿En serio no te fías de mí?

–Nunca me fiaré de nadie.

Dominic miró a su alrededor, a las damas de honor charlando con su hermano, a su padre charlando con Rose. Entonces, volvió a mirarla.

–No.

Capítulo 8

La catedral en la que Ginny y Dom se casaron tenía al menos mil años de antigüedad. Los bancos eran de cedro de Israel, las vidrieras eran de un famoso artista italiano, había dos estatuas que se suponía eran de Miguel Ángel y también estaban los cuadros. Todo ello de un valor incalculable.

Pero cuando Ginny entró en el recinto de la catedral de la mano de su madre, Dom dejó de ver todo ese arte.

Ginny estaba magnífica.

Llevaba el pelo suelto bajo el velo de tul. El cuerpo del vestido era de encaje, cuello alto y mangas largas; la falda, que caía de la cintura a los pies, era de un tejido vaporoso salpicado de flores bordadas.

Se la veía joven y hermosa con aquel vestido discreto y distinguido que, sin lugar a dudas, complacería a su padre y que a él le quitaba la respiración.

Su hermano le susurró al oído:

–Como sé que no querías casarte, si te parece, puedes quedarte con tu princesa y yo me encargaré de Ginny y de criar a tu hijo.

En otro momento, Dom habría ordenado a su hermano que se callara, pero se sentía hipnotizado, incapaz de pronunciar palabra.

Ginny y su madre llegaron al altar. Rose besó a la novia en la mejilla y después se retiró a su asiento. Ginny le tendió la mano y él se la tomó mirándola fijamente. Cautivo de los bonitos ojos azules de ella, se vio sobrecogido por la solemnidad del momento. Y, de repente, recordó la conversación con ella sobre hacer que su matrimonio fuera un matrimonio de verdad durante el tiempo que estuvieran casados.

El sacerdote se aclaró la garganta. Con las manos unidas, Ginny y él se volvieron de cara al altar y la ceremonia comenzó.

Cuando el sacerdote dijo que podía besar a la novia y Ginny clavó los ojos en los suyos, a Dominic le dio un vuelco el corazón. Ginny no era solo una mujer vestida de blanco dispuesta a ayudarlo con el fin de legitimar al futuro heredero a la corona de Xaviera, era una mujer inocente, una novia…

Y ya era suya.

–¿No quieres besarme? –le susurró ella.

El corazón parecía querer salírsele del pecho mientras se daba cuenta de que se había quedado ensimismado. Ginny, además de inocente, era una mujer susceptible que podía llegar a sufrir mucho. Si accedía a los deseos de ella de que su matrimonio fuera un

matrimonio real, sabía que la haría sufrir.

Por fin, sosteniéndole la mirada, bajó la cabeza y la besó en los labios. La vio parpadear, rendirse a él por completo, con total honestidad. En parte, se avergonzó de ser tan duro con ella.

Se separaron lentamente y Ginny le sonrió.

Se dieron media vuelta e iniciaron el recorrido hacia la salida de la catedral. Allí, les llevaron a unas habitaciones privadas mientras los invitados salían del recinto. Se sometieron a las cámaras fotográficas durante una hora y después sus guardaespaldas les condujeron a la limusina para llevarles a un estudio fotográfico profesional para someterse a más fotos.

Ginny lo miraba y le sonreía todo el tiempo, a nadie se le ocurriría pensar que la boda era una farsa. Hasta él mismo empezaba a dudarlo.

La madre de Ginny se fue en el coche con el rey Ronaldo mientras que las damas de honor fueron con su hermano y un primo lejano.

A solas en la limusina con Ginny, Dominic volvió la cabeza, la miró y dijo:

–Estás guapísima.

Ginny sonrió y, estirando los brazos, le enderezó el lazo del esmoquin.

–Tú también lo estás.

Dominic se apartó de ella, Ginny le daba miedo. No porque fuera a hacerle daño o a engañarle, eso ella no lo haría nunca.

–Dominic, es importante que me dejes arreglarte el lazo, es un gesto íntimo que todo el mundo espera ver. Tienes que quedarte quieto y dejarme hacer.

–Está bien, supongo que tienes razón.

–Decidas lo que decidas, estoy decidida a ser una buena esposa durante los próximos dos años –declaró ella.

¿Qué significaba eso? ¿Iba a encontrarla en su cama esa noche?

Recordó el cabello rubio de ella desparramado sobre la almohada la única noche que habían pasado juntos, recordó la suavidad de su piel y se preguntó cómo iba a poder resistir la tentación de esa honestidad y dulce sensualidad, algo que ningún otro hombre rechazaría.

Pero él no era un hombre cualquiera, era un príncipe y, en el futuro, sería rey. Y él no hacía daño intencionadamente.

Llegaron a palacio. Los guardaespaldas les acompañaron hasta el vestíbulo principal. De allí fueron a los aposentos de su padre a brindar con él, con la madre de Ginny, con su hermano y con las damas de honor. A continuación, subieron al tercer piso en un ascensor, dentro del ala del palacio que ocupaba su padre, salieron

a una terraza y desde allí saludaron a la gente.

Después, pasaron horas con dignatarios de otros países. Incluso él estaba cansado cuando su padre, su hermano, su primo y la madre y las amigas de Ginny les acompañaron al salón de fiestas del palacio.

Entraron en la estancia acompañados del sonido de trompetas. Tras unos brindis y un breve discurso en el que el rey dio la bienvenida a Ginny al seno de la familia, por fin se sentaron a la mesa del banquete.

Entre un baile y otro, Dominic encontró tiempo para hablar con sus empleados y decirles que llevaran su equipaje al yate esa noche, no a la mañana siguiente como habían previsto.

De ninguna manera iba a quedarse a solas con Ginny en sus aposentos aquella noche; allí, no solo tendrían intimidad, sino una charla amistosa y maravillosos besos.

Incluso él tenía sus límites.

El yate era mucho más grande, ahí podría mantener la distancia con ella. Navegarían y se alejarían lo suficiente como para no estar al alcance de los objetivos de las cámaras fotográficas.

Sí, todo sería más fácil en el yate.

Al subir al helicóptero para ir al yate, Ginny se dio cuenta de por qué Dom había elegido pasar ahí su primera noche de casados. Tras bajar del helicóptero y acercarse al yate, Dom la ayudó con la falda del vestido para que no se tropezara mientras subía la escalerilla.

En cubierta, bajo la luz de un cielo estrellado, Ginny miró a su alrededor, anonadada.

–¡Es *El crucero del amor*!

Dominic se volvió y la miró con expresión de horror.

–¿Nunca has visto esa serie de televisión?

Claramente aliviado de que se hubiera referido a una serie televisiva y no a su relación, Dominic respondió:

–Tú no habías nacido aún en los ochenta, ¿cómo puedes haber visto esa serie?

–A mi madre le encantaba y la veía cuando volvían a echarla. Es una serie que transcurre en un barco de crucero.

–¿Lo que quieres decir es que este barco es grande?

–Es enorme.

–Si es un halago, lo acepto.

No era un halago. En realidad, ella le estaba diciendo que sabía qué se traía entre manos. Dominic quería estar en un espacio grande para evitarla durante las dos semanas que iban a pasar fuera

del palacio. Pero, al parecer, no había comprendido el doble sentido de sus palabras.

Daba igual, lo importante era que había adivinado el plan de Dominic. Al menos, ahora sabía a lo que debía enfrentarse.

Un empleado les abrió la puerta y Dominic le cedió el paso. Al entrar, se encontró en un pequeño vestíbulo de suelos de madera en el que había un ascensor. Unos cuadros enmarcados en oro decoraban las paredes.

–¿Ese cuadro es de Picasso? –preguntó ella fijándose en uno de los cuadros.

–Es posible –respondió Dominic al tiempo que las puertas del ascensor se abrían.

Subieron unos pisos y, cuando las puertas del ascensor volvieron a abrirse, se adentraron en una estancia maravillosa. A través de los ventanales del fondo se veía un cielo oscuro salpicado de estrellas. Había un sofá y dos sillones delante de una chimenea sobre una alfombra. En un rincón de la estancia había un mueble bar. Plantas en ornamentados maceteros adornaban la estancia.

Quería exclamar de placer, pero sentía opresión en el pecho y las piernas le temblaban. Al contrario que cualquier novia, lo que le esperaba era un auténtico misterio. Dominic quería una cosa y ella otra. ¿Quién ganaría?

Los guardas de seguridad entraron detrás de Dominic con el equipaje de ambos. Pronto, los guardas desaparecieron por un pasillo con sus maletas.

–¿Una copa antes de irnos a dormir?

Ginny se llevó una mano al vientre.

–Creo que no me vendría mal un vaso de zumo de naranja.

–¿Cansada? –le preguntó Dominic acercándose al bar.

Aunque estuviera agotada, los nervios no la dejarían dormir esa noche. La única vez que se habían acotado juntos, ella no había tenido que seducirle, se habían seducido mutuamente. Lo que significaba que no debería estar nerviosa, solo comportarse con naturalidad.

Después de dejar el equipaje, los guardas volvieron, se despidieron y les dejaron solos.

Ginny, enderezando los hombros, miró a Dominic y sonrió.

–Creo que voy a ir a cambiarme.

Se miró el precioso vestido de novia, que limpiarían, plancharían y exhibirían en la parte del palacio abierta a los turistas.

–Me da pena quitarme el vestido –añadió ella.

–Es bonito –Dominic sonrió–. Y te sienta muy bien. Has sido una novia preciosa.

Ginny se animó. Por mucho que se contuviera, sabía que a Dominic le gustaba. Le gustaba desde que la conocía. Podía conseguir lo que se proponía.

Ginny se dirigió al pasillo y fue a la habitación donde había visto a los guardas depositar su equipaje. Se encontró en otro cuarto de estar y sacudió la cabeza.

–Esta gente debe gastar una fortuna en muebles.

Fue hasta una puerta a la derecha, la abrió y entró en otro cuarto de estar más pequeño, de ahí pasó a un dormitorio que encontró vacío.

Salió de la habitación, cruzó el pequeño cuarto de estar, pasó al más grande y salió de nuevo al pasillo.

–Dom…

–¿Qué?

–Mis cosas no están en mi habitación.

–Tienen que estar. He visto a los guardas llevar el equipaje ahí.

–Pues no están.

Dominic lanzó un suspiro.

–Bueno, vamos a ver.

Dominic recorrió el pasillo y después siguió los pasos que ella había dado. Frunció el ceño al no ver el equipaje de ella en el dormitorio.

–Qué raro.

–Sí, lo es.

–Deben haber llevado tus cosas a mi habitación.

–Ah.

–No te hagas ilusiones. Dije que llevaran tus cosas a tu cuarto.

Dominic se dirigió a la habitación principal y ella, impulsivamente, le siguió. La habitación de Dominic no tenía cuarto de estar, tras abrir la enorme puerta una inmensa cama apareció a la vista; las paredes del cuarto eran de color crema y la colcha blanca.

–No veo tu equipaje aquí tampoco –dijo él.

Pero al abrir el armario empotrado, suspiró y añadió:

–Aquí está todo.

–Creen que vamos a acostarnos juntos.

–Les he dicho que no.

–¿Se lo has dicho?

–Les he explicado que nuestra boda es solo un acto para legitimar al heredero.

–Ah.

–No tienes por qué sentirte incómoda. Esto es problema mío.

–Ya. No creo que a ninguna mujer le pueda gustar que su marido grite a los cuatro vientos que no quiere tener nada que ver con ella.

–Yo no he gritado eso a los cuatro vientos, solo lo saben algunos de mis empleados más próximos. Es por eso por lo que estamos en el yate y no en la villa, en la villa hay muchos más empleados y se turnan.

De repente cansada, Ginny decidió que aquella no era la noche apropiada para seducirle. Era un desastre total. Se dio media vuelta para marcharse, pero de nuevo se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

–¿Te acuerdas del día de los gemelos?

–Sí –respondió él con cautela.

–Verás, este vestido tiene cien botones en la espalda y los brazos no me llegan. ¿Podrías ayudarme?

–Sí, claro –respondió él con evidente alivio, lo que la hizo sentirse peor.

Ginny, deseando acabar cuanto antes para poder salir de allí a toda prisa y refugiarse en su habitación, le dio la espalda.

Dominic comenzó a desabrocharle los botones y ella se apartó el pelo hacia un lado para facilitarle la tarea.

–¡Qué cantidad de botones!

–Por eso es por lo que necesito ayuda.

Después de desabrocharle unos cinco o seis botones, notó que Dominic se paraba.

–¿Ya te has cansado, Majestad?

–No –respondió él con voz tensa.

Dos botones más.

–No llevas sujetador.

–No quería que se me vieran los tirantes a través del encaje.

–Ah.

Otros dos botones. Dos más. Pero los dedos de Dominic volvieron a detenerse y, de repente, los sintió en la piel levemente.

Cuando llegó a los últimos tres botones, justo encima de las nalgas, Dominic se detuvo nuevamente. Por fin, tras desabrocharle el último botón, Ginny estuvo a punto de darse la vuelta, pero algo la hizo detenerse.

Los dedos de Dominic comenzaron a acariciarle la columna vertebral; después, posó las manos en su cintura, le acarició las caderas, subió las manos hasta sus costillas y, por fin, le cubrió los pechos.

Ginny contuvo la respiración. Quería decirle que era suya, que lo era desde el primer momento que le vio.

–Eres una tentación.

Ginny se volvió mientras dejaba caer el cuerpo del vestido.

–No es esa mi intención.

–Mentirosa.

Ginny se encogió de hombros.

–Bueno, quizá un poco –admitió mirándolo a los ojos–. Pero… ¿tan terrible es que te guste?

Dominic sacudió la cabeza y luego la besó. Al principio, suavemente. Después, ella se puso de puntillas y apretó la boca contra la de él.

Aunque no fuera a pertenecer a Dominic toda la vida, quería vivir plenamente los dos años que iban a estar juntos.

Dominic le puso la mano en la nuca mientras le bajaba el vestido por las caderas. El vestido acabó en el suelo.

–¿Tampoco llevas bragas?

Ginny se había quedado totalmente desnuda delante de él.

–Es un vestido muy pesado.

Dominic se echó a reír.

Entonces, tomándola por sorpresa, la levantó en sus brazos y la llevó a la cama.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, cuando Ginny se despertó, los brazos de Dominic le rodeaban la cintura. Apretó los párpados, disfrutando la sensación.

La noche anterior no habían hablado. Habían disfrutado, pero no habían cruzado una sola palabra. Dominic no le había susurrado palabras de amor, pero ella sabía que él no quería un matrimonio de verdad. Aunque no le había seducido, Dominic podía despertarse enfadado consigo mismo por no haber resistido la tentación.

Ginny abrió los ojos y le sorprendió mirándola.

–Hola.

–Hola –respondió Dominic mirándola fijamente–. Espero que sepas lo que estás haciendo.

De nuevo, el pragmatismo de Dominic.

Ginny le sonrió, se estiró y le dio un beso.

–Sí, lo sé.

–Repito, no quiero que lo nuestro sea duradero y no quiero involucrarme emocionalmente contigo.

–Siento decírtelo, pero nuestro hijo nos obligará a involucrarnos emocionalmente.

–No me refiero a que seamos amigos, sino a no depender el uno del otro –añadió Dominic levantándose de la cama. Entonces, se estiró y agarró una bata.

Ella se sentó en la cama y Dominic agarró el teléfono, marcó un número y dijo:

–Beicon, huevos, panecillos, cruasanes, fruta y zumos.

Dominic colgó el teléfono y fue al cuarto de baño.

Ese hombre estaba acostumbrado a conseguir siempre lo que quería, pensó Ginny. Lo que evidenciaba que no iba a conseguir convencerle de hacer algo que él no quería.

Dominic salió del baño, se quitó la bata y, sorprendiéndola, volvió a meterse en la cama. Apoyó la espalda en el cabecero y la rodeó los hombros con un brazo antes de inclinarse para darle un beso.

–Disponemos de diez minutos antes de que nos traigan el desayuno, ¿te apetece hacer algo en ese tiempo? –preguntó Dominic en tono sugerente, sensual.

Ginny se echó a reír.

–Creo que antes necesito comer algo para recuperar las fuerzas.

Dominic, súbitamente, se puso serio.

–Se me ha ocurrido que apenas hablamos de tu embarazo. ¿Te

encuentras bien?

–Sí, me encuentro perfectamente.

–No olvides que llevas en tu vientre a un futuro rey. Y, aunque no fuera un futuro rey, se trata de mi hijo.

Ginny se pasó la mano por el vientre.

–¿Crees que seremos buenos padres?

–No sé tú, pero yo voy a ser un padre excelente.

Ginny volvió a reír.

–¡Qué humilde eres!

–Voy a ser un buen padre –insistió él–. Soy consciente de los errores que mi padre cometió conmigo y con mi hermano, sobre todo con mi hermano, y yo no voy a hacer lo mismo. ¿Y tú?

–Mi madre ha sido y es una madre de primera. Pero mi padre dejaba mucho que desear.

–Así que… ¿no vas a beber?

–Creo que es más importante ser responsable que evitar el alcohol por completo –respondió Ginny encogiéndose de hombros.

–¡Menos mal! Tenía miedo de que fueras a decirme que debía dejar de beber hasta que nuestro hijo vaya a la universidad.

Ginny se volvió para poder mirarlo a los ojos.

–Aunque creo que no te vendría mal beber un poco menos. Por ejemplo, podrías dejar de beber al mediodía.

–Mi trabajo es muy estresante.

–El whisky no alivia el estrés.

–Pero hace que me sienta mejor.

–¿En serio?

Dominic se encogió de hombros.

–Bueno, algunas veces, aunque otras no. Hay días que necesito mantener la cabeza despejada.

–¿Tratas con muchos cretinos?

–La mayoría de los miembros de nuestro parlamento son gente de la industria petrolífera. Les importan dos cosas: mantener sus fortunas y proteger el acceso por mar a los pozos de petróleo para seguir manteniendo dichas fortunas.

Ginny se echó a reír.

–Estás bromeando, pero lo que dices tiene sentido.

–Justo después de la muerte de mi madre tuvimos un problema con unos piratas.

–¡Piratas! ¡Me encantan los piratas!

Dominic le lanzó una mirada paciente.

–No me refiero a los piratas de los cuentos, sino a los que obstaculizan el paso a los barcos petroleros y les obligan a pagar una tasa. Los periódicos acusaron a mi padre de no actuar con mano firme. El parlamento pidió que abdicase. Mi padre, por su parte, se

encerró en sus habitaciones, se pasaba el día entero mirando las fotos de mi madre, no salía ni para comer.

–¡Qué pena! ¿Y qué ocurrió?

–En el último momento antes de que le obligaran a abdicar, mi padre envió al ejército a destruir los barcos piratas. Esa guerra duró unos cuarenta y cinco minutos. Los barcos de los piratas fueron bombardeados y destruidos.

–¡Vaya!

En ese momento llamaron a la puerta.

–El desayuno. No te muevas.

–¿Vas a traerme el desayuno a la cama?

–Eso parece, ¿no? –dijo Dominic ladeando la cabeza.

Ginny, en ese momento, se dio cuenta del motivo del conflicto de Dominic respecto a sus sentimientos hacia ella. Dominic no quería cometer los mismos errores que su padre, como había dicho hacía apenas unos minutos.

Aunque tuvo que responder tres llamadas telefónicas mientras Ginny se duchaba, Dom estaba entusiasmado con no tener que hacer nada durante dos semanas.

Cuando Ginny, con un bonito vestido de verano, salió del cuarto de baño, él la agarró por los hombros y la besó.

–Me encanta el vestido que llevas, pero ¿por qué no te pones un bikini y nos vamos a cubierta a tomar el sol?

–Bueno –respondió ella cautelosamente.

Un inesperado temor le asaltó.

–¿Te pasa algo?

–No, solo que no tengo ni idea de lo que se supone que tenemos que hacer.

–Lo que queramos, por eso he sugerido salir a tomar el sol. Hace mucho que no disfruto de unas vacaciones y el hecho de estar tumbado al sol sin hacer nada me parece un lujo.

Ginny se puso de puntillas y le acarició los labios con los suyos antes de volverse para ir a cambiarse. Cuando ella se detuvo delante de unas estanterías con ropa, su ropa, la vio fruncir el ceño.

–¿Has deshecho mi equipaje mientras me duchaba?

–No, los sirvientes deben haberlo hecho. El armario empotrado tiene puertas al otro lado. Han debido entrar, hacer lo que tenían que hacer, y después se han marchado.

Ginny giró la cabeza y le sonrió.

–Lo que significa que no tienes verdadera intimidad –comentó Ginny.

–Lo siento, pero así es. Tú tampoco vas a tenerla –contestó él

con honestidad.

–¿Crees que una orientadora en un instituto con dos mil niños goza de mucha intimidad? –dijo ella sonriendo.

–En su casa supongo que sí –respondió él tras una carcajada–. Supongo que no iban a molestarte a tu casa también.

–Nunca me ha molestado que, cuando alguno de los alumnos me necesitaba, me llamara o se pasara por mi casa; normalmente, era cuando estaban contentos por algo y querían decírmelo. Pero también cuando tenían problemas y necesitaban ayuda.

–Creo que tu trabajo se parece al que yo hago, pero después de multiplicar tus dos mil alumnos por mil.

–Sí, mucha gente –comentó ella asintiendo.

–Y todos dependen de mí –contestó Dominic observando la reacción de ella.

–Me alegra saberlo.

–Y comprenderlo. Esa gente depende de mí, no puedo defraudarles.

Sin más, Ginny se quitó el vestido y desnuda sacó el bikini de uno de los cajones.

A pesar de que, por supuesto, ya la había visto desnuda, lo que le resultó extraño era lo normal que le pareció estar así con ella.

Los dos estaban contentos. Él estaba contento con esos pequeños detalles como desayunar en la cama, poder hablar con libertad y vestirse juntos.

Por primera vez, comprendía el motivo por el que Ginny quería que su matrimonio fuera real. Ese tiempo no volvería nunca. Él iba a ser un príncipe divorciado y, con el tiempo, rey; tendría amantes mientras dirigía un país y se encargaba de su hijo. Ginny sería la exmujer de un rey, la madre del heredero al trono de Xaviera.

–Te va a resultar muy difícil tener amantes después de que nos divorciemos.

Ginny se volvió de cara a él y se echó a reír.

–¿Qué dices?

–Nada.

Dominic se dirigió a la parte del inmenso armario donde tenía su ropa y agarró un bañador. No comprendía por qué había dicho eso, lo que Ginny hiciera después del divorcio era asunto de ella. Sin embargo, sabía que a Ginny le convenía pensar en esas cosas; no solo para no olvidar que su relación era solo temporal, sino para que se diera cuenta de que esa etapa de su vida no iba a ser fácil.

Pasaron dos semanas maravillosas en el yate. Dos semanas en las que Dominic se había mostrado despreocupado, tranquilo y sensual.

Cuando el helicóptero les dejó en los jardines del palacio, los periodistas con las cámaras, al otro lado de una verja de hierro, les estaban esperando.

Ginny sonrió a los periodistas.

–¡Tiene un aspecto magnífico! ¡Está muy morena!

–No se preocupen, me he puesto protector solar –contestó ella saludando.

–Lo hemos pasado muy bien –dijo Dom.

Ginny vio que la respuesta de Dominic había sorprendido a los periodistas. Entonces, se dio cuenta de que era porque no estaban acostumbrados a que Dominic les hablara fuera de la sala de prensa o del parlamento.

Mientras se dirigían al palacio detrás de los guardaespaldas, ella se volvió hacia Dominic.

–Has sido muy amable al hablar con ellos, Majestad.

–Estoy lo suficientemente relajado como para hacerles un favor.

–Deberías relajarte con más frecuencia –comentó ella riendo.

Llegaron al palacio. Un guardaespaldas les abrió la puerta y se adentraron en el vestíbulo.

–Echo de menos el mar –comentó Ginny respirando hondo.

Dominic le dio un beso en los labios.

–El yate está a tu disposición, puedes ir cuando quieras.

–¿Estás intentando deshacerte de mí?

–No, no, en absoluto –Dominic dejó de andar y le agarró la mano.

Se miraron a los ojos y ella tuvo la certeza de que estaban pensando lo mismo. Los dos años pasarían pronto. Pero ella no podría ser feliz, no podría ser ella misma, si fuera para toda la vida. Y él tampoco.

Tenían un tiempo limitado para ser felices, más de lo que mucha gente conseguía en la vida.

Ginny se puso de puntillas, le besó en la mejilla y dijo:

–Vamos, ve a ver a tu padre. Te esperaré arriba y cenaremos juntos.

Capítulo 10

Sus vidas se adaptaron a una fácil rutina, hasta el punto de que a Dominic se le olvidó que se suponía que aquello debía ser difícil. Después de vestirse para la gana anual que la familia real daba al final del verano, extendió los brazos para que Ginny le pusiera los gemelos.

–Me han dicho que tu madre ha llegado este mediodía.

–Sí, pero solo ha venido por dos días, no podía perder más clases –contestó Ginny sacudiendo la cabeza–. Ha llegado hace una hora, apenas con tiempo para arreglarse porque se le había olvidado que llevamos siete horas de adelanto con respecto a Texas.

–Ya se acostumbrará –dijo él.

Al ir a darse la vuelta, a Ginny se le notó el vientre algo abultado. Él, agarrándole la mano, la hizo volverse de nuevo antes de colocarle la otra mano en el vientre.

–¿Qué es esto?

Ginny se echó a reír.

–Creía que el vuelo de la falda iba a disimular el embarazo.

Una intensa emoción se apoderó de él, pero hizo un esfuerzo para evitar que se le notara.

–No deberías disimularlo. Todo el mundo espera verlo.

–¿Quieres decir que todo el mundo está esperando a verme gorda? –preguntó ella tras un gruñido–. Gracias por recordarme que el mundo entero me va a ver gorda.

Dominic agarró la chaqueta del traje y ambos salieron de la habitación.

–El mundo entero espera verte ganar peso, tienes permiso para comer todo lo que quieras.

Ginny se detuvo repentinamente y lo miró.

–¡Vaya! No se me había ocurrido verlo de esa manera. Durante los próximos cinco meses voy a poder comer delante de las cámaras.

–A los ciudadanos les encantará verte comiendo por la televisión.

Ginny se frotó las manos.

–Vamos, a ver, ¿dónde están esos filetes?

Dominic abrió las puertas del apartamento y salieron al vestíbulo.

–¿Quieres que ordene que te sirvan dos filetes en vez de uno a partir de ahora?

–Todavía no, aumentaré la ración paulatinamente –contestó ella inclinando la cabeza.

Entraron en el ascensor y, mientras bajaban, Ginny le echó los brazos al cuello. Cuando salieron del ascensor, se dirigieron a las habitaciones del rey, donde estaba la madre de Ginny, su hermano y su padre, todos riendo.

–Mamá, por favor, no me digas que les has contado un chiste verde.

Rose se volvió al oír la voz de su hija y, al ver lo mismo que él había visto hacía unos minutos, unas lágrimas asomaron a sus ojos. Rápidamente, se acercó a Ginny y le puso una mano en el vientre.

–¡Dios mío!

Ginny lanzó un gruñido.

–Estupendo. Todo el mundo lo va a notar.

–Eso es lo que esperan los ciudadanos del país –declaró su padre con inusual alegría.

–Eso es lo que yo le he dicho –respondió él.

Dominic se acercó al mueble bar. A punto de servirse un whisky, sacudió la cabeza y sirvió dos zumos de naranja, uno para Ginny y otro para él.

Alex se echó a reír.

–¿Estás bebiendo zumo de naranja?

Dominic clavó los ojos en el whisky doble de su hermano.

–Puede que quiera mantener la cabeza despejada en caso de que haya guerra.

–¡Pero qué guerra! –interpuso el rey con gesto de considerar la idea absurda–. Ese miserable viejo jeque que nos ha amenazado lo que debería tener es más cuidado con lo que dice.

Ginny se volvió y lo miró fijamente.

–¿Es que un jeque ha amenazado al país?

–Más o menos –Dominic bebió un sorbo de zumo de naranja.

Ginny le tiró de la manga para apartarle lo suficiente con el fin de poder hablar sin que los demás les oyeran.

–¿Es por eso por lo que estás bebiendo zumo de naranja?

–No. Como mi padre ha dicho, ese jeque es un idiota –respondió Dominic–. Lo que pasa es que me he dado cuenta de que tú estás llevando la responsabilidad del embarazo y me parece que debo solidarizarme contigo.

Ginny sonrió y le dio un beso en la mejilla.

–Creo que eso es algo que deberías comunicar a los periodistas.

–Lo dices de broma, ¿no?

–No. Si a los ciudadanos les gustan los vientres abultados, creo que les encantaría saber que has hecho el sacrificio de dejar el alcohol.

–Este sacrificio no es permanente, solo por esta noche.

–De todos modos, es un buen gesto.

–Vamos, Ginny, por favor, déjalo estar, no es para tanto.
–En cualquier caso, gracias.
Dominic alzó el vaso de zumo.
–Es un pequeño detalle, nada más.
No obstante, se dio cuenta de que significaba mucho para Ginny y eso le enterneció. Además, ahora que le notaba el vientre abultado, no parecía capaz de apartar los ojos de ella.
Su padre les condujo a la sala de fiestas a la que entraron acompañados del sonido de las trompetas. Después de una hora de dar la bienvenida a los invitados, notó que Ginny parecía algo cansada y se alegró cuando subieron a la tarima en la que su padre hizo un brindis, seguido del de él, como ministro de finanzas.
Los miembros de la prensa salieron del recinto. Los invitados fueron a cenar y él, por fin, pudo relajarse en su asiento. Rio al ver a Ginny comer con gusto sus chuletas de cerdo con salsa de frambuesa, puré de patatas y zanahorias cortadas en juliana.
–Vas a terminar cuando yo apenas he empezado –le dijo a su esposa.
–Había oído que las embarazadas tenían hambre todo el tiempo, pero no imaginaba hasta qué extremo.
Dominic volvió a reír.
–A ti te han puesto más que a mí –dijo ella mirando su plato.
–¿Quieres cambiar?
–No –respondió ella suspirando.
–Vamos, sírvete un poco más de mi plato. Se te ve con hambre todavía.
–Me voy a poner como una vaca.
–Delante de todo el mundo –concedió él. Pero cuando vio que Ginny había dejado limpio su plato, le dio un trozo de su chuleta–. No quiero que te desmayes de hambre mientras bailamos.
Después de la cena bailaron y charlaron con los invitados, incluido el jeque que les estaba dando problemas.
Cuando le presentaron al jeque, Ginny hizo una reverencia.
–Espero que logren zanjar sus diferencias esta noche.
El jeque miró a Dominic. Dominic se encogió de hombros. Ginny no había dicho nada inapropiado.
El jeque besó la mano de Ginny.
–En las fiestas no hablamos de asuntos de Estado.
Ella inclinó la cabeza en un gesto de disculpa.
–Siento haberle molestado. Lo que pasa es que esperaba que solucionaran sus problemas porque así quizá hubiera podido ir con mi marido a pasar un par de semanas al yate.
El jeque se echó a reír.
–Me gustan las mujeres que no se cohíben a la hora de pedir lo

que quieren.

Ginny sonrió y Dominic aprovechó la oportunidad para sugerir:

–Quizá podríamos reunirnos el lunes por la mañana a primera hora.

–Sí, si su padre no tuviera otros compromisos.

–Estoy seguro de que, por usted, los cancelaría aunque los tuviera.

Una hora más tarde, viendo que Ginny estaba cansada, Dominic pidió disculpas a su padre y a la madre de Ginny y, de la mano de su mujer, dejó la fiesta.

Cuando estuvieron en sus aposentos, agarró la mano de Ginny y se la besó.

–No sé si eres consciente de que has logrado en un momento lo que no se ha logrado en tres semanas de consultas diplomáticas.

–¿Significa eso que voy a conseguir mis tres semanas en el yate?

–Creía que eran dos.

–He decidido que tres.

–Te estás volviendo muy ambiciosa.

Ginny hizo una reverencia.

–Lo que pasa es que quiero pasar más tiempo contigo, Majestad. Y quiero que solo se dedique a mí.

Dominic la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio.

–Ahora verás cómo voy a dedicarme a ti.

A la mañana siguiente Ginny se despertó igual que todas las mañanas desde el día de la boda, en los brazos de Dominic.

A las seis, Dominic se levantó y se fue al cuarto de baño. Allí, como todas las mañanas, se puso una bata y después se dirigió al comedor de diario. Ginny se puso una bonita bata rosa y le siguió.

–¿Ya no tienes sueño?

En vez de sentarse en una silla, Ginny se sentó encima de él.

–No. Me siento maravillosamente bien.

–En ese caso, quizá debiéramos hacer todos los días lo que hicimos anoche.

–Es posible.

Cuando les llevaron el desayuno, Ginny se sentó a la mesa. Como todos los días, les llevaron catorce periódicos. Ella agarró el *USA Today* y Dominic se puso a leer el *The Times* de Londres.

De repente, al volver una página, Dom exclamó:

–¡Qué!

–¿Qué pasa? –preguntó Ginny mientras se untaba queso fresco en un panecillo.

Dominic dejó el periódico en la mesa y agarró el teléfono.

–Sally, sube inmediatamente.

–¿Qué ha pasado? –insistió Ginny dejando el panecillo en el plato.

Dominic le pasó el periódico y ella vio una foto de los dos con las cabezas juntas mientras les servían la cena la noche anterior, otra foto bailando y una tercera en la que salían de la sala de fiestas de la mano. Las tres fotos salían debajo del encabezamiento: *El príncipe afectuoso*.

–Dom, lo siento, pero no veo el problema con estas fotos.

–En primer lugar, a la prensa no se le permitió el acceso a la fiesta. Lo que significa que uno de nuestros empleados sacó las fotos sin permiso.

–Ah.

–En segundo lugar, mira el encabezamiento.

–¿El príncipe afectuoso? –dijo ella; después, lo miró a los ojos–. Eres muy afectuoso cuando te lo propones.

–A ningún líder le gusta que le consideren débil.

–¿Débil? Amar a alguien no es una debilidad.

Al instante, Ginny se dio cuenta del error de mencionar la palabra amor. Se miraron en silencio durante unos instantes; después, Dominic se puso en pie de un salto.

–¡Esto es justo lo que no quería que ocurriera!

–¿Qué? –Ginny no sabía si estaba enfadada o solo cansada de evitar enfrentarse a la verdad–. ¿Te molesta que se nos note que somos felices? ¿O lo que te molesta es que nos hayamos enamorado?

–No puedo enamorarme de ti.

–¿No? Pues yo creo que ya lo estás.

Por fin lo había dicho.

La mirada de Dominic se suavizó. Entonces, suspiró y volvió a sentarse.

–Ginny, lo siento, pero no puedo enamorarme de ti.

Ella no contestó, se limitó a continuar mirándolo fijamente.

–Mi padre estaba muy enamorado de mi madre.

–Vaya, qué cruel.

–No te burles, no tiene gracia. Cuando mi madre enfermó, mi padre se marchó del país y se dedicó a viajar por todo el mundo en busca de alguien o algo que pudiera salvar a su esposa.

–¿Y eso te parece una debilidad?

–Debilidad o lo que sea, llámalo como quieras.

–¿Qué te parece si lo llamo «comportamiento normal»?

–O falta de planificación. Creo que los piratas consiguieron ponernos en aprietos porque él antepuso a mi madre a todo lo demás.

–Dominic, eso es lo más natural del mundo.

Dominic negó con la cabeza.

–Para un monarca, lo primero es su país. En el momento en que esos piratas aparecieron en escena, debería haber mandado al ejército a atacarles.

–¿A pesar de que su esposa, la mujer a la que amaba, estaba moribunda? ¿Cómo no iba a hacer todo lo posible por salvarla?

Dominic la miró fijamente a los ojos.

–No debería haberse enamorado.

A Ginny le dio un vuelco el corazón. Aquella conversación la estaba poniendo enferma, triste y le estaba asustando.

–Entiendo.

–Esto no es un juego, Ginny. Nuestro trabajo, sobre todo, consiste en proteger a los ciudadanos del país. Yo no puedo permitirme el lujo de equivocarme –Dominic se pasó la mano por el cabello–. Cuando sea rey, no podré pasarme dos semanas en un yate. Durante las vacaciones que pueda tomarme, tendré videoconferencias a diario. Como mucho podré tumbarme al sol dos horas y darme un baño de veinte minutos.

Dominic suspiró antes de añadir:

–Te lo dije. Y aunque quisiera enamorarme de ti, aunque me enamorase de ti locamente, ocuparías un segundo lugar, después de mi país. No podría dedicarte mucho tiempo. No merece la pena enamorarse de mí.

Perpleja, Ginny le vio tirar la servilleta encima de la mesa.

–¿Dónde está Sally?

Entonces, Dominic salió del comedor porque no tenía nada que ofrecerle. Eso era lo que había tratado de explicarle a ella desde el primer momento.

Capítulo 11

Ginny miraba al panecillo que tenía en el plato cuando oyó unos golpes en la puerta. No era Sally, como había supuesto, sino su madre.

–Creía que ibas a ir a nadar hoy por la mañana –dijo a Ginny.

–No me apetece mucho.

Su madre se sentó a la mesa, y probó un cruasán.

–¿Vuestra primera pelea?

–Mamá, sabes que nuestra relación es solo de cara a la galería.

–No, nada de eso. Es una relación auténtica.

–Bueno, quizá, pero solo a corto plazo.

–¿Por qué estás tan preocupada de repente? –su madre empequeñeció los ojos–. Lo que pasa es que quieres cambiar las reglas del juego, ¿verdad?

Ginny se levantó de la silla.

–Voy a vestirme. Creo que Sally va a subir ahora.

–Al venir aquí me he cruzado con Dom.

–Debe haber llamado a Sally para decirle que iría él a verla –dijo Ginny acercándose al dormitorio–. En cualquier caso, tengo que vestirme.

No le sorprendió que su madre la siguiera al dormitorio de Dominic.

Al ver la cama arrugada, Rose miró a su hija.

–Vaya, esto sí que indica un cambio de planes.

–Supongo que no creías que íbamos a estar casados sin acostarnos juntos, mamá –Ginny, sintiendo el estómago revuelto, se llevó una mano al vientre

–Cielo, claro que sabía que os ibais a acostar juntos –respondió Rose acercándose a ella–. ¿Qué te pasa, tienes mal cuerpo?

–No lo sé. Tengo el estómago algo revuelto, pero no creo que sea nada.

–¡Cielos, el niño se está moviendo!

–¿Sí?

–¡Claro que sí! –Rose puso una mano en el vientre de su hija–. Déjame ver… ¡Ay, hija, me vas a hacer abuela!

Ginny se dejó caer en la cama.

–¿Lo que siento dentro es mi bebé?

Rose se sentó a su lado.

–Sí. Vas a ser madre –Rose se levantó de la cama–. Y sea lo que sea por lo que hayáis discutido, vas a tener que aclarar las cosas con Dom.

–No hay nada que aclarar, mamá. El trato es el trato. Me marcharé de aquí justo después de que mi hijo cumpla los dos años.

Rose se la quedó mirando.

–Pero ya no quieres irte, ¿verdad? Estás enamorada de Dominic.

–Sí, y creo que él también lo está de mí, pero no quiere estarlo.

–¿Qué hombre quiere enamorarse?

Ginny se echó a reír.

–Dale tiempo –le aconsejó su madre.

Dominic y Sally no tardaron en descubrir al joven empleado que había sacado las fotos, pero el daño ya estaba hecho.

Dominic, al volver a mirar las fotos, se dio cuenta de su debilidad, de la facilidad con la que había sustituido su papel como líder por el de… ¿qué? ¿Marido embelesado?

No, no iba a permitirlo, no iba a ser como su padre. De hecho, había llegado la hora de demostrar que era más fuerte que su padre.

A partir de ese momento, su vida se convirtió en una serie de prolongados días de trabajo y solitarias comidas. La madre de Ginny había decidido jubilarse para ayudar a su hija con el niño, por lo que él no tenía que preocuparse de si Ginny se sentía sola o estaba aburrida. En realidad, ahora que Ginny se levantaba tarde y tomaba la mayor parte de las comidas con su madre, le parecía la manera perfecta de estar juntos sin estar juntos.

Lo malo era que Ginny dormía con él todas las noches, aunque no decía nada ni intentaba seducirle; se limitaba a ponerle la cabeza en el hombro, la mano en el pecho y, al momento, se quedaba dormida.

Él aceptó la situación. No porque le gustara, sino porque Ginny estaba embarazada y sabía que la estaba haciendo sufrir. En cierto modo, ese pequeño ritual se le antojaba como un intento por parte de Ginny de distanciarse de él poco a poco. Y si eso era lo que ella necesitaba durante los próximos meses, no iba a oponerse.

Pero una noche, Ginny se pegó a su costado y él notó un movimiento. La miró. El vientre, a través del fino tejido del camisón amarillo, le pareció mucho más grande ahora que ella estaba tumbada de costado.

Volvió a sentir el movimiento y se puso tenso, pero Ginny rio.

–Es tu hijo.

–¿Qué? –dijo Dominic incorporándose en la cama bruscamente.

–Tu hijo –Ginny le agarró una mano y se la llevó al vientre–. Se está moviendo.

Sintió el movimiento con la mano y se quedó boquiabierto. Ella se sentó, se quitó el camisón y se quedó desnuda.

–Mira –dijo Ginny colocando ambas manos de él en su vientre.

El bebé se movió y Dominic, con un nudo en la garganta, lanzó una queda carcajada.

–¡Dios mío!

–Sí, te entiendo –susurró ella.

Sobrecogido por la emoción, Dominic la estrechó en sus brazos y cerró los ojos.

–Gracias –dijo él.

–¿Por dejarte sentir como se mueve el niño o por ir a tener un hijo? –preguntó ella con humor en la mirada.

La tensión a la que se había sentido sometido durante las últimas seis semanas desapareció y Dominic se echó a reír.

–Tener un hijo es algo extraordinario.

–Millones de mujeres dan a luz todos los días.

–Pero no en tan ridículas condiciones –comentó él.

–La situación no es tan terrible –respondió Ginny encogiéndose de hombros.

–Lo siento –dijo Dominic al tiempo que sentía movimiento en el vientre de ella.

–Pues yo no –susurró Ginny.

–Eso es porque aún no eres consciente de las consecuencias de todo este lío.

–En primer lugar, no me parece un lío. Ya te dije que, de no ser por esto, no creo que hubiera sido madre nunca. Para mí, el bebé es un auténtico regalo.

–Sí, lo es –respondió Dominic–. ¿Has pensado ya en qué nombre te gustaría para nuestro hijo?

–Creía que lo decidiríais vosotros.

Dominic la miró fijamente a los ojos.

–¿Nosotros?

Ginny se encogió de hombros.

–¿El parlamento o tu padre o… la tradición?

–La tradición pesa; pero, fundamentalmente, somos nosotros quienes elegimos el nombre.

A Ginny se le iluminaron los ojos.

–¿En serio? Entonces… ¿puedo llamarla Regina Rose?

Dominic parpadeó.

–Bueno, sí.

–¿No te gusta el nombre de Regina?

–Preferiría que se llamara Rose a secas. Me gusta ese nombre.

–Sí, lo es –Ginny vaciló un momento–. ¿Y si fuera chico?

–A mí siempre me ha gustado el nombre de James Tiberius Kirk.

–¡*Star Trek*! Si es niño, ¿quieres ponerle el nombre de un personaje de la serie *Star Trek*?

–No de un personaje cualquiera, sino del capitán, James. Y lo de Tiberius es porque es un hombre honorable.

–Bueno, si nos olvidáramos del Kirk, no me importaría.

–De acuerdo.

Dominic se tumbó de nuevo y ella se acurrucó a su lado.

–No sé si lo sabes, pero el jeque ha preguntado por ti.

Ginny se echó a reír.

–Quería saber si conseguiste esas tres semanas en el yate.

–¿Le has dicho que no?

–No.

–¿Le has dicho que nos hemos peleado?

Dominic se sentó de nuevo en la cama.

–Esto no es una pelea, Ginny. Las cosas tienen que ser así, nada más.

–Sí, Majestad –respondió ella, pero sin sarcasmo, como si le comprendiera.

Debería haberle hecho sentirse mejor, pero no fue así.

–¿Has pensado en lo que vas a hacer después cuando acaben los dos años? –preguntó Dominic tumbándose otra vez. No había dicho después del divorcio, sabía que eso haría mucho daño a Ginny.

–Estoy pensando en algo que Sally mencionó respecto a utilizar mi fama con el fin de promocionar algo que tenga importancia para mí.

–¿Como la educación?

Dominic la sintió asentir.

–Supongo que sabes que podrías seguir viviendo en el palacio si quisieras.

–Sí, lo sé.

Pero eso sería duro para ella. No obstante, después de sentir al niño, se encontraba perturbado. No podía imaginar que Ginny no estuviera allí. Tampoco podía imaginar cómo se podía criar a un hijo viviendo en casas separadas. Al principio, no le había parecido un problema; ahora, le parecía que eso les causaría tristeza y soledad.

–Creo que sería más fácil si viviera al otro lado de la isla. Estaríamos cerca, pero no demasiado.

Dominic tragó saliva, contento de que Ginny no hubiera decidido llevarse al niño al otro lado del Atlántico. No obstante, sintió un vacío en el estómago.

–Sí, tiene sentido.

–Sí –repitió ella.

Ginny se quedó dormida unos minutos después, pero él permaneció despierto casi toda la noche. Estaba enfadado consigo mismo por hacer sufrir a Ginny. Estaba enfadado con la vida.

Cualquier otro hombre podría vivir con ella el resto de la vida…

Pero él iba a ser rey, no tenía alternativa.

Capítulo 12

Salieron del palacio por la puerta principal para que los teleobjetivos de las cámaras pudieran sacar fotos de él abriéndole la puerta a Ginny.

Dominic ahora odiaba la farsa que había ideado; aunque había salido bien, estaba afectando a Ginny.

Ginny entró en la limusina, respiró hondo y luego suspiró.

–¿Te ocurre algo? –preguntó él inmediatamente.

–Me cuesta llevar en el vientre diez kilos de más –respondió ella poniéndose una mano en el abultado vientre–. A veces, me irrita.

–Si no te apetece ir, podemos volver al palacio.

–Si no vamos hoy tendremos que ir mañana, ¿no? Mejor quitárnoslo de encima cuanto antes –contestó ella.

Dominic volvió a sentir remordimientos. Lanzó una mirada a las sandalias rosas que Ginny calzaba y sonrió.

–Tienes un curioso sentido de la moda.

–Lo que tengo es mucho gusto –contestó ella con fingida indignación.

Dominic se echó a reír.

–Hacía mucho que no te veía reír –comentó Ginny sonriendo y ladeando la cabeza.

–Sí, bueno, el jeque está dándonos la lata otra vez y él no es el único problema que tenemos. Me resulta difícil conservar el sentido del humor con tanto trabajo como tengo ahora.

Los bonitos ojos azules de Ginny se clavaron en los suyos.

–¿Tan difícil es tu trabajo?

Dominic volvió la cabeza a derecha e izquierda para aliviar la tensión del cuello.

–Sí y no –era extraño, pero se sentía mejor. Y la razón era Ginny–. Dirigir un país consiste, fundamentalmente, en estar atento a todo lo que pasa a tu alrededor.

Ginny sonrió y asintió, y la conversación se agotó. Pero cuando la ayudó a bajar delante del café de Marco, Ginny se deshizo en sonrisas.

–¿De vuelta al escenario del crimen? –gritó a Ginny un periodista.

Ginny se echó a reír.

–Si desmayarse fuera un delito, millones de mujeres estarían en la cárcel –Ginny volvió a sonreír y añadió–: Solo tenía hambre y quería un pastelillo de los de Marco.

Cuando entraron en el café, Marco, detrás de la barra, mostró su

deleite.

–Es un honor que le guste mi repostería.

–Y es un verdadero placer para mí –contestó Ginny riendo–. No solo quiero un pastelillo y un vaso de leche ahora, también quiero que me envuelva seis pastelillos más para llevármelos al palacio.

Marco comenzó a preparar lo que ella quería y Dominic frunció el ceño.

–¿Es que no va a esperar a que le diga lo que quiero yo?

–Café con sabor a nuez –dijo Marco mientras metía los pastelillos que Ginny le había pedido en una caja.

Antonella apareció con el café de él y lo dejó encima del mostrador.

Por fin sentados a una mesa en la terraza, Ginny mordió su pastelillo como si fuera un tesoro.

–¿Dominic?

Al levantar la vista, Dominic vio a su antiguo compañero de colegio Pietro Fonichelli. Pietro, además de ser el hijo de un multimillonario italiano, había amasado una fortuna por sí mismo gracias a sus conocimientos de informática. Probablemente, Pietro era más conocido en todo el mundo que él. Y eran buenos amigos.

Dominic se puso en pie.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Dominic, fijándose en los pantalones cortos y la camiseta de Pietro.

–Estoy de vacaciones –Pietro volvió la cabeza y miró a Ginny–. Y esta debe ser tu encantadora esposa.

En ese momento, a Dominic le resultó muy incómoda la situación. Una cosa era la farsa que representaban de cara al país y otra muy distinta era engañar a un amigo íntimo. Por supuesto, Pietro había sido uno de los invitados a la boda, pero había asistido tanta gente que no se había dado cuenta de que había engañado a un amigo.

–Sí, esta es Ginny Jones –respondió Dominic.

–¿Ginny Jones? –Pietro se echó a reír–. ¿Tan americana es que no ha querido tomar tu apellido?

Ginny se puso en pie y ofreció la mano a Pietro.

–No. A Dominic a veces se le olvida que estamos casados.

Pietro, en vez de estrecharle la mano, se la besó. Y a Dominic, sin saber por qué, le molestó.

Con los ojos fijos en Ginny, Pietro dijo:

–No sé cómo un marido puedo olvidar que está casado con una mujer tan hermosa.

Ginny sonrió como si no creyera el halago de Pietro, pero él nunca había visto a su amigo tan embelesado.

–Dom es un marido excelente –declaró Ginny.

–Bueno, si algún día deja de serlo… –Pietro se sacó una tarjeta de presentación y se la tendió a Ginny–. Aquí tienes mi tarjeta.

–¡Eh! ¿Estás coqueteando con mi esposa? –dijo Dominic.

–Solo estoy bromeando –respondió Pietro antes de dar un abrazo a su amigo–. Ha sido un placer volver a verte, Dominic –después, volvió a mirar a Ginny–. Deberíamos cenar juntos un día de estos.

Dominic respiró hondo, ya más tranquilo. Sabía que Pietro era un bromista.

–Sí, deberíamos hacerlo.

Por fin, volvieron a la limusina y, durante el trayecto de regreso al palacio, Dominic se dio cuenta de que Pietro era la clase de hombre al que no le importaría tener relaciones con Ginny aunque esta fuera la exmujer de un monarca. Una vez que Ginny fuera libre otra vez, a Pietro no le preocuparía que hubiera sido su esposa. Intentaría conquistarla.

Tenía los nervios a flor de piel, pero no era porque estuviera celoso. Pietro era un gran amigo, pero sería un mal marido.

Otra idea le pasó por la cabeza. Al cabo de dos años, probablemente acabaría teniendo que ver a su esposa con otro hombre.

Aquella noche, en la cama, Ginny no aguantaba más la tensión que notaba en Dominic. Por fin, incapaz de soportarlo por más tiempo, dijo:

–¿Qué es lo que te pasa?

–Nada.

–Ya –consciente de que no iban a conseguir conciliar el sueño, le acarició el vello del pecho–. Ha debido darte mucho gusto ver a tu amigo, ¿no?

Dominic se echó a reír.

–Sí, me ha encantado.

–Sabes que solo estaba bromeando.

–Sí, ya lo sé. De hecho, me gustaría cenar con él. Y tampoco me importaría que fuera el padrino de nuestro hijo.

Ginny asintió. Pero, de repente, los ojos se le llenaron de lágrimas. Al cabo de dos años Dom y ella se divorciarían, pero su hijo y Dom continuarían con sus vidas… sin ella. Asistiría a los acontecimientos que tuvieran que ver con su hijo, pero estaría marginada, no formaría parte de su vida cotidiana.

–¿Estás llorando?

Ginny tragó saliva.

–Es típico de las embarazadas.

Dominic se sentó en la cama y la miró a los ojos.

–¿Te puedo ayudar en algo?

«Podrías quererme», pensó Ginny, deseando con todo el corazón poder decírselo.

–Vamos, dime qué te pasa –insistió él.

–¿En serio quieres saberlo? Estoy gorda y tengo hambre. Tengo hambre todo el tiempo. Me porto bien contigo y con tu familia, me porto bien con todo el mundo y tú… tú no eres capaz de quererme.

Dominic cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza.

–No es que no pueda quererte.

–Ah, perdona, es que no quieres quererme. Ahora me siento mucho mejor.

Dominic abrió los ojos.

–Tampoco es eso.

–En ese caso, explícamelo porque estoy cansada pero no puedo dormirme. Y sigo con hambre, a pesar de pasarme el día comiendo. Y me siento muy sola.

–¿Quieres que llamemos a tus amigas para que vengan a hacerte compañía?

–Lo que quiero es a mi marido.

–El príncipe afectuoso.

–Me importa un bledo lo que te llamen. Vamos a tener un hijo, los dos. Deberías estar conmigo cuando te necesite.

–Estoy contigo cuando me necesitas.

–Sí, ya. Estás conmigo físicamente, pero emocionalmente estás a años luz de distancia.

–Regento un país.

Ginny negó con la cabeza.

–No, quien regenta el país es tu padre. Tú trabajas para él. Oficialmente, eres el ministro de finanzas.

–Necesito estar preparado para cuando me toque.

–¿En serio? Tu padre tiene unos cincuenta y cinco años, todavía le queda mucho para jubilarse. Tú y yo podríamos tener tres hijos y pasarlo de maravilla antes de que tu padre se jubile.

Dominic se echó a reír.

–¿Hablas en serio?

–¿Tan terrible sería que llevaras una vida un poco más relajada durante los próximos diez años?

Dominic lanzó una carcajada mientras sacudía la cabeza.

–Al principio querías dos años, ahora quieres… ¿diez?

–Sí –declaró ella con decisión–. Si tu padre se jubila a los sesenta y cinco años, yo quiero diez contigo, Majestad.

Dominic frunció el ceño.

–¿Y si se jubila a los setenta? –insistió ella con el corazón latiéndole con fuerza–. ¿Y si fuera como la reina Isabel de Inglaterra

y continuara en el trono a los noventa? Podríamos vivir felices.

–Mi padre no va a reinar hasta los noventa –respondió Dominic negando con la cabeza–. Pero… sí podría hacerlo unos diez años más.

–¿No te parece una idea tentadora?

–Tú eres tentadora.

–En ese caso, quédate conmigo. ¿No crees que podríamos llegar a un arreglo? Podríamos formar una familia de verdad.

Dominic bajó la cabeza y la besó. Y cuando Ginny le rodeó el cuello con los brazos, de repente, le pareció que todo en su vida tenía sentido.

El sonido del teléfono en la mesilla de noche interrumpió sus pensamientos. No quería dejar de besar a Ginny, no quería que acabara ese momento. Dejó que el teléfono siguiera sonando, consciente de que pronto saltaría el contestador automático antes de volver a sonar otra vez.

Pero el sentido del deber se antepuso a sus deseos. Se apartó de Ginny con un suspiro, pero no la soltó del todo. Se estiró, agarró el auricular y contestó.

–El jeque ha invadido uno de nuestros puertos. Estamos en guerra.

Capítulo 13

–El jeque ha invadido uno de nuestros puertos –le dijo Dominic saltando de la cama–. Dice que porque somos demasiado débiles para proteger nuestras aguas. Lo que significa que el puerto es el primer paso para una guerra abierta.

Ginny, sobrecogida por la angustia, le agarró un brazo antes de que él se volviera para ir a vestirse.

–¿Dónde vas a estar? No tendrás que luchar tú personalmente, ¿verdad?

–No, no tendré que luchar. Estaré con mi padre y otros militares en la sala de guerra –respondió Dominic al tiempo que se sentaba en el borde de la cama–. No te preocupes, no me va a pasar nada. Intentaremos solucionar el conflicto por medios diplomáticos. Pero si el jeque intentara adentrarse en la isla o invadir otro puerto, tendríamos que luchar. De ocurrir esto último, no me verás hasta que el conflicto haya llegado a su fin.

Tras esas palabras, Dominic se vistió y se marchó a toda prisa.

Consciente de que no lograría dormirse, Ginny se levantó de la cama, agarró un libro y se sentó a leer en el sofá. Leyó hasta las tres de la madrugada, conteniendo unas contracciones en el vientre que la asustaron. No quería creer que había empezado el parto, todavía faltaban unas semanas para dar a luz.

Pero a las siete de la mañana, ya no pudo seguir engañándose a sí misma. Agarró el teléfono y marcó la extensión de su madre.

–Mamá, creo que estoy a punto de dar a luz.

–¡Oh, no! Ginny, cielo, es demasiado pronto.

Volvió a sentir una contracción y el dolor la hizo doblarse.

–No es que lo crea, voy a dar a luz, estoy segura.

–¿Te han dicho lo que tienes que hacer?

–Me han dicho que llame al médico, pero… ¡Mamá, me duele mucho!

–Está bien, ahora mismo voy. Y llamaré a Sally para que se lo diga a Dominic.

–Dominic está en la sala de guerra. Estamos en guerra.

–Sí, lo sé, lo he visto en las noticias.

–No creo que Dom pueda venir.

–Claro que sí podrá, cariño. Vamos, recoger la ropa que necesites para que los de seguridad te lleven al hospital. Yo me encargaré de llamar a Sally para que le diga a Dom que vaya al hospital directamente.

El dolor se intensificó mientras se vestía. Trató de respirar como

le habían dicho en las clases de maternidad, pero el miedo le impedía concentrarse. El parto se había adelantado cuatro semanas.

La puerta se abrió y su madre apareció en la habitación.

–Ya he hablado con Sally y me ha dicho que hablará con el rey. También me ha dicho que no te preocupes, que ella se encargará de todo.

El parto duró doce horas. Dio a luz a un niño sano, aunque muy pequeño.

Dos días más tarde, notó que la guardia real que se encargaba de su seguridad en el hospital se había multiplicado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había pasado por allí ningún miembro de la prensa. Se levantó de la cama y se asomó a la ventana, todo parecía tranquilo. Consciente de que la gente de la isla había estado esperando el nacimiento de su futuro monarca, le resultó muy extraño no ver ningún periodista.

Cuando su madre fue a verla, se lo comentó.

–No han anunciado el nacimiento del bebé porque eso le convertiría en un objetivo militar –le explicó su madre–. El rey le ha dicho a Sally que lo mejor es mantenerlo oculto de momento.

Ginny, asustada, tragó saliva.

–¿Tan mal está la situación?

–Según tengo entendido, todo está saliendo bastante bien. Al parecer, el problema solo atañe a un puerto y a unas personas que han tomado como rehenes. Según Sally, ese es el motivo por el que el rey cree que es necesario proteger al bebé, sería el objetivo del jeque con el fin de salir airoso del lío en el que se ha metido.

–Entonces, ¿qué es lo que está pasando ahora?

–Están negociando.

–Y mientras negocian, ¿Dom no ha encontrado tiempo para venir a vernos a su hijo y a mí? –preguntó Ginny con incredulidad.

–Cielo, no te preocupes, todo saldrá bien.

–Me siento como una idiota –dijo Ginny acostándose en la cama–. Llevo aquí tres días esperando a mi marido; pero él, al parecer, no tiene ninguna prisa en venir a vernos.

–Está ocupado.

–Y el rey también, aunque ha hablado con Sally para que ella hablara contigo.

–¿Has mirado en el móvil si Dominic te ha mandado algún mensaje o si te ha llamado?

Ginny se quedó boquiabierta.

–Vaya, no se me ocurrió agarrar el móvil. Tenía tantos dolores que no pensé en ello.

–Llamaré a los de seguridad para que te lo traigan –dijo su madre agarrando su móvil.

Pero cuando le llevaron el móvil, vio que no le habían llamado ni tenía ningún mensaje.

–¿Cómo es posible que le demos igual?

–Estoy segura de que os quiere, Ginny.

–No, mamá, no le importamos en absoluto –respondió Ginny, por fin, reconociendo la verdad. Su marido no la quería y, posiblemente, tampoco quería a su hijo.

Ginny se levantó de la cama con decisión.

–Mamá, ayúdame a meter mis cosas en la maleta.

–¡Ginny, todavía no puedes volver a casa! Acabas de tener un hijo.

–Mi amiga Ellen tuvo un parto difícil y la mandaron a casa a las cuarenta y ocho horas.

–Pero el bebé…

–El niño está bien. El pediatra ha dicho que ya ha ganado el peso necesario para llegar a los dos kilos trescientos gramos –Ginny agarró la maleta y la puso encima de la cama.

–No puedes marcharte –le dijo su madre intentando impedir que abriera la maleta.

–Ya lo creo que sí. Nadie me va a impedir que me lleve a mi hijo.

Rose agarró el móvil, pero Ginny se lo arrebató de las manos y lo desconectó.

–Ginny, no puedes marcharte.

–Mamá, esto no tiene nada que ver con Xaviera ni con que mi hijo vaya a ser rey algún día. Si no me marcho de este país con mi bebé, voy a tener que pasarme la vida aquí con un hombre que no me quiere y un rey que se cree un dios –Ginny tiró el teléfono móvil de su madre a la cama y agarró sus manos–. Tengo que proteger a mi hijo y no voy a permitir que le críe un hombre tan esclavo de su deber que no es capaz de venir a ver a su hijo recién nacido ni amar a su esposa.

Ginny abrió la puerta de la habitación, asomó la cabeza y llamó a los dos guardias para que entraran.

–Quiero un helicóptero en el hospital en cinco minutos. Quiero que el helicóptero me lleve al aeropuerto más seguro de la isla y que allí me espere un avión de la casa real –Ginny respiró hondo–. Voy a volver a mi casa.

Desde el primer momento de la contienda, nadie había salido de la sala de guerra. Dormían y comían allí y su contacto con el

exterior era a través de vídeo. Se habían prohibido los teléfonos móviles, a excepción del móvil del rey.

Echaba de menos a Ginny, estaba preocupado por ella. Quería ir a verla, pero sabía que no podía.

Por fin, los rebeldes se rindieron y el ejército logró liberar a los rehenes. El jeque se había dado a la fuga, pero Dominic estaba seguro de que lo encontrarían y le enjuiciarían.

Los cincuenta miembros del ejército y del personal de seguridad lanzaron gritos de alegría al recibir la llamada en la que les comunicaron que todos los rebeldes estaban en la cárcel.

Pero Dominic no quiso quedarse para celebrarlo. Aunque no quería enamorarse de Ginny, ella estaba embarazada y, la última noche con ella, no le había parecido que se encontrara muy bien. Tenía que ir a verla.

El teléfono de su padre sonó y el rey contestó la llamada.

Cuando Dominic se disponía a marcharse, el rey le dio una palmada en el hombro.

–¿Cansado, hijo?

–Sí. Necesito darme una ducha y ver a Ginny.

–Dominic, te tengo que decir algo. Verás, Ginny se ha ido a su casa.

–¿Qué quieres decir?

–Que ha vuelto a Texas –el rey se encogió de hombros–. Hay mujeres que no aguantan las guerras. Esta mañana ha pedido un helicóptero que la ha llevado al aeropuerto y allí ha tomado un avión para Estados Unidos.

–No lo comprendo, no me había dicho nada de que quisiera volver a Estados Unidos –respondió Dominic perplejo–. Estaba decidida a…

–Hay mujeres que no soportan las guerras.

–Esto es absurdo, lo que ha pasado aquí no puede calificarse de guerra en el sentido estricto de la palabra.

–Pero ella no lo sabía.

–¡Cómo no iba a saberlo! ¡Ha salido en todos los periódicos!

–No le habíamos dejado leer los periódicos.

–¿No? ¿Por qué?

–Porque tuvo al niño el mismo día que estalló el conflicto.

Esta vez, Dominic se dejó caer en una silla. No podía creer lo que había oído.

–¿Que ha dado a luz? ¿Ha tenido un niño?

–Sí.

–Y, por supuesto, no se te ocurrió decírmelo, ¿verdad? –dijo Dominic con engañosa calma.

–El deber es antes que la familia.

–Pero tú tenías teléfono –observó Dominic encolerizado–. Lo sabías.

–Sí.

Dominic saltó de la silla y le dio un puñetazo a su padre en la boca tan fuerte que le tiró contra la pared.

Cincuenta miembros del ejército sacaron sus armas. Pero el rey, echándose a reír, les ordenó que las guardaran.

–¿Te parece gracioso? –preguntó indignado Dominic a su padre.

–No. Me parece que ya era hora de que abrieras los ojos. Has sido tú quien siempre ha dicho que el deber es antes que la familia –le recordó su padre–. Lo único que he hecho es demostrarte lo equivocado que estabas. He intentado por todos los medios hacerte ver que no podías llevar la vida que te habías propuesto. Tenía la esperanza de que Ginny te abriera los ojos. Por eso, al ver que no lo había conseguido, cuando el jeque invadió el puerto y Ginny dio a luz… en fin, vi la oportunidad perfecta.

Dominic lanzó una maldición y cerró los ojos.

–Yo quería a mi esposa, a tu madre. Y es cierto que dejé de dedicarme a mi trabajo, pero no hasta el punto que tú creías. Para evitar un enfrentamiento directo con los piratas, pasé meses negociando, tratando de evitar un conflicto armado. Solo ataqué cuando vi que no había otro remedio. El amor no me hizo débil, el amor de tu madre me hizo más fuerte. Y eres un imbécil si crees que puedes reinar tu solo, sin una mujer que te apoye.

–Lo único que sé es que me has arrebatado a mi hijo y has permitido que Ginny se encontrara sola dando a luz.

–Llevas años ignorando lo que digo, tratándome como si solo me debieras respeto por ser el monarca. Tenía que hacer algo drástico con el fin de evitar que destrozaras tu vida.

–Quizá la lección que he aprendido es que no quiero volver a tener nada que ver contigo, padre, Majestad.

Su padre, sin perder la calma, contestó:

–Vamos, ve en busca de Ginny. Tráela a ella y al niño de vuelta.

–¿Para qué? ¿Para volver con el fin de que tortures a mi hijo como nos torturaste a Alex y a mí?

–Cuando aprendas la lección que he intentado enseñarte, vas a pedirme disculpas. Y no solo por darme un puñetazo, sino por no confiar en mí.

Dominic lo dudaba.

Capítulo 14

Ginny había vendido su piso hacía tiempo. Su madre, como también se había ido a Xaviera a vivir para ayudarla con el niño, también había vendido su casa. Sin embargo, faltaban aún dos semanas para que los nuevos propietarios tomaran posesión de la casa. Por eso, Ginny decidió ir allí mientras buscaba casa.

Cuando entró, apenas quedaban muebles, una agencia se había encargado de venderlos.

–Esto es un desastre –dijo Ginny a uno de los guardaespaldas.

–Sí, señora –respondió Artemus.

Su madre había estado en lo cierto al advertirle que había tomado una decisión precipitada.

–Bueno, tengo que dar de comer al niño. Después, me encargaré de pedir una cuna.

Ginny fue con su hijo al dormitorio pequeño de su madre, le dio el pecho e improvisó una cama para el bebé en uno de los cajones de la cómoda. Con el niño durmiendo en el cajón, encendió el ordenador y compró una cuna por Internet, que le iban a llevar al día siguiente. También compró ropa, para ella y para su hijo, y pañales.

Por fin, comenzó a buscar casas en Internet.

Ginny oyó a Artemus entrar en su habitación después de horas de buscar casas por Internet. Con los ojos fijos en la pantalla, preguntó:

–¿Cómo de grande tiene que ser la casa? ¿Tienen que caber todos ustedes en la casa o la casa real de Xaviera va a pagar por una casa separada para ustedes?

–Pagamos por una casa separada.

Al oír la voz de Dom, Ginny se dio la vuelta en su asiento.

Una incipiente barba sombreaba el rostro de Dominic, señal de que hacía días que no se había afeitado. Tenía pronunciadas ojeras… ¡Y llevaba vaqueros y camiseta!

Tuvo que contener un sobrecogedor deseo de arrojarse a sus brazos y echarse a llorar porque sabía que ese hombre no la amaba. Dominic ni siquiera había ido a conocer a su hijo al hospital.

Tendría que pelearse con ese hombre por su hijo.

–Sal de aquí ahora mismo.

Dominic lanzó una mirada al cajón de la cómoda, encima de la cama, en el que el bebé dormía.

–¿Es ese mi hijo? –dijo Dominic con voz suave, en tono reverente.

–Sí, es nuestro hijo.

Dominic la miró a los ojos.

–Todavía no le has puesto nombre, ¿verdad?

–Me pareció que James Tiberius Kirk era cuestionable.

Dominic se echó a reír. Ella permaneció seria.

–Qué pequeño es –dijo Dominic acercándose a la cama.

Ginny contuvo la emoción que la sobrecogió al oír el tono reverente de Dominic.

–Ya lo sabrías de haber estado presente en su nacimiento.

–Mi padre no me dijo que estabas dando a luz.

–¿Qué?

¿Que el rey no le había dicho nada?, se preguntó viendo pura angustia en la expresión de él.

Ginny se acercó al bebé, lo sacó del cajón y le vio arrugar el rostro al despertarse.

–Eh, pequeño, este es tu papá –después, miró a Dominic–. Tómalo.

Ginny le pasó al niño y, cuando Dominic lo tuvo en sus brazos, bajó la cabeza y le dio un beso en la frente.

–Sabes que no han anunciado su nacimiento, ¿verdad? –dijo Dominic.

–Lo sé, mi madre me lo dijo; pero no al principio, a los dos días de nacer nuestro hijo.

–Al parecer, mi padre quería darme una lección. Yo había dicho que no quería enamorarme de nadie –Dominic la miró a los ojos–. Había dicho que nunca haría lo que él hizo cuando murió mi madre. Al parecer, mi padre se lo había tomado como un insulto. Por eso, cuando entramos en conflicto y tú te pusiste a dar a luz, mi padre lo vio como una oportunidad para demostrarme lo equivocado de mi actitud.

–Ah –quizá el rey no se hubiera equivocado. Quería preguntarle a Dominic si había cambiado de opinión, pero le veía triste y deprimido. Tampoco quería hacerse ilusiones.

–No he estado presente en el nacimiento de mi hijo.

–Si hubieras sabido que estaba dando a luz, cuando todavía no sabías que el conflicto no era tan grave como tú y tu padre pensabais que era, ¿habrías salido del búnker para ir al hospital?

–Lo habría intentado –respondió Dominic abrazando al niño–. Habría dicho a los médicos que me avisaran cuando estuviera a punto de nacer…

La honestidad de Dominic fue un duro golpe para ella. Aunque hubiera sabido lo del parto, probablemente no habría ido al hospital

–Bueno, al menos sé a qué atenerme.

–Pero he aprendido la lección. Durante el vuelo, he recapacitado y me he dado cuenta de que mi padre tenía razón. Al no decirme lo del nacimiento de mi hijo, hizo que me sintiera víctima de una gran injusticia y enfurecí. Pero también me invadió un gran sentimiento de pérdida. Empecé a ver las cosas de manera diferente.

–¿Quieres decir que vas a ser un buen padre? –le preguntó ella mirándolo a los ojos.

–Sí –respondió Dominic riendo–. ¿Podrás perdonarme?

–¿No estar en el nacimiento del niño? Sí –respondió Ginny con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

–¿Y lo demás?

–¿A qué te refieres?

–Querías que te amara.

–No te preocupes, me he dado cuenta de que te resulta imposible.

–Te equivocas. Durante el vuelo, también me he dado cuenta de que te quiero desde que te conocí.

A Ginny se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿En serio?

–He tenido que estar a punto de perderte para darme cuenta de ello –respondió Dominic al tiempo que dejaba al bebé de nuevo en el cajón–. No me lo puedo creer, el futuro rey durmiendo en un cajón.

En vez de una carcajada, lo que le salió de la garganta fue un sollozo. Entonces, Dominic se acercó a ella y la abrazó.

–Perdóname, Ginny.

Ella quería decirle que no se preocupara, pero no podía dejar de llorar. Llevaba días sola, tomando decisiones que no quería tomar. Y le había echado de menos. Se había sentido sola y traicionada.

–¿No deberías estar en la cama tú también? –susurró él.

–Estoy bien.

–Vamos, ven aquí –dijo Dominic mientras ponía el cajón con el niño en un lado de la cama para hacer sitio a Ginny.

Ella le obedeció y Dominic la ayudó a acostarse, le quitó los zapatos y la tapó con las mantas. Al momento, Ginny durmió por primera vez desde hacía días.

Le despertó el llanto de su hijo. Dom estaba acostado a su lado, mirándola.

–Creo que nuestro hijo tiene hambre.

–Eso parece.

–Vamos a tener que elegir un nombre.

–¿Qué te parece Jimmy?

–Bien. Mejor que capitán de la nave espacial *Enterprise*.

Ginny se levantó de la cama, sacó a James del cajón, se desabrochó la blusa y le dio el pecho.

–¿Has dormido algo? –le preguntó a Dominic al verle más relajado.

–Un poco –respondió él estirándose.

–¿Tenemos que volver a Xaviera inmediatamente?

–¿Vas a venir conmigo?

–Vamos a criar juntos a un rey.

–Sí, así es.

Dom cambió de postura en la cama para ver a su hijo mamar. Después, alzó el rostro y clavó los ojos en los de ella.

–Hay una cosa que no hemos dejado del todo clara.

–¿Qué? –preguntó ella sonriendo.

–Te amo.

Ginny cerró los ojos y después se echó a reír.

–Eso ya lo habías dicho.

–Sí, pero por si no lo habías asimilado del todo.

Ginny volvió a reír.

Epílogo

Anunciaron el nacimiento del niño el día que Ginny y Dominic regresaron de Texas.

Con el niño en los brazos y Dominic siguiéndola, Ginny salió del dormitorio al cuarto de estar.

–Sally ha dicho que es mejor que yo sostenga al niño cuando salgamos a la terraza a saludar.

Con la bolsa de pañales colgada del hombro, Dominic abrió la puerta de sus aposentos. Cruzaron el vestíbulo y, una vez en el ascensor, Dominic apretó el botón del segundo piso. Cuando el ascensor se abrió, el rey y la madre de Ginny les recibieron.

–Pásame al niño –dijo Rose.

–Ayer le sostuviste tú primero –protestó el rey.

–Está bien –suspirando, Rose cedió.

–Creo que quizá debería ser yo quien lo sostuviera en la terraza –dijo Ronaldo.

–¡No! –exclamaron Dom y Ginny al unísono.

Jimmy comenzó a revolverse y a gimotear. Rose, inmediatamente, le quitó el niño a Ronaldo.

Inesperadamente, Ronaldo colocó un brazo sobre los hombros de Rose.

–Supongo que ha llegado el momento de hablarles de nuestra relación.

Ginny se echó a reír y Dominic se quedó con la boca abierta.

–¿Qué?

–El amor es el amor –declaró Rose sonriendo traviesamente–. No hay nada como el amor.

Dom no lograba salir de su asombro y Ginny contuvo la respiración. Por fin, Dominic, sonriendo abiertamente, dijo:

–Bienvenida a la familia.

Ginny no podía creer que tanta felicidad fuera posible. Su madre iba a quedarse allí para siempre. Iban a ser una familia de verdad.

Atravesaron dos salones y un cuarto de estar más pequeño para salir a la terraza. Al final fue Ginny quien iba a aparecer con el niño en los brazos. Pero justo antes de cruzar las puertas de cristal para salir a la terraza, Ginny se detuvo y sonrió a su marido.

–Vamos, tómalo en tus brazos.

–¿Me dejas que lo sostenga yo?

–Es tan tuyo como mío –respondió Ginny suspirando.

Los cuatro salieron a la terraza y, en el último momento, Alex, corriendo, se reunió con ellos.

–Me han dicho que es una celebración familiar.

–Así es –respondió Dom.

Alex se enderezó y esbozó una bobalicona sonrisa.

Ginny se inclinó hacia Dominic para susurrarle:

–¿Qué le pasa a tu hermano?

–El padre de la princesa Eva y nuestro padre van a hablar mañana por teléfono para concretar la boda de ellos dos. Alex está dando coba a papá con la esperanza de que le conceda otro año de libertad.

Ginny parpadeó.

–¿Crees que tu padre cederá?

Dom miró a su padre, que a su vez miraba a Jimmy y reía.

–No. Creo que a mi padre le ha gustado lo de ser abuelo.

–En ese caso, podríamos darle otro nieto tan pronto como sea posible –sugirió Ginny.

–¿Lo dices en serio?

Ginny se echó a reír y se apretó contra él.

–Claro. Tendremos dos hijos y después me dedicaré a recuperar mi figura. A partir de entonces, será asunto de Alex y Eva procurarle más nietos a tu padre.

Las cámaras fotográficas empezaron a disparar, pero a Ginny no le molestó. Había pasado veinticinco años queriendo tener una familia unida y, por fin, lo había logrado.

Fin